

João Ubaldo Ribeiro

*La casa
de los budas dichosos*



La sonrisa vertical



Este libro es un gozoso canto a todos los placeres, sin límites ni tabúes, reivindicados por una inteligente y experimentada libertina que no sólo instruye con sus vivencias, sino que quiere derribar con su dialéctica personal los falsos pudores que impiden disfrutar despreocupadamente de las delicias del sexo. A modo de refugio, ella nos propone su propio santuario: una casa de budas dichosos, donde todo esté permitido.



João Ubaldo Ribeiro

La casa de los budas dichosos

La sonrisa vertical 113

ePub r1.0

ugesan64 19.03.14

Título original: *A casa dos budas ditosos*

João Ubaldo Ribeiro, 2000

Traducción: Beatriz de Moura

Editor digital: ugesan64

ePub base r1.0



Para las mujeres

Todo en el mundo es secreto

A finales del año pasado, después de que algunos periódicos anunciaran que la editorial responsable de esta publicación^[1] me había encargado un texto sobre el pecado de la lujuria, un desconocido entregó al portero del edificio donde trabajo el original de este libro junto con un recorte de prensa de uno de esos periódicos, acompañados de una nota firmada con las iniciales C. L. B. En ella se me informaba de que se trataba de un relato verídico, en el que tan sólo se había cambiado la mayoría de los nombres de las personas citadas y que su autora era una mujer de sesenta y ocho años, nacida en Bahía y residente en Río de Janeiro. Me autorizaba a que lo publicase como si fuera obra mía, aunque prefería que revelara su origen. «No por vanidad», escribía ella, «ya que incluso las iniciales podrían ser falsas, sino porque me resisto a dejar a la gente sin saber a qué atenerse con respecto al autor». Así se ha hecho, y con toda la razón, como el lector habrá de comprobar después de examinar este asombroso testimonio.

Aunque la edición del texto no haya presentado dificultades extremas, es para mí un grato placer dar las gracias a Andréia Drummond por la paciencia y el empeño en descifrar las múltiples enmiendas escritas a mano; a María de Lourdes Protásio Benjamin, por el mismo motivo; y a Geraldo Carneiro, por su valiosa ayuda en el esclarecimiento de algunos pasajes en los que la revisión de los originales no parece haber solucionado problemas que sin duda provenían de la transcripción al papel de las cintas grabadas. La ayuda de todos ellos también ha sido fundamental no sólo para la división del texto en secciones y párrafos, sino también para la inserción de los escasos fragmentos en discurso directo y para el ajuste de la puntuación, con lo que creo que se facilita la lectura sin alterar el sentido de forma significativa. También hemos mantenido un sinnúmero de «errores idiomáticos», con el fin de preservar, en la medida de lo posible, la oralidad de los originales^[2].

Como responsable de la transcripción,

*João Ubaldino Ribeiro
Río de Janeiro, mayo de 1998*

Anoche tuve un sueño. Qué tontería, no, así no. No era así como quería empezar, así no. Anoche tuve un sueño —parece un diario de colegio de monjas, pero no lo es—. La verdad es que tuve un sueño. Un sueño inesperado, con esos dos buditas allí. Antes soñaba mucho con ellos, pero eso ya no me ocurre hace décadas, de todo hace décadas. Son tan pequeñitos que se pierden sus detalles, se los compré a un vendedor ambulante de Bangkok, es un objeto sentimental. No recuerdo dónde leí acerca de dos buditas, el uno macho y la otra hembra, practicando el sexo, cosas milenarias de los chinos, nunca lo he entendido muy bien, mezclo las fechas, me armo un lío. Había una especie de templo, la Casa de los Budas Dichosos —¿no le parece monísimo, la casa de los budas dichosos?, a mí sí—, con figuras iguales a esas, sólo que enormes. Los novios, antes de casarse, iban allí para venerar las estatuas y pasar las manos por sus órganos genitales. Algo así como un aprendizaje o familiarización, una introducción al buen matrimonio en la cama. Lo encuentro de un buen gusto delicadísimo. En la Roma antigua hubo un tiempo en que las novias acariciaban el glande de Príapo o se sentaban encima. Por lo que he leído, el glande más común, el glande público, por decirlo así, debía de ser un auténtico sillón. En nuestro politeísmo católico, Príapo fue sustituido por san Gonzalo. Los católicos son politeístas. Perdóneme si es usted católico. Por otra parte, yo, naturalmente, también fui criada como católica, asistí a clase de catecismo, hice la primera comunión vestida de organdí blanco, en viernes santo hablaba sólo lo estrictamente necesario, en jueves santo sólo comíamos pescado, y así. Más aún, fui criada considerando a los protestantes gente de mal ver y Lutero me ponía nerviosa, en los libros de historia universal me parecía la encarnación del demonio. Mire por dónde, me llevó cierto tiempo

librarme de esa estupidez; hoy día, hasta siento cierta afinidad con los protestantes, salvo con los calvinistas y, por supuesto, con ese pentecostalismo histérico y de baja estofa que ahora nos invade. Me saca de quicio el magisterio de la Iglesia. Prefiero leer yo misma la Biblia y pensar lo que me parece acertado pensar de lo que leo, quiero enterarme yo misma de las buenas nuevas, sin curas con voz de tenorino griposo endilgándome incoherencias, subestimando mi inteligencia y repitiendo disparates, como el de afirmar descaradamente que en el Pentateuco hay mandamientos que prescriben guardar la castidad, que los hombres santos no bautizados van a parar a cierto limbo, y tantos otros inventos conciliares; ya me he leído la Biblia de cabo a rabo y nunca he visto nada parecido a eso. ¿Y por qué no observan también lo que se dice en el Levítico? Hacen como si no estuviera. ¿Y es el Papa vicario de Cristo? Algunos papas, todo el mundo sabe lo que han sido ciertos papas, todos infalibles y tantos sin vergüenza. En fin. No voy a hablar de eso, es una pérdida de tiempo.

Además, no hay nada malo en ser politeísta, en cierto modo es mucho mejor que creer en un solo Dios imposible de comprender. Y, además, ya estoy harta de no decir lo que me pasa por la cabeza, y mire que nunca fui mucho de actuar así, pero las pocas veces en que lo hice ya son demasiadas para mí. Todavía me queda algún fleco de ese legado imbeciloide del que he de librarme antes de morir. La enfermedad, esa enfermedad que va a matarme, también contribuye a mi actual estado de espíritu. No sé quién dijo que la perspectiva de ser ahorcado al día siguiente por la mañana hace maravillas para la concentración. Excelente observación. No tengo nada personal contra nadie, no hablo para ofender a nadie en particular, es como una actitud filosófica genérica. Mi abuelo materno era un aristócrata, elegantísimo, hablaba francés y alemán corrientemente, estuvo varias veces en Europa, era cultísimo, pero, después de cierta edad, se echaba pedos en público. Yo estaba el día en que se echó pedos delante del gobernador del estado, en la época del Estado Nuevo. El gobernador había ido a almorzar con él y, después del almuerzo, se quedaron conversando en la sala de estar, y mi abuelo, cada dos por tres, levantaba el trasero y soltaba ventosidades como truenos. Cuando mi abuela le llamaba la

atención, él decía que todo preso quiere liberarse y que todo el mundo se echa pedos, incluso el gobernador, de modo que no sería él, a esas alturas de su vida, quien retuviera un pedo. Quien quisiera, que se retuviera, él no.

Bueno, sí, iba diciendo que los católicos son politeístas, pusieron santos en lugar de los dioses especializados. Los griegos y los romanos tenían un dios menor para cada cosa, para las reglas atrasadas, los artistas fallidos, las transacciones imposibles, las deudas por quiebra, los matrimonios, los músicos borrachos, los agricultores, los cabreros, todo, todo, todo. Los católicos sustituirían los dioses por santos. ¿Los músicos?, santa Cecilia. ¿Los que tienen problemas de la vista?, santa Lucía. ¿Las solteronas?, san Antonio. Y así sucesivamente, como bien sabe usted. Lo hacen incluso con los lugares. ¿San José de No Sé Dónde?, Diana de Éfeso, lo mismo. Los dioses no fueron derrotados o eliminados, siguen siendo inmortales, como lo fueron siempre, sólo que cambiaron de nombre, se adaptaron a los cambios. Yo imparto auténticas conferencias sobre el tema, soy la reina de las conferencias, a veces debo de ponerme pesadísima. Pero no se preocupe, no le soltaré ninguna conferencia, a fin de cuentas a usted se le paga, tenemos que trabajar, trabajemos pues. Tan sólo una última pequeña referencia a san Gonzalo, porque ahora ya estoy en ello y soy compulsiva; empecé, y tengo que terminar. San Gonzalo no existe. O, mejor dicho, existe, pero nunca había existido. Para la Iglesia no hay ningún san Gonzalo, nunca lo hubo. Pero, en mi opinión, fue porque faltaba un Príapo, de modo que se abrió ahí una gran laguna que clamaba por ser colmada. No existe san Gonzalo, pero ya he visto alguna procesión suya, con cura y todo, y con mujeres cantando por lo bajo obscenidades, es un santo desflorador y consolador para las solitarias. En el pueblo cerca de la hacienda que tenemos en la isla, según contaba incluso mi abuelo, había una estatua de san Gonzalo con un falo de madera descomunal, mayor que su propio cuerpo. El cuerpo era de barro, pero el falo era de madera resistente y estaba fijado por la base a un eje, de manera que, cuando se tiraba de un cordelito por detrás, se erguía y se quedaba allí, en ristre. Nunca lo vi, pero las viejas negras de nuestra hacienda aseguraban que antiguamente hacían todos los años una procesión con la estatua de

san Gonzalo y que las mujeres se peleaban por pintarle el falo, todo un acontecimiento en el mundo de las artes, por no hablar de la afortunada que quedaría bien servida durante los trescientos sesenta y cuatro días restantes del año.

¡Claro! Es muy sencillo. Yo lo que quería era ponerle un título a esto, pero ¡claro!, soy como dicen que era Buñuel: mi método de exposición es la digresión. Sé que estoy muy lejos de estar senil. Es evidente que he estado delirando un poco, pero yo he delirado siempre, y san Gonzalo me fascina, tenía razón al recordar el sueño. Claro, es por culpa del título. Quite eso de la grabación. Pensándolo bien, no, después lo quita usted todo de la grabación, la grabación inicial sólo empezará cuando yo se le diga. Ahora no quite nada. Ya lo quitaré yo cuando usted lo haya pasado todo a papel. Sí, es mejor, dejemos que fluya, después haré la criba, pondré orden, etc. Calma, calma. No sé siquiera por qué este..., ¿cómo se llama esto, esto que estamos haciendo? Digamos, este testimonio socio-histórico-literario-porno, ja, ja. O sociohistóricoliterarioporno, todo junto, debe de quedar estupendo en alemán. Sí, ¿no? Sí, no sé siquiera por qué este testimonio tiene que llevar un título, pero ¿por qué no? Esos dos budas... Después hablaré de esos dos budas, ahora no viene a cuento. Recuérdemelo, es una historia muy interesante. Pero de momento sólo me interesan debido al título. Lo encuentro monísimo, con ese sonido medio aliterativo —la ca-sa-de-los-budas-dichosos—, lo encuentro simpático. *Hereby*^[3] este testimonio se titula *La casa de los budas dichosos*. Es bueno, sobre todo porque no quiere decir nada, como todo buen título de calidad literaria. La gente que lo lea se preguntará el porqué de esos budas, se inventará las más disparatadas explicaciones. ¿Cuánta gente leerá este testimonio, cómo quedará, lo leerá alguien? Creo que sí, he trazado un plan más sofisticado que el de las películas de espionaje. Usted forma parte de él, pero no le diré cómo, no importa. Usted transcriba las cintas aquí y las va dejando aquí, todo lo que quede será palabra suya. Puede que sea útil, nunca se sabe. Cuente la historia, mienta mucho si quiere, diga que todo es verdad, y lo es. Al principio, pensé que escribiría sólo para mí y que lo dejaría para que algún habitante de Fulania, Mengania o Zutania, para mayor escándalo y sofocones púdicos, intentara explicarlo todo según sus

criterios plúmbeos —¡oh pringada especie la nuestra, cuánto tiempo perdemos cuando hay tanta cosa por descubrir!—. Fulania, Mengania y Zutania eran países fundados por una gran amiga mía, Norma Lúcia —después hablaré de ella, es imprescindible—, todos habitados por bellacos como el viejo Pedrão, profesor de derecho romano, después hablaré de él, que vivían en otros países, que vivían en otros mundos. Fulania, Mengania y Zutania, ¡vaya bribones!, ellos allá y yo aquí. Pero no lo dejaré en manos de esa gente, no confío en la posteridad. El título que iba a ponerle era *Memorias de una libertina*, pero no lo pondré, es de demasiado buen gusto para esa gente que nunca ha leído a Choderlos de Laclos, no voy a desperdiciarlo, a echar margaritas a los cerdos. En Fulania, Mengania y Zutania no se puede ser realmente fino ni poner un título fino como este; tendría que ser seudofino, como ellos, ya está pues, la casa de los budas dichosos es satisfactorio, sí, satisfactorio, más calmado, me protege de las irritaciones que generan la memez y la ignorancia. Claro que en el fondo odio ese título de buen gusto al que acabo de ceder, pero cedo, que se vayan todos a freír espárragos, lo digo de verdad. No he llegado al punto óptimo de mi abuelo, no tengo el valor de hacer lo que hacía él en público, todavía estoy atada a un montón de absurdos flecos. Es una lástima, porque memorias de una libertina habría sido mejor que esa tontería de los budas dichosos, pero no se puede tener todo en este mundo; vale, pues, para esos budas misteriosos. El que es burro, burro se queda, que le condene Dios y se lo lleve el diablo. Al principio, pensé que dejaría estas digresiones —como diría mi profesor de medicina legal— para que se publicaran después de mi muerte. Pero al instante vi que era una bobada, nada vale la pena después de la muerte, lo que quiero es ir por la calle y ver la cara de la gente que lo ha leído, todos fingiendo que esto no va con ellos. No, no quiero saber nada de esa idea pequeño burguesa de después de la muerte. Antes de la muerte, todo antes de la muerte, sí, ¿no? Además, me arriesgaría a que se las arreglaran para destruir los originales, no me pregunte cómo, son diabólicos.

La casa de los budas dichosos. *One, two, three*, ¿vale? La casa de los budas dichosos. Prólogo, introducción, nota preliminar, algo así. Por varios motivos, sobre todo por la artritis, he decidido dar este

testimonio oralmente y no por escrito. Corte esto, es una broma sin gracia, ni tengo artritis ni tengo previsto tenerla. Muy bien, prólogo. Decidí inicialmente dar testimonio de forma oral, y no escrita, por el principal motivo de que es imposible escribir sobre sexo, al menos en mi idioma, sin que una parezca recién salida de un tugurio arrabalero, a no ser que empleara palabras como «vulva», «vagina», «gruta del placer», «sexo húmedo» y «la penetró bruscamente». Hablando queda más natural, no sé muy bien por qué. ¿Qué más? Me gustaría apañármelas para decir inanidades laberínticas como algunos psicoanalistas o sociólogos, o como un pensador francés, de esos que suelen aparecer en los suplementos culturales de los periódicos para, en la mayoría de los casos, desaparecer poco después, y que no dicen nada, pero intimidan a la gente con sus pavadas. Pero yo no sé hacer eso, es una de mis deficiencias. Olvídelo.

Sí, ¿y qué más? Me pareció siempre muy *chic* —debe de ser un subproducto de algún trauma infantil— poner en portadilla «cualquier semejanza, etc., etc.», pero, en este caso, es todo lo contrario. Ojo. Cualquier semejanza estará bien inferida. No, no, esto queda demasiado culto, cualquier semejanza no es coincidencia, ninguna semejanza es coincidencia. Mejor será cambiar los nombres para proteger a los inculpadados. El que se reconozca puede estar seguro de que ha acertado. No, no, todo esto me está saliendo demasiado gracioso. Empezaré de nuevo, quiero un prólogo decente. Anotaremos unos cuantos tópicos, y después los desarrollaré. Uno, tópico uno: ¿ser mujer y, encima, vieja? No. ¡No, no, no! Después remataré este prólogo, o no pondré ninguno. Mi abuelo —el otro abuelo, el alemán, un prusiano insoportable, nazi de nacimiento como todo alemán, aunque muriera proclamándose antinazi, también como todo alemán— decía que todo lo que necesita prólogos, incluso un empleo y una mujer, en este orden, no vale nada. Sobre todo una mujer, creo que porque él no daba mucha importancia a los libros, de no ser para despotricar y querer quemarlos todos. A él no le gustaba Hitler sólo porque Hitler era bávaro y de mala cuna, no por el nazismo. Organizaba churrascadas, se emborrachaba y quemaba libros. Compraba muchos para luego quemarlos en la brasa de las churrascadas, por

ejemplo un libro de Eduardo Prado, muy conocido en la época. Y hacía discursos afirmando que los brasileños eran estúpidos, que los únicos inteligentes eran los antropófagos, no sé muy bien qué quería decir con eso. Mi madre contaba que Eduardo Prado era guapísimo, con el pelo revuelto al viento del viaducto del Chá en São Paulo. Mi padre tenía un terror patológico a ser cornudo, y mi madre lo sabía, y entonces ella, la muy fresca, genialmente fresca — mi madre era una enciclopedia de la frescura—, se daba aires sutilmente ambiguos y hablaba entonces de Eduardo Prado, hablaba de Douglas Fairbanks, de Rodolfo Valentino, de Ramón Navarro, imitaba a Mae West, recitaba a Byron y al gran poeta Castro Alves con cara y voz de orgasmo, a Castro Alves lo llamaba *Cecéu*, «Cielito mío», como si se hubiese ido a la cama con él el día anterior, era un martirio al que mi viejo tenía que someterse callado, por una cuestión de coherencia entre lo que profesaba y lo que realmente sentía, era muy liberal de boquilla, pobre viejo mío, murió joven, más joven que yo ahora, sesenta y seis años. Ya está, fuera el prólogo. Después ya veré, *decisions, decisions*. De todos modos, ahí queda esto registrado. Testimonio oral, blablablá, blablablá, ya lo he dicho, porque es más fácil decir palabrotas que escribir palabrotas, las palabras necesitan pasaporte para pasar de lo hablado a lo escrito, algunas nunca lo consiguen, la humanidad es muy rara. ¿Qué más? Hay que explicar que soy un gran hombre, no diré que soy una gran mujer por el mismo motivo que no existe onzo, sino onza^[4] ni foco, sino foca, todo esto son sandeces de quien no tiene nada que hacer o se queda atado a idiosincrasias de la lengua, como las cretinas de las feministas americanas que querían cambiar *history* por *herstory*, como si el *his* del principio de la palabra fuera lo mismo que un pronombre posesivo del género masculino, la imbecilidad humana no tiene límites. Soy un gran hombre hembra, del mismo modo que los grandes hombres machos son grandes hombres machos, no le busquemos los tres pies al gato, el nombre de nuestra especie es masculino y no neutro sólo por casualidad, tal vez lo sea también en otra lengua, como si la gramática resolviera algo en este caso. Debo explicar este asunto: no hay grandes hombres y grandes mujeres, hay grandes hombres machos y grandes hombres hembras. Nada más ridículo que una

galería de grandes mujeres esto y mujeres lo otro, me muero de vergüenza. La especie es humana, como *Panthera uncus*, *Panthera leo*: un onza es femenino por casualidad y el león es masculino por casualidad, pura cuestión de lenguas, exclusivamente. Hay que explicar este asunto como si se lo explicara a un marciano. O a un terráqueo. Oye, terráqueo, déjate de tonterías. Bueno, esto es pretender demasiado, volvamos, pues, a nuestro trabajo. ¿Qué más? Nada, tengo grandes dudas con respecto a este prólogo. Considerar necesidad de prólogo.

Odio decir esto, pero la verdad es que estoy un poco nerviosa. Mi familia siempre ha despreciado cualquier forma de frescura, me criaron así. Mi familia no vale nada, pero es estupenda, sobre todo los más antiguos. Tenemos antepasados fantásticos. Todos unos bandidos, pero se ocultan detrás de esas vajillas y de esos platos de antes de la primera guerra y de esos modales de lores de las Indias Occidentales. Mi abuelo, como he dicho, era prusiano, prusiano de Brandeburgo, abominaba de todo el mundo, salvo de Federico II. Su idea de un estupendo plan de viaje por Europa consistía en pasar cuatro días en Potsdam, babeando de gusto en la Orangerie y soñando con empalar a todos los polacos. Gran familia la mía. Su mujer era una católica de Westfalia, sólo se bañaba los sábados y nunca se reía, excepto cuando soltaba aquellas risitas histéricas que le duraban horas, generalmente los domingos después de misa y antes de las hediondas coles. Familia tremenda esta. Conozco a mis bisabuelos sólo por los retratos ovales dispersos por ahí, por los pequeños museos de tres al cuarto. Sólo recuerdo que mi bisabuelo João me asombraba, con sus ojos horripilantemente biliosos, en un retrato rodeado de loros en el gran salón de la casa de la hacienda de Lençóis. João tuvo una inmensidad de esclavos, y un antiguo periodista bahiano, de esos a los que la gente finge recordar, pero que era un total desconocido, publicó seis números de la intrépida gaceta independiente y republicana *14 de Agosto*, pues ese periodista, como diablos se llame, escribió —hoy nadie se lo cree, la humanidad es realmente muy burra— que mi bisabuelo había descubierto cómo curar la tartamudez. El periodista, el muy canalla, falsificó documentos y su propia alma —¿a que no se imagina que el muy marañero era un mulato?, pardo, como se decía entonces—

y se inventó un montón de cosas sobre mi bisabuelo, como por ejemplo que había mandado meter huevos calientes en la boca de no sé cuántos esclavos, por lo menos dos docenas, que le encantaba ir metiendo huevos calientes en la boca de cualquiera con el menor pretexto, o incluso sin pretexto, cuentan incluso que metió uno en la boca de mi bisabuela Sinhazinha, su mujer. Es cierto que mandaba meter huevos, pero es evidente que el efecto curativo se lo inventó el periodista. Seis de esos esclavos, dice ese crápula, eran tartamudos y se curaron de la tartamudez después de lo de los huevos calientes. Claro, el periodista no defendía que hubiera que meter huevos calientes en la boca de nadie, pero sí que se aprovechara la lección, la ciencia médica podía encontrar la manera de curar ese mal tan engorroso del habla mediante una terapia inspirada en eso, imagino que tal vez un huevo no demasiado caliente, en varias aplicaciones. Los hombres son muy ingratos con sus benefactores, como decía mi tía abuela Inês, a quien le horrorizaban los negros y llamaba culo-de-luto a cualquier blanca que se acostara con un negro o un mulato.

Lo veo todo como si fuera hoy. La vieja casa grande de Outeirão, que heredé ya con las paredes recubiertas de limo de un verde oscuro, con insectos por todos los rincones, ranas que en invierno maullaban como gatos, plantas que chasqueaban, las lianas entrelazándose en las tejas y alguna serpiente color esmeralda, los restos de la lluvia goteando de los árboles sobre las plantas de grandes hojas, hedores y olores mortecinos que subían de las grietas del suelo enlosado, pájaros que cantaban y piaban, azulejos deslustrados en las paredes de la galería, cuatro gallinas bravas picoteando debajo de los racimos de bananos, piedras semienterradas por el lodo, lagartos trepando por los troncos de los mangos, el zumbido de dos o tres avispas, y, pese a todo, un silencio que llegaba a hacer daño. Sí. Ocurrió aquel día, en esa vieja casa enmohecida, que tenía una estantería de *sucupira cruda*^[5] que las goteras habían combado. Yo ya conocía bien aquella estantería, pero, aun así, o tal vez precisamente por eso, fui a rebuscar entre los libros arrugados por la humedad, cuyas páginas exhalaban un olor inolvidable, y, a cada hoja, ese tufillo me provocaba un escalofrío en la espalda y me enloquecía. Había todo tipo de libros.

Recuerdo bien *O Guarany*, con y griega, ilustrado con la imagen de Pery, también con y griega, que me parecía que enseñaba un bulto fascinante por el lado izquierdo de la tanga en forma de plumero; recuerdo a Salambô, con una mulata casi desnuda estampada en la portada; recuerdo a Don Quijote en calzoncillos entre alucinaciones y, medio pulverizada, una colección encuadrada de obras de Anatole France, lo recuerdo todo, todo. ¿Cómo sería la voz de mi bisabuelo João Ferdinando Bibiano Rafael ordenando meter huevos calientes en la boca de los demás? ¿Cómo sería?

Tengo una fijación con la fase oral, fase oral caníbal naturalmente, me encanta cualquier forma de ingestión. En aquella época, andaba muy fijadita, hoy eso está perfectamente claro. A mí el psicoanálisis no me va. Allá, en casa, seguro que desde mucho antes de Freud, siempre les pareció obsceno contar intimidades y debilidades a extraños, pero de vez en cuando empleo una frase que aprovecho de la jerga de los psicoanalistas, creo que es casi inevitable en mi generación, no sé. De modo que, a falta de un mejor comentario, estoy segura de que encajo en esa situación de fijada en la fase oral, me pasé años sin entender nada, y esta noción me da que pensar. Porque siempre me pareció muy bueno ingerir, salvo por vía intravenosa, y así voy tirando, a pesar de estar hoy en día un poco *blasée*. De modo que yo me pasaba el rato leyendo aquellos libros y sintiendo escalofríos. Todavía los huelo, pero sólo los libros viejos, y es que, como ya he dicho, estoy un poco *blasée*. Deben de ser cosas de la edad, seguro que es la edad, aunque, claro, no me considero vieja. Pero ya he vivido casi siete décadas, y algo ocurre en ese tiempo. Confusión, me estoy metiendo en un lío tremendo. ¿Estaré haciéndome ahora mismo psicoanálisis? Horror, «oídos de alquiler», qué horror. Bueno, de alguna manera usted y esa grabadora son como oídos de alquiler. Qué sé yo. Sí, deben de ser cosas de la edad, me horroriza la expresión «tercera edad», hipocresía de los americanos, entre las muchas que ya hemos importado, los americanos son los reyes del eufemismo hipócrita. No soporto a los viejos, los viejos de verdad, esos que van de alegres por la vida, la vejez es una desgracia, no trae nada que valga la pena. Corte todo esto, yo misma creo que no entiendo nada de lo que acabo de decir. A veces somos nosotros mismos y a veces no.

Uf, basta, tengo que poner orden en todo esto, porque incluso los delirios tienen que estar al menos un poco organizados siguiendo algún criterio, hay que darle un método a la locura, más o menos como cuando Polonio habla de la chaladura de Hamlet. *Thy son is mad, but there is method in his madness*, lo dijo más o menos así, ¿no? A mí me gusta Shakespeare, lo leo desde pequeña, aunque entonces no entendía ni jota. Pero ¿acaso lo entiendo ahora? Nadie entiende nada, ni de la vida ni de Shakespeare, que murió con diez años menos de los que tengo yo ahora, sin saber que era Shakespeare, pero Voltaire echó pestes de Shakespeare, todo el mundo echó pestes de Shakespeare, la vida... ¡Uf, basta!

Su llegada, nuestro encuentro, eso era lo que iba a contar para al fin empezar mi testimonio. Sin frescura, basta de frescura. Puedo decir sin ninguna reserva que su llegada fue algo violenta, o bastante violenta, si quiere. Él jugaba conmigo y con mi hermano Otávio, le queríamos, mi abuela dejaba de vez en cuando que almorzase con nosotros, pero él era sólo uno de los negritos de la hacienda, de la panda de esclavos que tenía mi abuelo. No eran oficialmente esclavos, pero de hecho eran esclavos, y la mayoría vivía satisfecha, haciendo hijos y engañando al abuelo. Figura interesante la de mi abuelo pedorro, lástima que yo no haya tenido la ocasión, física y psicológica, de convivir más con él, no hubo manera, aunque él me quisiera y yo a él. Creo que él sabía que le engañaban todo el tiempo. O tal vez no, él lo sabía, pero le daba igual, era una postura pragmático-egocéntrica ambulante, ya no puede existir gente como él, naturalmente.

Me dio muy de repente, sin ton ni son, me acerqué a ese negrito en el patio donde parten los cocos de *dendê*^[6] y le dije: «Hoy por la tarde te acercas a la vieja casa grande, a la hora en que duerme la abuela. Solo, y no se lo digas a nadie». Se extrañó y dijo que no podía porque tenía que ir con su madre a recoger *ouricuri*^[7] y se quedó allí poniendo los ojos en blanco y levantando los pies como si caminara sin moverse y rascándose con una mueca las orejas, como si quisiera arrancárselas de la cabeza. «Mentira», le dije, «eso es mentira porque hoy es domingo. Irás, y, si no, le cuento al abuelo que te has metido conmigo y él hará que te capen, como hizo que caparan a tu tío Roque, que en paz descansa, ya sabes que el abuelo hizo que le caparan porque se pasó con una de sus chicas». E incluso le di con fuerza un cachete, de los que estallan. Se estremeció y, si un negro puede quedarse lívido, se quedó lívido. Pues, sí, los negros se quedan lívidos, es divertido, se les nota en los labios pálidos. Pero no dijo nada, yo incluso hice el gesto de darle otro cachete y no se lo di porque no había planeado darle otro; no entendía muy bien lo que me pasaba, porque me entró a la vez algo así como ganas de seguir dándole cachetes y una sensación desagradable, como si temiera algo, no sé describir muy bien aquel momento. En cualquier caso, después de rascarse una vez más las orejas, contestó que iría, y sentí un cosquilleo muy hondo subiéndome por los muslos hacia la barriga. Sentí otras veces ese cosquilleo, hasta hoy lo siento, pero nunca como ese día.

Cuando llegó, se detuvo justo debajo del arco del salón, con aquel calzón de tela de saco, sin nada debajo, enseguida vi que tenía una erección impetuosa, una fuerza irresistible forzando la arpillera casi a medio muslo izquierdo, y él se cruzó las manos por encima, en una posición que ahora tal vez me daría risa, pero que

entonces no me dio en absoluto. Sentí otra vez el cosquilleo en la barriga, pero al mismo tiempo no me gustó. No sé muy bien por qué no me gustó, pero creo que fue porque me quedé pensando en cómo era aquel negrito, aquel proyecto de negrazo, que, por otra parte, sabía que había sido llamado para follar. ¿Y si yo sólo hubiera querido ir a cazar pájaros, mostrarle libros y enseñarle algunas letras del alfabeto? Sólo me acuerdo de eso, aunque estoy segura de que muchas cosas más pasaron atropelladamente por mi cabeza, y se me aceleró la respiración. Entonces se dio el estupro, un estupro innegable. Era un domingo, y él se llamaba Domingos. Paseé los ojos por aquellas paredes, en mi cabeza apareció el padre Vitorino en clase de catecismo diciendo que domingo quería decir el día del Señor, *dominus vobiscum et cum spiritum tuum introibo ad altare Dei* *ite missa est*, aquel latín de otro mundo, y fue como si me atrapara un remolino, mis ojos sólo veían lo que tenía delante, mis oídos zumbaban, y dije, levantándome la falda y bajándome los calzones:

—Chupa aquí.

No recuerdo qué me contestó a bote pronto, recuerdo que escupió hacia un lado y dijo que aquello no, que de eso nada. Es curioso, todo me vuelve como nunca me había vuelto antes. Recuerdo que miré hacia abajo y vi en el lugar generalmente designado por nombres ridículos bajo los que se disfraza la realidad, vi lo que voy a tener que decir con todas las letras, porque de otro modo actuaría conforme a todo aquello con lo que estoy en contra —lo conseguiré pronto, mi honor está en juego, no me quedaré satisfecha si no lo digo—; ya razonablemente orgullosa y crecida como un caballo de combate, me sentí poderosa, me encaminé hacia él, separé las piernas y, mordiéndole la oreja, le dije otra vez que le contaría al abuelo que se había pasado conmigo. Chupa aquí, dije, no sabía realmente que la gente se chupaba, fue algo que ahora puedo describir como instinto en estado puro. Le hablé enérgicamente y le cogí la cabeza por los rizos y le empujé la cara hacia abajo, hacia mi entrepierna, hasta el punto de que tuvo dificultades para respirar. No me importó, le dejé tomar aliento y después le empujé otra vez la cabeza y tuve un orgasmo allí mismo y fui deslizándome hacia el suelo. A esas alturas, a él le iba gustando la cosa y se empleaba a fondo y me apoyé contra la pared

con las piernas abiertas y empujé mucho su cabeza, mientras, encajándome en su boca como quien encaja una pieza de precisión, como quien da el pecho, yo gozaba otra vez con un placer enormísimo al hacer todo eso minuciosamente. Enseguida, ya como una posesa y con una ansiedad que me hacía temblar todo el cuerpo, decidí que tenía que montarme sobre su cara, cabalgar de verdad, cabalgar y cabalgar, y así gocé no sé cuántas veces más, en su boca, en su nariz, en sus ojos, en su lengua, en su cabeza, gocé de todo él y entonces bajé y le chupé yo a él, tragando todo lo que podía tragar de aquel tallo tieso, después oliéndole las ingles, después lamiéndole las pelotas, después enroscándome en él y esperando a que él gozara en mi boca, aunque nunca antes me hubieran dicho cómo se hacían esas cosas, sólo que él no gozó en mi boca, acabó regándome la cara y yo lo esparcí todo sobre los dos. Es impresionante pensar que hice todo esto de buenas a primeras, porque fue en realidad mi primerísima vez, y nunca había visto nada, ni nadie me había enseñado nada, de no ser por las locas conversaciones con las amigas del colegio, sobre todo con las internas, que siempre andaban medio chaladas, como es natural. Gran parte de esas historias no tenían nada que ver con lo que se hace en realidad, salvo las historias sobre ciertas monjas y otras alumnas, que después vi que eran más o menos verdad, y hoy sé que, en la mayoría de los casos, eran verdad. Supongo que debo sentirme orgullosa, debo reconocer que tengo un talento innato, que soy una predestinada, una elegida de los dioses, sólo puede ser así. No me gusta decir estas cosas, pero ¡qué remedio!, hay algo ahí inexplicable, sólo puedo creer que, de alguna manera, nací sabiendo. De alguna manera, no: nací sabiendo. Sólo puede ser así, no me pregunte cómo. Nací sabiendo. Escalofriante.

Después de este asunto, prácticamente no hablamos nunca más, ¿puede usted creerlo? Nunca más volvimos a hablarnos, pero seguimos haciendo las mismas cosas a lo largo de todas aquellas vacaciones, y otras muchas cosas más, una relación bastante animalesca, aprovechábamos todas las ocasiones sin que fuera necesario decirnos nada. Era estupendo, fue, terminé por saberlo, uno de los puntos de referencia de mi vida, que ocupa su lugar, que ocupa mucho lugar, me da pereza explicar por qué, además, quien

tenga una sensibilidad abierta y despierta en este terreno sabe a qué me refiero, y explicárselo a quien no la tiene de poco sirve, o de casi nada. Sólo hacíamos eso, y después él se iba y, si por casualidad nos cruzábamos en sitios donde hubiera gente, era como si no nos viéramos. Ya no volvimos a hablarnos y, cuando regresé, años y años después, y cuando, ya de muy adulta, regresaba por algún tiempo, íbamos a pescar en su canoa y follábamos en medio del mar. Esto sólo acabó de verdad después de que yo entrara en otra órbita y nunca más volviera a aparecer. Siempre nos íbamos automáticamente a follar, casi siempre que nos dejaban solos, salvo en las pocas ocasiones en que no me apetecía y él, como por telepatía, libraba. Por otra parte, yo era siempre la que tomaba la iniciativa, él se quedaba a la espera. Todavía en aquel tiempo de semiadolescente y adolescente, iba con mi abuela a Outeirão y era más de lo mismo, perfeccionado a cada encuentro. A él le entró el vicio de chuparme y yo de chuparle a él, y me daba mucho placer, los dos detrás de las puertas, haciendo cosas de una manera insustituiblemente peligrosa. Con el tiempo, todavía durante aquellas vacaciones en que empezamos, él pasó a mojarse entre mis muslos, y así aprendimos a sincronizar el goce, le obligaba a retroceder un poco las caderas para que gozara entre mis muslos. Me volví especialista en esta práctica, todavía hoy encuentro que es estupenda en ciertas circunstancias, que no sabría enumerar, pero las noto cuando se presentan. Los hombres no pueden gozar fuera, no pueden cometer el pecado de Onán, que, como usted sabe, no era el de masturbarse, sino el de eyacular en el suelo en vez de embarazar debidamente a la cuñada viuda, si no me equivoco se trataba de una cuñada viuda, o de cualquier otra parienta en la misma situación. Esto está en el Antiguo Testamento, donde, por otra parte, como ya he dicho, están muchas otras cosas habitualmente tachadas de reprobables, pero que los curas y pastores fingen no ver. Los curas, en sus Biblias, disimulan con notas a pie de página las referencias a Salomón, distorsionando el sentido y cambiando las palabras. Es posible que yo tenga alguna mórbida fijación con este asunto, tal vez ahora mismo esté notando algún indicio; es curioso, nunca me había dado cuenta. El caso es que en el Antiguo Testamento aparecen bastantes amantes,

concubinas y otras mujeres por el estilo, todo el mundo lo sabe, pero ellos siguen con sus prédicas santurronas, a las que hasta hoy no me he acostumbrado. Es probable que eso de decir onanismo, en vez de masturbación, se lo hayan inventado ellos para no tener que admitir las relaciones hoy espurias que nos muestra esa tradición. Una vez leí un cuento de Isaac Bashevis Singer en el que se refería ajustadamente al pecado de Onán y afirmaba que, cuando un hombre eyacula en el suelo, engendra a un diablito. Puede ser, puede ser, el caso es que no es cierto. En el momento de gozar, los hombres tienen que retroceder las caderas y no privar a la chica de esa irrigación tan rica en significados y símbolos, tan misteriosa a fin de cuentas. He aconsejado a muchas jovencitas acerca de este asunto y siempre les he dicho: el hombre que no goce en vosotras no merece confianza. A no ser que se trate de un inepto que necesita entreno. Nunca ha dejado de gustarme, siempre me ha encantado, sobre todo porque, por lo general, se hace de pie, rápido y a escondidas, es estupendo, por detrás o por delante, me trae a la memoria buenos tiempos, es un poco rebuscado y muchas cosas más, depende de cada cual y del momento. En fin, es una opción entre otras muchas que no hay que descartar.

Era lo que se hacía en mis tiempos, resulta difícil dar una idea de lo complicado que fueron mis tiempos. Alguien debería hacer la sociología de aquello. Pertenezco al tiempo del coche, la *garçonnière* y la semivirgen, nadie sabe ya qué es eso, e incluso siento cierta nostalgia, las casas de citas a mí no me hacen gracia, carecen de condimento, incluso las que se empeñan en crear ambientes románticos o eróticos. En este punto me veo obligada a reconocer mi reaccionarismo, aunque no radical, claro. La hipocresía de la época era más agresiva, procuraba mucho placer a quienes desafiaban sus mandamientos, todo redundaba en una gran gozada, la transgresión era más satisfactoria, mejor para el ego. Muchos de mis novios, incluso los dos más formales, siendo yo muy joven pero ya toda una mujer desde temprana edad, creían que era virgen y decían abiertamente que, aunque no tuvieran prejuicios, sólo se casarían con una virgen. Cuando me eché el segundo novio formal, un maricón vergonzante medio impotente con el que estuve a punto de casarme, y gracias a Dios sólo a punto, yo estaba ya preparada,

mire usted qué ridículo, *outrageous but true*, ya estaba preparada para recuperar mi condición de virgen, para restaurarme el himen. Muchas se lo restauraron, conozco varios casos. Me quedo pasmada cuando pienso en eso, pero es cierto, ya tenía el nombre de dos médicos de aquí, de Río, ya lo tenía todo planeado. El pasado me condena, me avergüenza hablar de eso. Pero así eran aquellos tiempos, habría que descontarlos, de lejos las cosas parecen fáciles; pero la verdad es que fueron muy duros. Hagamos un descanso. ¿Nos tomamos otro whisky? No debería beber, pero a la porra con eso, de cualquier manera me moriré. Un descanso, pues, para un whiskito, aunque sólo sea porque *in vino veritas*.

Pero, en fin, en general era una gozada jugar con la hipocresía y driblarla creativamente. Esa amiga de la que le he hablado, Norma Lúcia, a quien nunca volví a ver porque se casó con un millonario sudafricano y se fue a vivir allá, aunque me escribe de Pascuas a Ramos —después hablaré de ella un poco más, tiene todavía más morbo que yo, mucho más, es asombrosa, ya debe de andar por los setenta y todavía en activo, aún más ahora que el marido se le quedó paralítico y medio gagá—, pues esa amiga me dio grandes lecciones de antihipocresía aplicada, empleando la fuerza del adversario contra este, como dicen que hacen los luchadores de jiu-jitsu. Por ejemplo, la maniobra de agarrar la polla. Hay que agarrar la polla de tal manera que él crea que es la primera vez que agarras una polla: jamás tomes tú la iniciativa y, tan sólo en el tercer o cuarto intento, dejas, como reluciente y púdica, que él acerque tu mano. Entonces agarras suavemente el paquete, como si estuvieras tocando una figurilla de porcelana fina, con los dedos dubitativos y la mano casi flácida, hasta que él suelte una risita de superioridad y gruña «puedes apretar». Entonces es cuando él te explica, y tú escuchas atenta y recelosamente, que es natural que una mujer sin experiencia agarre de aquella forma, pero ahora ya lo sabes, tienes que apretar. De modo que, al principio sin demasiada convicción, pero luego haciendo progresos, pasas a apretar a gusto e incluso a abrirle la bragueta, que en aquellos tiempos era con botones y nunca de cremallera, ya que la cremallera, para los machos más conscientes de su condición de machos, era cosa de maricones, la abres, pues, habilidosamente con dos dedos en el momento

interminable en que él empieza a meterte la lengua por la oreja y a babearlo todo. Hasta hoy sigue siendo para mí un misterio la razón por la que los hombres consideraban *de rigueur* meter la lengua en las orejas de las mujeres al principio de los toma-y-daca, quién sabe si intercambiaban información sobre este asunto, el caso es que acabó siendo un ritual. No es que esté absolutamente en contra, pero la obligatoriedad de pringarlo todo era a veces exasperante y te ponía nerviosa. Con el tiempo, gracias a Dios, ya no lo hacían, por lo general sólo lo hacían las primeras veces. Ejemplo número dos: la maniobra de chupar. Esto ocurría siempre, siempre, siempre, por primera vez. Era tal la obsesión de los hombres por la primera vez que se iban a la cama con una cuarentona y ella conseguía convencerles de que era la primera vez que se la chupaba a alguien. Qué maravilla, ¿sabes?, nunca lo había hecho. Sólo contigo, nunca lo había hecho con nadie, sólo sabía algo de oídas, ni podía creérmelo, pensaba que me daría asco, pero contigo no, qué cosas. Hasta hoy, creo que la mayoría de los hombres sigue así, tanto la juventud desinhibida como los demás. Otra cosa: en esos casos, no dejes nunca que él acabe enseguida en la boca y, si por casualidad ocurre, escupe, lávate la boca, restriégatela con un pañuelo, y esas cosas. Es que lo de la primera vez era para ellos todavía más importante que lo de chupar a secas. Las mujeres casadas decían a sus amantes —y sospecho que muchas todavía lo dicen— que nunca habían hecho o harían esto o aquello con su marido, y los muy cretinos se lo creían, de nada se jacta más un hombre que de que su amante haga con él lo que no hace con el marido, se trata de meterle un gol, puro montaje. Con el sexo anal, lo mismo, etc., etc. Uy, es la primera vez, despacito, ¿vale? Grandes actrices se malogran así todos los días.

Norma Lúcia era genial. Ella y yo subíamos juntas por la calle Chile con aires de chicas más o menos recatadas y muy decentes, mirando escaparates y de palique sobre asuntos altamente cachondos. Sí, altamente cachondos, porque yo siempre tuve mis conocimientos, pero ella iba de intelectual, escribía en suplementos literarios y se tiraba a los pintores a cambio de sus cuadros, consiguió incluso que un novio suyo se tirase a un pintor maricón a cambio de unos cuadros, era de armas tomar. Hasta bautizó en latín

eso de la primera vez. *Principium primae* no sé qué más, algo así, sólo para conseguir unos cuantos paliques cachondos con Almeida Júnior, un profesor de filosofía de la facultad, y poder magrear, magreos intensos, pero sólo magreos, porque él tenía miedo de metérsela, había muchos hombres así, al menos allá en Bahía. ¡Ah, la calle Chile de antaño!, con aquellos hombres a la puerta de sus tiendas, todos de blanco y palpándose o pellizcándose los huevos, algunos con la mano ajetreada arriba y abajo, creo que estaba de moda, no sé por qué lo hacían, siempre me parecieron una pandilla de hipopótamos en celo. Nosotras, las hipopótamas, todo hay que decirlo, caminábamos contoneándonos cuando pasábamos por delante de ellos, y a Norma Lúcia le gustaban los piropos groseros, como «nena, te comería el chocho» o, si no, «vaya culo» y otras cosas por el estilo, era como si ella se los buscara, alguien decía una de esas cosas mientras pasaba y ella fingía no oírlo, pero le encantaba. Digo que añoro todo esto y no deja de ser verdad, pero es como tratar de separar las cosas buenas de las malas, imposible. Eran realmente tiempos difíciles, teníamos que ser auténticas artistas todo terreno. Una vez aparecieron en aquella calle Chile unas mujeres en pantalón —¡para entonces yo ya tendría unos treinta años, o más!— y se armó la marimorena, y otra vez hubo que llamar a la policía para que fuera a sacar de la playa a unas francesas que habían ido a bañarse con un traje de baño de dos piezas. Una multitud de hombres ya se había arrimado a la balaustrada, y por poco no se las pasaron allí mismo por la piedra. Como he dicho ya, aquello era duro de roer, duro de verdad. Sí, añorar es una tontería, hay siempre mucho de idealización en estas cosas. Yo en realidad no añoro nada, de no ser el auge de la juventud madura, pero lo que entonces quería era ser joven con el bagaje de lo que he aprendido hasta hoy, eso no podía ser, habría sido la dictadora del mundo. Bueno, ahora me he hecho dos plásticas en la cara y una en el pecho, pero ¿y mis piernas?, ¿qué me dice de mis piernas, que siguen tal cual, sólo con algún masaje de vez en cuando? Igualitas a las de Marlene Dietrich, como primas hermanas por el lado alemán de la familia: comparto con ella la bendición de tener unas buenas piernas hasta la muerte, incluso porque mi muerte... No, hablaré de esto más adelante, no quiero

bajarle a nadie la moral recordando que mi muerte me llegará en cualquier momento, esa enfermedad... Sí, será eso, seguramente es que no me acostumbro a la idea. Más adelante hablaré de esto, hablaré de esto abiertamente, y aquí más aún. Más adelante. De modo que, como iba diciendo, aquí donde me tienen, soy una de las mejores entre las casi setentonas de Brasil, una de las mejores del mundo, sé lo que me digo. Imagínese cómo era yo a los treinta y a los cuarenta y pico, en mi opinión la mejor edad para cualquier mujer, salvo para las que se casan y engordan, se realzan la celulitis, llevan medias contra las varices, siguen las telenovelas, participan en concursos de televisión, limpian los mocos de los hijos y lo demás y le hacen la vida imposible al adúltero de medio pelo que las mantiene. Yo era estupenda, estupenda de verdad, no de las estupendas de segunda fila que suelen verse por ahí, estupenda de verdad, ¡Afrodita, Helena de Troya, Friné! No tengo rivales entre mis contemporáneas, tal vez Ava Gardner. Un poco de Ava Gardner y un poco de Sofía Loren en su mejor época. Y aun así me siento algo desperdiciada, aunque infinitamente menos que la avasalladora mayoría. Quiero y no quiero volver a aquellos tiempos.

Ambivalencias, siempre he sido muy ambivalente. No lo parezco, pero lo soy, es una condición bastante interna, pero lo soy; nadie lo diría, pero lo soy. Por ejemplo, además de añorar aquellos tiempos de los muslos... Todavía me quedan por contar algunas aventuras de los tiempos de los muslos, de hecho tengo material para dos Guerra-y-paces. Episodios espectaculares, una vez con el padre Misael en pleno colegio de monjas, otra con mi novio Maurício en la puerta del apartamento donde él daba una fiesta, y yo gozando como veinte ambulancias desmadradas, otra vez con mi tío Afonso en el cuarto de baño, y mi tía Regina, su mujer, queriendo entrar, ah, y estos son sólo unos cuantos, son los que me vienen así, de sopetón, a la cabeza. Eran tiempos estupendos en muchos sentidos, pero *nihil est ab omni parte beatum*, esta me ha salido de corrido, y también me la enseñó Norma Lúcia. Esta vez no se trataba de tirarse a un profesor casado, con gafas sin montura y cara de santurrón devoto del Partido, como Almeidinha. Sólo fue para chingar al viejo Pedrão, cuando este, sin poder ya contenerse al verla cruzar y descruzar las piernas enseñando hasta las

amígdalas en las clases de derecho romano, un día reventó y se le declaró, le soltó una trova deplorable intentando emplear el lenguaje y las referencias que estaban entonces de moda entre la gente joven, fue grotesco. Ese día fue cuando ella le dio esa respuesta en latín, una cita de alguien conocido. Y le dijo más, le dijo que él podía seguir mirándole las piernas, que ella incluso sentía placer al exhibirlas y que él se lo merecía por su sensibilidad y talla intelectual. Pero que follar, *jamais de la vie*, impensable, ¿no se daba cuenta? Además, dijo ella, soy virgen, usted, por lo que veo, anda creyendo en las historias que van contando por ahí esos oligofrénicos que no tienen nada que hacer y que no pasan de ser unos doncellones frustrados, soy una joven con principios. Norma Lúcia era diabólica, me contó que el viejo casi se muere no sé cuántas veces, y que un día se exhibió sólo para ella en su despacho, y estaba en sorprendente buena forma para su edad. Entonces ella —Norma Lúcia, ¡qué grande eres, Norma Lúcia!, ¡eso es dejar al universo boquiabierto, por lo menos el universo de los que vivieron aquellos tiempos!— dijo que bueno, que le concedería algo. El viejo babeó y preguntó el qué. De modo que ¿hecho? El pobre, él creía que la gente hablaba así en nuestro ambiente. Ella se contuvo para no reír y le dijo que dependía de lo que él consideraba que estaba hecho, porque lo que ella le daría era un magreíto rápido, y sólo un magreíto. Y le dio el magreíto, y luego se fue con un leve y jovial quiebro de caderas, enviándole un beso desde la puerta entreabierta. Y no pasó del magreíto, y con toda seguridad el viejo se volvió loco, olvidé los pormenores de su comportamiento después de ese episodio. Lo que sí sé es que se quedó muy tarumba y murió unos meses después, claro que la humillación debió de ayudar. Pero no llegué a sentir pena, lo que se dice pena, por culpa de esa pose suya tan austera, de moral por encima de toda duda, baluarte de los más elevados valores éticos y cristianos, censor de revistas y periódicos, un tipo al que le gustaba insultar a los alumnos con palabras que él sacaba de su biblioteca rancia y que los chicos tenían que ir a buscar en el diccionario para saber qué querían decir, como «réprobo», que yo nunca le había oído decir ni escribir a nadie y que nunca he olvidado. Réprobo, el réprobo era él, ya sabe usted a qué tipo me refiero. Generalmente, detrás de esas

caretas intolerantes y pagadas de sí mismas se oculta un pozo sin fondo de concupiscencia y sordidez. Fariseo desvergonzado, bien hecho, se lo merecía.

Sí, he llegado a decir que no añoro nada, pero a veces sí. Muchas incluso. Es natural, no sería normal no añorar. Siento, por ejemplo, nostalgia de aquellos bailes americanos. Los barcos de la marina americana atracaban, y el mujerío salía dando brincos. Había bailes en los barcos y bailes en los clubes. Los *quirômanos*^[8] de Bahía —nos enseñó esta palabra el viejo profesor Mendonça, este sí, una joya de persona, loco de remate, un gran hombre, nos moríamos de risa con él—, los *quirômanos* de Bahía, o sea, los que tienen el vicio de las manos, que eran prácticamente todos, protestaban mucho, pero a nosotras nos importaba un bledo. Se ponían así de indignados porque sabían que nosotras dábamos a los americanos lo que no les dábamos a ellos. Es decir, la mayoría no lo daba todo, por las razones de siempre, la necesidad de permanecer técnicamente vírgenes, pero, analizándolo bien, daba. Hasta hoy me espanta esa himenolatría. Estaba en juego la honra de la mujer, qué horror. Todavía existe, ¿sabe usted? Y existe a montones, es para caerse de espaldas, de vez en cuando me llevo un susto. Pittigrilli, un escritor que hoy nadie lee, pero que estaba de moda y al que las jovencitas no podían ni acercarse, aunque sus libros sí estaban a nuestro alcance en la biblioteca de mi padre y en la de Norminha —un punto más para mi familia, nuestras familias, por cierto—, decía más o menos que, en lugar de preocuparse tanto por la integridad de esa honra, las mujeres italianas deberían lavarla con agua, agua de verdad, y no con sangre, al menos una vez al día. Y, en efecto, encuentro que es triste, como él mismo dice todavía, vivir en una sociedad que lleva la honra femenina entre las piernas, ¡qué bestia, Dios mío! Es que lo es, ¿no? A veces me dan ganas de organizar una manifestación. ¿Cuántas vidas no se habrán perdido, cuántos destinos no se habrán torcido, cuántas tragedias no habrán ocurrido, cuántos conventos no se habrán visto inhumanamente abarrotados por culpa de la honra de tantas y tantas infelices?

Sí, creo que la gran mayoría preservaba su himen con los americanos, pero, por lo demás, se hacía de todo. Y casi siempre teníamos mucho que enseñarles, aunque con cierta maña, para no asustarlos. Nunca me he encontrado con ninguno —ni yo, ni Norma Lúcia, ni ninguna de las otras chicas con las que yo intercambiaba experiencias— que no tuviera todo un mundo por aprender. Los americanos eran unos capullos, pero eran muy buena gente, porque los hombres bahianos nos metían mano por debajo de la blusa y, al día siguiente, se sabía en todas partes, hasta en el culo del mundo. Y eso en un tiempo en que el teléfono no era como hoy; por ejemplo, para conseguir una llamada de allá a Río tardabas todo el día. Eso si la conseguías. Además, teníamos que hablar a gritos entre todo tipo de chirridos, zumbidos y pitidos, una cacofonía infernal. Apuesto a que no debe de haber ningún bahiano de aquella generación, e incluso de las dos o tres posteriores, o más, que alguna vez no se haya acercado a un amigo, o al grupo del barrio o del colegio, para comentar «no se lo digáis a nadie, pero le toqué las tetas por dentro a Guiomar». Tocar las tetas por dentro era una expresión mágica, muchas jovencitas, las más frágiles, quedaron fuera de combate por culpa de esa frase, y también por los «yo también quiero, si no lo iré contando por ahí» que venían a continuación. Es increíble, pero había tipos que se acercaban a las chicas y les decían eso, y algunas caían, es increíble.

En fin, los americanos eran unos mierdas simpáticos, aunque muy monos, pero no sabían follar, y la mayoría, cuando quería soltar una grosería, decía *God* y *Jesus*, imagínese una gente que para decir una grosería dice Dios y Jesús, todo por ese puritanismo suyo, emplean en vano Su santo nombre, cosas de ellos. Tanto, que muchos empleaban eufemismos como *Geez*, *Golly gee* y otras

tonterías por el estilo, imagínese también una gente que recurre a eufemismos para exclamar el nombre de Dios o de Jesús. Se te ponían encima y decían *oh God, oh God*, me recuerda a un portugués, Nuno, un portugués muy guapo con quien salí una temporada, José Nuno, muy guapo. Por cierto, se folla muy bien en Portugal, contrariamente a lo que creo que es de dominio público. Pero yo casi nunca gozaba con Zé Nuno, porque, en el momento culminante, salía con un «*não t'acanhas, não t'acanhas*^[9]» que desactivaba en el acto mi punto G y me provocaba un ataque de risa; luego me frotaba en su culo, y a él le encantaba, aunque fuera muy macho, como todos los portugueses, incluso los maricones — *paneleiros* los llaman ellos, por seguir los usos portugueses y aportar así algún color local a la narración—, los *paneleiros* que se reúnen alrededor del Campo Pequeno, *donde se hashen lash corridash de torosh em L'shboa* y trabajan como negros y, muy retacos ellos, se enfrentan a pecho descubierto a los toros. En fila india, estilo trenecito, uno pegado al trasero del otro, por supuesto. Y después se van de tascas, de copeo y de mariconeo, son maricones muy machos. En Portugal vi culos muy bellos, que allá no se llaman *bundas*, como en Brasil, sino *cu*, que allá no es una grosería como aquí, mire usted cómo son las cosas, aquel sí que es un país subestimado. Culos de hombres y mujeres. A todas las mujeres portuguesas les dan por el culo, o por lo menos les daban, para mantener la santa virginidad vaginal, como aquí. Hoy día, con la entrada en la Comunidad Europea y otros cambios —hoy día odian Brasil, ¿lo sabía?, los portugueses odian Brasil, salvo Mário Soares, Saramago, José Carlos Vasconcelos y cuatro gatos más, lo desprecian de verdad, es una lástima—, ya no sé cómo están las cosas. Probablemente nunca más se oirá la pregunta de antología que oyó un amigo mío después de enfrentarse con gallardía a una guapísima portuguesa primeriza, él que incluso temía arrugarse. Pues él me contó que, tan ufano y aliviado, estaba fumándose el tradicional cigarrillo *post coitum*, cuando ella le miró y dijo: «Y el culo, ¿qué?». Fantástico, dijo él; emocionante. Y le di por el culo, dijo él, qué maravilla. Imagínese aquí en Brasil una mujer haciendo semejante pregunta, lo nunca visto. Viví en el barrio de Alvalade, no muy lejos del Campo Pequeno, y me harté de ir a las corridas

sólo para ver los culos prietos de los *forcados*^[10]. Soy contraria a esa teoría de que los brasileños tienen culos bonitos y alimentan una fijación patológica por los culos sólo debido a los africanos. Eso es un prejuicio, los bonitos culos de nuestra gente provienen tanto de África como de Portugal, la prueba es que yo no tengo ni una gota de sangre africana, por lo menos que yo sepa, y siempre tuve un culo por encima de toda crítica, todavía hoy no me avergüenzo de él. Dudo de que, si le dijera a un hombre con el que he follado «y el culo, ¿qué?», no se pusiera a ello inmediatamente.

Claro que nunca les hice esa pregunta a los americanos, porque además en inglés no tiene gracia, y eso que eran realmente unos capullos, teníamos que emplear mil recursos para que fueran entrando poco a poco en el juego. Pero por lo menos tenían la ventaja que he mencionado, la de no poder, aunque hubieran querido, ir por la calle Chile contando a todo quisque sus proezas con nosotras. Pensándolo bien, eran nuestras las proezas. Pero, con todo, lo pasábamos bien. Teníamos que enseñarles todo, porque, por no saber, no sabían siquiera besar correctamente, les parecía que un beso de rosca con la lengua sólo se hacía en los burdeles franceses —hasta hoy lo llaman *French kiss*, si no me equivoco— y un montón de otras cosas de críos. Las bahianas de mi generación deben de ser responsables de la formación de centenares y centenares de americanos, fuimos en sus vidas una fuerza progresista. Hubo uno, llamado Chuck, al que le enseñé de todo, y hasta hoy debe de ser un desplazado en su tierra, allá en Oklahoma. Muskogee, Oklahoma, nunca lo he olvidado. Debo de ser la única persona que no es de allá y que ha oído hablar de ese lugar, debe de ser un horror. Fue un buen alumno, un talento que se hubiera perdido si la mujer bahiana no hubiera entrado en escena, y con toda mi brillantez, modestia aparte. Pero, a pesar de todo, fue estupendo. No sólo dábamos rienda suelta a toda aquella energía de potrancas mal atendidas, encantadas de recibir, libremente, tres o cuatro veces al año, la espesa descarga de aquellos hombres de usar y tirar, sino que practicábamos el inglés, tanto para conversar normalmente como para aprender palabras que no se encuentran en los diccionarios y que nos moríamos de ganas de saber. Aprendí muchas palabras cachondas en inglés, *cunt*, *pussy*, *prick*, *balls*,

blowjob, fingerfucking, cherry, ya he perdido la cuenta.

Qué interesante, la verdad es que no hay nada como un día tras otro. Quién te ha visto y quién te ve. Cuando Chuck pasó por Salvador^[11], e incluso mucho después, las mujeres en estado ni siquiera podían salir con el bombo en las películas americanas, no podían tener mareos, nada, nada. Se pasaban los nueve meses de gestación con la barriga del mismo tamaño. Dormían con sostén, impecablemente maquilladas y peinadas, y se despertaban igual. Nadie decía una grosería. Nadie hacía nada fuera de lugar, so pena de padecer después demoniacos castigos. Y así iban las cosas, era como si aquellos fascistas tipo un tal William Hays, del que un día vi una foto que enseguida me recordó al viejo Pedrão y otros santurrones del mismo talante, desparramaran su antiséptico en el cine. Ayer mismo estaba jugando con Internet y me topé con una página de educación sexual, a la que cualquier niño puede acceder, aunque ahora ya utilicen códigos, programas y señales especiales para no dejar que los niños tengan acceso a este tipo de cosas. Hasta aquí, nada que objetar, muy bien, porque Internet enseña realmente cosas que una entiende por qué los padres no quieren que las vean sus hijos pequeños, aunque es inútil, como siempre lo ha sido cualquier esfuerzo en estos casos. Pero esa era una página normal de consulta e investigación, incluso algo familiar, con ese aire de norteamericano con chaqueta que va a la iglesia el domingo o trincha un pavo el día de Thanksgiving. Y allí estaba una tal doctora Betty Dolson, gran mujer esa tal doctora Dolson, hablando para un público abierto, que apenas debió de pagar entrada, acerca de su clítoris, de vibradores, de felación, de cunilingus, de un matrimonio de más de setenta años cuya mujer se quejaba agresivamente de que a su marido no se le levantaba la pilila, de experiencias sexuales de todo tipo y de un montón de cosas increíbles, en un lenguaje tu-ru-rú, sin tapujos, que hace que este testimonio mío parezca anticuado, creo que a mucha gente que lo lea le parecerá anticuado y púdico. Es cierto, no lo digo en broma, es cierto, por eso quiero soltar las amarras que todavía me atan, quiero ser libre. ¡Libre! ¡Quiero ser moderna! ¿No le parece que estoy siendo demasiado blanda? A mí sí me lo parece. Parezco una americana de la época de Chuck. No, tampoco tanto, exagero. Pero tengo que enfocarlo todo bajo una

perspectiva correcta, actualizada, moderna al fin. No puedo quedarme en la actitud timorata de los censores de Joyce, Lawrence, Henry Miller, etc. Si ellos pueden, si la doctora Dolson puede, ¿por qué no podré yo? Gran mujer, la doctora Dolson, me ha ayudado bastante en esta fase de apertura total y de lucha contra la estupidez y el atraso, ¡luchemos pues!, un punto para los americanos. Un punto también para mí, ¿por qué no? Estoy al tanto, y saco un provecho inteligente de todo lo que se me antoja; a mí no me van las vacilaciones. Venceremos, me he hartado de extenderme sobre este asunto, he acabado enrollándome otra vez, como ha pasado ya. Cada cosa en su momento. Volvamos a los americanos.

Norma Lúcia reunió a una colección de americanos de la más alta categoría, cuantitativa y cualitativamente. Funcionaba como una biblioteca pública; íbamos allá y tomábamos a uno en préstamo, sin burocracia. Sobre todo cuantitativamente. Sólo cuantitativamente, por cierto. Cuantitativamente, sólo sirve para el libro de los récords. Interesantísimo acerbo el de Norminha. Basta con citar a Melvin, que gozaba y al que se le aflojaban las piernas si inmediatamente después le tocábamos la picha; también pedía perdón a Dios siempre que gozaba, contribuía bastante a nuestra religiosidad. Estaba Melvin, y también Gordon, Cliff y Andy, todos trataban de aparentar cierta experiencia, pero sabíamos que teníamos que currar con ellos *ex tabula rasa*. Y también, claro, estuvo Bob, estuvo Ken... Ken era judío, y lo tomé prestado; a veces Norminha y yo incluso montábamos alguna cama redonda, lo cierto es que eran camas redondas a medias, nada, tonterías —los americanos aún no tienen hoy una palabra para «cama redonda», siguen un poco subdesarrollados en este terreno: *group sex* suena a listado de ciencias sociales de Stanford, y no me extrañaría que figurara allí—. Fue Ken quien me enseñó lo que quiere decir *mohel*, porque me entró un ataque de risa incontrolable cuando vi su picha por primera vez. La tenía peladita y, cuando la mirabas por arriba, parecía una calva soltando una carcajada. A él le dio igual, dijo que ya estaba acostumbrado, que el *mohel* que le había cortado el colgajito andaba siempre borracho y que el lugar de Nueva Jersey donde él había nacido estaba lleno de judíos con pichas torciditas y

risueñas que el tal *mohel* había circuncidado. Cultura inútil, qué me van a decir a mí de la cultura inútil. Nadie sabe lo que es un *mohel*, el cachondeo es realmente un gran vehículo de intercambio cultural. *Mohel* es el tipo que poda los prepucios, es una alta especialidad mosaica, pero el de Ken se sentía más cerca de Noé, que agarró una curda y se tiró a sus hijas y después fue contando esto y lo otro para disimular; creo que hasta Dante puso a Noé en el limbo y no en el infierno, que era su lugar. Seamos coherentes. Follar con todo el mundo, ¿es o no como para ir al infierno? Tirarte a tu hijo, ¿es o no como para ir al infierno? Además, dejemos este asunto del infierno, a mí todavía me da cosa el infierno.

Así era, Norma Lúcia tenía esa infinita colección de americanos, algunos ricos, y todos la adoraban. En aquellos tiempos, en que el antiguo aeropuerto del Galeão en Río era un cobertizo cochambroso y las mujeres viajaban con sombrero y desfilaban arriba y abajo abanicándose con los pasaportes, ella fue muchas veces bien acogida en aquellas granjitas deslumbrantes de Nueva Inglaterra, en ranchos tejanos, criaderos de caballos en Kentucky, juergas en Palm Springs, todo lo que pueda imaginarse. Cuando le gustaba alguno que era pobre, tipo capitán de submarino, ella cubría todos los gastos, quiero mucho a Norminha. Hacía todo tipo de trapicheos, se tiró a la mujer de Ken, se tiró a un montón de amigos suyos, se tiró al hijo mayor de Gordon, se tiró al general, que era el padre de Bob... Quiero mucho a Norminha, es una ídola para mí, y mire que no soy muy dada a tener ídolos. La vida es un manicomio. Gracias a Bob, ella se casó con Carl, el granjero sudafricano. Lo pactamos con Bob durante dos de sus viajes a Bahía, uno como oficial de marina y otro en uno de esos veleros en los que los pasajeros vomitan, duermen encajonados, nunca se bañan, se pasan el día con el culo abrasado y curran colgados de la borda de los barcos —«hacer bordos» llaman a eso; a mí, lo de hacer bordos me suena a otra cosa, no sigamos—, hacen bordos entre vientos asesinos, con el agua salada en la cara y sangre en las manos, molidos de pies a cabeza, en este mundo hay para todos los gustos. A pesar de este defecto, Bob era fantástico, su abuelo había inventado una especie de pinza para papeles muy innovadora, no sé muy bien de qué iba, un trasto de esos que todo el mundo usa y sólo los americanos

patentan, de modo que Bob tenía más dinero que todo el estado de Bahía junto, era un festín, traía todo tipo de regalos americanos, de los tiempos en que sólo se encontraban ciertas cosas en Nueva York, y Nueva York era Nueva York, y no había japoneses. Él aprendió mucho de Norma Lúcia. Conmigo no, porque ella era una campeona y yo una aspirante, aunque con mucho talento. Aprendió tanto que pasó a ser un virtuoso y, cuando se hizo amigo de Carl, en uno de esos grupos de yatistas que ellos frecuentaban, se lo contó todo. Le contó que Norma Lúcia follaba como nadie, una auténtica maravilla del universo, aquí, perdida a este lado del Atlántico Sur, y Carl no se lo pensó dos veces. Claro que no se lo pensó dos veces: su yate — ¡y qué yate! — atracó en Bahía. Y claro que llamó inmediatamente a Norminha, y ella, *ça va sans dire*, no dejó baja la bandera de Bahía, el tipo se quedó completamente prendado. Se casaron tres meses después, y Bob fue el padrino, y yo, la madrina, y, mientras ellos zarpaban en el *Hurricane* para hacer un crucero por el Caribe, Bob y yo fuimos a enrollarnos en una casa de veraneo que él había alquilado en Amaralina, ¡aquello sí era vida!

Siempre fueron muy felices. A ella le encantó Sudáfrica, sobre todo porque siempre le gustó matar animales grandes, y Carl le daba todo el dinero que ella quería para comprar el permiso de salir a matar lo que le viniera en gana; en aquellos países africanos que vemos en los documentales, donde sólo hay bichos, pobres disfrazados y generales con cuentas secretas en Suiza, un elefante cuesta sólo unos cuantos dólares, un león, otros tantos, y así, y, encima, sin ecologistas a la vista. Ella dice que matar es el mejor de los afrodisíacos y que siente un escalofrío asombroso en el momento en que el animal sucumbe. Cuando era niña, mandaba que el servicio de la hacienda la llamara cuando había que matar a algún bicho, incluso un cerdo, que no es fácil de matar con un cuchillo, con aquellos berridos de agonía, aquellas contorsiones y la sangre salpicándolo todo por todas partes. Ella prefería el cuchillo a cualquier otro instrumento, sólo por divertirse. El contacto es más cercano, decía, y creo que se lo pasaba en grande haciendo estas cosas. Naturalmente, no podía matar a un león de la misma manera, tipo Tarzán, pero siempre tuvo buena puntería y mató a un montón. Cuando estaba en Bahía, crió incluso una boa llamada Selma, y lo

que más le gustaba era alimentar a Selma. Las boas no comen carne muerta, los animales tienen que estar vivos. Al menos eso me contó. Las serpientes comen poco, creo que una o dos comidas al mes. Bueno, eso no viene al caso, lo cierto es que con una amiga robaba ratones blancos de no sé qué laboratorio, o una *preá*^[12] del criadero de un empleado de su padre, y montaba un auténtico ritual para darle de comer a Selma. Asistí a alguna de estas celebraciones. No entré en trance, pero creo que comprendí por qué Norma Lúcia se lo pasaba tan bien, creo que intuyo por qué era una gozada, había algo mórbidamente sensual en aquella escena. Ella traía el ratón en una jaulita metálica, no tenía ni la piedad de ponerlo en una caja cerrada; me recuerda la escena de Ana Bolena en la que vienen a decirle que el bestia de Enrique ha ordenado que la degüellen, con los tambores agoreros redoblando y María Callas gritando «¡Sirrrrr Peeerrrrrrrcy!», lo encuentro muy bonito. Norma Lúcia ponía la boa en uno de los cuartos desocupados y sin muebles del enorme caserón de la alquería, cerraba la puerta, encendía unos inciensos fétidos que compraba en la tienda Siete Puertas, se acurrucaba en un rincón y soltaba al ratón para que Selma lo comiera. De hecho, lo sacaba ella de la jaula, porque él no quería salir, se quedaba helado en cuanto veía la serpiente. Norma Lúcia entraba en éxtasis sólo de ver el ratón paralizado de terror, y Selma fijaba en él esa mirada malvada de las serpientes, con la lengua oteando el aire, y, con ese movimiento sinuoso que sólo tienen las serpientes, se enroscaba alrededor de él, lo estrujaba de un lengüetazo y se lo tragaba sin prisas. Norma Lúcia se moría de excitación ante ese espectáculo y se masturbaba durante horas. Tenía mucho más morbo que yo, sin comparación, hasta acariciaba largamente el pito de sus caballos, con los ojos cerrados y casi en trance. También le encantaba ver follar a los caballos.

Dos caballos follando no es que no sea una visión muy bonita, a mí también me gusta mirarlos, y también a los burros; vi a muchísimos, sueltos, por calles y terrenos baldíos de Itaparica. Y también a los perros, dos perros follando es excitante, resulta interesante. La corte que se hacen los perros no tiene mucha gracia a primera vista, pero, bien mirada, sí la tiene, sobre todo la de los callejeros en pandilla, peleándose por una hembra hasta que uno de

ellos sale ganando y la penetración culmina el triunfo. Pero nunca llegué a ser como Norminha. Ella era diferente, realmente completa, siempre me dio cierta envidia. Envidia sana. Yo no quería quitarle lo que tenía, solamente quería tener yo también lo que ella tenía, o, mejor aún, ser lo que ella era. Una envidia a favor, de admiración, no envidia destructiva. Lo hizo todo, y lo hizo en una época en que todo era más difícil para las mujeres. No es que no fuese difícil también para los hombres, y, en cuanto a otros aspectos, nunca dejé de ser solidaria con los pobres machos, atados a un montón de deberes raros, desde no llorar hasta enfrentarse a situaciones horripilantes, sólo por ser machos. Creemos que recordamos cómo eran las cosas, pero no nos acordamos, siempre quedan filtros, filtros de la memoria, filtros de las neurosis, filtros del voluntarismo, todo tipo de filtros. No, no era coser y cantar, por más que ella y yo viniéramos de familias muy liberales y medio chifladas, medio metidas a europeas cosmopolitas. Mi madre conducía coches, llevaba pantalones y fumaba desde que tuve uso de razón e iba sola al médico y sola al cine, todo un escándalo. Las mujeres tenían que ser vírgenes sólo porque el capullo del novio lo exigía —hoy, igual que ayer, Brasil no es sólo Ipanema—, y además estaba el miedo a quedarse embarazada. Llevaban condones, pero los propios hombres se avergonzaban de comprarlos en las farmacias, además de ser un recurso insoportable; la mayoría de los hombres se concentraban tanto en ponérselos que ya no se les empinaba. La erección no ha sido planeada para producirse cuando alguien está concentrado en un problema técnico. Es una operación extraña y sin gracia. Oí decir que, aquí en Río, hay chicas que se los ponen ellas con la boca a sus novios. Puedo imaginármelo, pero me gustaría verlo, no creo que el condón sea mejor gracias a esa maniobra, nunca he soportado los condones. ¿Cuándo llegó la píldora? No lo recuerdo muy bien, pero nosotras ya no éramos muy jovencitas, por eso puede imaginarse lo que pasamos, aunque la represión, como ya he dicho, fue en cierto modo útil, incluso lúdica. Me pasé mucho tiempo sin saber que era estéril, lo supe muchos años después, de modo que tanto yo como Norma Lúcia y todas las demás teníamos miedo a quedarnos embarazadas, con excepción de las chantajistas o inconsecuentes. Norma Lúcia, a pesar de los

cuidados, de las tablitas de la temperatura basal, de las *simpatías*^[13] y los remedios sospechosos, tuvo tres abortos. Se sabía, como un secreto a voces, de algunos médicos, incluso, decían, de buenos médicos, que practicaban el aborto. La clientela debía de ser importantísima, de otro modo no podía ser. Las que podían venían a Río a abortar y ahora, mirando atrás, veo que Dios sabe muy bien lo que hace, porque a mí no me iba lo de ser madre, habría sido una madre espantosa, quizás incluso me hubiera tirado a mi propio hijo, conozco por ahí a una docena de yocastas, nada en el mundo es imposible, y eso es bastante corriente. Como decía el viejo Matosinho en la facultad, la verdad duele, la verdad maltrata, la verdad mata; el viejo Matosinho era un estilista bahiano, en el más eximio sentido de la palabra, pero tenía obviamente toda la razón. Como la tenía Nelson Rodrigues^[14]: si todo el mundo conociera la vida sexual de todo el mundo, nadie se saludaría. La verdad es esa, de vez en cuando me dan ganas de salir por ahí azotando a los fariseos, creo que es por eso por lo que quiero publicar este testimonio, ya estoy hasta la coronilla. No quiero decir que sea muy corriente que una madre se tire a su hijo o una hermana a su hermano, pero haberlas, haylas. Y haylos también, tal vez incluso más. En el interior del Nordeste —¿y por qué no decir en el interior de todo Brasil o del mundo entero?— a veces se llevan preso a alguno, sobre todo, como siempre, si es pobre, y sospecho que eso es sólo la punta del iceberg, en realidad esto ocurre con mucha mayor frecuencia de lo que uno se imagina. En lo que se refiere a los hermanos, puedo dar fe personalmente, me tiré muchas veces a Rodolfo, mi hermano mayor, hasta que se murió, siempre lo encontramos de lo más normal. Y está claro que es normal, la mayoría de la gente pasa al menos una fase de calentura hacia el hermano o la hermana, sólo que se la reprime con espantosos rechazos. Nosotros no. Norma Lúcia tampoco. Mucha otra gente tampoco.

Pero no era por ahí por donde quería ir, decía que, si hubiera realmente feminismo en este país —un feminismo saludable, no esa mierda de querer ser mejor que los hombres para asumir el papel dominante, como una revancha, tonterías, no son más que tonterías, una tiranía no justifica la otra, tonterías—, levantarían una estatua

a Norma Lúcia, crearían una Fundación Norma Lúcia, o algo así. Pensándolo bien, tal vez yo misma tome la iniciativa. ¿Por qué no? Nos acostumbramos a pensar que no se pueden hacer las cosas y, de repente, descubrimos que sí se puede. Casi siempre se puede, por eso tantos chiflados aciertan. Meditaré en esto seriamente. Fundación Norma Lúcia para la Libertad de la Hembra de la Especie, ¡la FUNOLU! No, no es broma, puede ser incluso una buena idea, pensaré en esto con cuidado. Fundación Antiprejuicios Norma Lúcia, Fundación de la Libertad Humana Norma Lúcia, Comité Antiestupidez Norma Lúcia, Comisión Norma Lúcia para la Lucha contra el Atraso y la Estupidez, algo importante en homenaje a ella, inspirado en ella y en otras heroínas ignoradas. De hecho, se lo merece. Ellas se lo merecen. Nosotras nos lo merecemos. Aunque, como también iba diciendo, todas las restricciones nos obligaron a buscar salidas inteligentes para superarlas, lo cual hizo que fuéramos mejores mujeres en todos los sentidos, inigualablemente mejores de lo que seríamos sin ellas, aprendimos a superar situaciones adversas, desarrollamos áreas intelectuales, emocionales y sociales que, de lo contrario, habrían quedado estancadas, atrofiadas. Y aprendimos a follar, a practicarlo todo. Paradójicamente, las mujeres, en esta época de libertades, se están volviendo incompletas comparadas con nosotras. No todas, nunca son todas, pero muchas de nosotras aprendimos a gozar por prácticamente todos los agujeros del cuerpo, basta con dominar unos cuantos trucos y ejercitarlos con cierto ahínco; los hombres, cuando menos te lo esperas, se vuelven automáticos, parecen nonatos. La necesidad aportó a mi generación mucha creatividad, mucha versatilidad. La necesidad nos las ha insuflado. Aprender a apretar los muslos productivamente, por ejemplo, muchas mujeres ya no saben hacerlo. Antes, era de lo más corriente que una mujer gozara tan sólo con apretar los muslos uno contra otro, o casi, había recursos para todo, había realmente un acerbo virtuosísimo que hoy se ha perdido, todo por no explorar plenamente nuestro potencial. En fin, conseguimos convertir el limón en muchas limonadas o, mejor dicho, el limón en naranja dulce.

Puede que me haya deslizado hacia la nostalgia, los buenos viejos tiempos y otras sandeces, no hay buenos tiempos, sólo hay tiempos. Nada de nostalgias, la nostalgia es una especie de masturbación sin auténtico placer, una inutilidad atascadora, que, cuando mucho, puede emplearse en broma, pero en general es una pérdida de tiempo. No, eso no. Aquellos tiempos tenían su encanto, pero también fueron duros, cada tiempo tiene su dureza, con perdón de los filósofos de café. Follar con los muslos, de lo que tanto he hablado ya, exige un *know-how* para disfrutarlo decentemente. La mujer tiene que ejercitar la posición para estar segura de que llegará al orgasmo, y más cuando el hombre es un semiadolescente y goza en dos décimas de segundo. También había que estar al tanto con el personal aficionado a «sólo la puntita», todo el mundo acaba cayendo con estos tipos, aunque existan más en el folclore que en la vida real, yo misma di con tres. Con uno de ellos tuve ganas de caer, incluso empecé a abrimme de piernas, apoyada en el parachoques del coche de su padre. Pero algo me dijo que no. «Algo» casi siempre es mentira, pero, aun así, la que manda es la buena y saludable paranoia que te indica que le hagas caso. Así fue, Algo me dijo que no cayera, ni ese día ni los siguientes, aunque me encantaba enrollarme con aquel chico, que debía de tener unas feromonas espectaculares. La debía de tener rallada de tanto restregarla entre mis muslos y yo lo hacía todo con él, salvo dejar que me la metiera, ya sea por delante como por detrás. Por detrás, reconozco que lo intenté, la primera vez de pie, apoyada en el muro del faro de la Barra, un muro que, por cierto, está medio inclinadito, de modo que te quedas medio reclinada hacia delante, ¡gran faro el de la Barra! Él se la untó de saliva, yo me preparé muy ansiosa, pero, cuando la metió, no podría imaginar un dolor

comparable a aquel, un dolor como si me hubieran dado decenas de puñaladas, un dolor hondo y lacerante, que no se iba, incluso hoy me da escalofríos. Y los intentos posteriores fueron todos de lo más desastroso, experiencias humillantes y agobiantes, me pasé años traumatizada y decidida a considerar aquel territorio execrable y prohibido a perpetuidad. Hasta que Norma Lúcia me enseñó una cosa. No, dos cosas. No, tres cosas. Primera cosa: al principio, en la iniciación, por decirlo así, hay que estar a gatas, requisito absolutamente necesario para la gran mayoría. Segunda cosa: hay que decirle que vaya despacio. O, mejor aún, decirle que espere a que vayas acercándote tú marcha atrás, despacio, siempre despacio. Tercera y la más importante: relajarse, relajarse, relajarse de verdad, soltar los músculos, como esperando con los brazos abiertos. Es un milagro. Fue un milagro la primera vez que seguí esta sencilla orientación. De eso a gozar analmente —no sé si es un gozo propiamente anal, sólo sé que es un gozo intensísimo— hay sólo una cuestión de vivencia, *with a little help of my friends*, ja, ja. La que no sepa hacer esto jamás se habrá corrido una verdadera juerga, ni podrá corrérsela, jamás podrá follar bien con una pareja, en fin, será siempre una mujer incompleta, creo que cualquiera estará de acuerdo con eso. No sé si lo sabe usted, pero las hetairas, las cortesanas en la Grecia antigua, ofrecían de preferencia el culo. A pesar de que ahora hay métodos anticonceptivos, lo más seguro es que te den por el culo, es un arte milenario que no ha de perderse, y cualquier mujer que —con disculpas inaceptables y debidas a la ignorancia, a prejuicios o a incapacidad— no cuente con eso en su repertorio permanente queda limitada, sea cual sea el argumento que esgrima. Creo incluso que todas las refractarias saben en realidad que son limitadas e intentan negar esa condición mediante mecanismos para mí poco convincentes. Una vez aprendida la lección, por supuesto tuve que buscarme un novio que me diera por el culo —ahora he olvidado su nombre, Eusebio, o algo así—, no podía morirme sin hacerlo. Organicé una fiesta de cumpleaños para la que entonces era su novia, es que yo era entonces bastante traviesilla.

¿Por qué no dejé que me follara también por delante? Bueno, primero porque pensé que todavía no estaba preparada, aunque me

sintiera lesionada en mis derechos elementales por no poder entregar todo lo que era mío y de nadie más. Pero, para consolarme, ya me había desarrollado extraordinariamente en otras áreas, ya disfrutaba con que me la metieran por el culo y entre los muslos, todo con mucho estilo, ya gozaba haciendo mamadas, gozaba incluso cuando me chupaban bien chupados los pechos, gozaba con el dedo, gozaba apretando los muslos, en fin, que no me hacía falta mucho más y de verdad me aterraba quedarme embarazada. En segundo lugar, y eso es lo más relevante, tenía una fantasía con mi desvirgamiento, que creo que saqué de la biblioteca de mi abuelo, un mamotreto sobre la vida sexual que traía fotos de un hombre y una mujer, los dos de frente y desnudos, los dos en posición de firmes, todo muy neutro. Pero yo no dejaba de mirar los pechos y el pelo del pubis de ella y el bigote y la picha de él, me pasaba horas entretenida con eso y leyendo descripciones de un desvirgamiento, hechas por el propio autor. No me las sé de memoria, pero como si me las supiera, aún hoy soy capaz de repetir esas palabras, tal como me quedaron en la cabeza: «Y entonces llega el momento tan ansiado. Sin pronunciar una palabra, él sella entre sus bigotes viriles la boca de la doncella con un beso decidido, insinúa las caderas, delicada pero firmemente, entre los muslos de ella y dirige el glande turgente hacia el himen, ya tembloroso y lubricado por los fluidos naturales de la vagina. Resuelto, él se cerciora, a veces con ayuda de las manos, de que está en el punto adecuado, y entonces, en cuanto ella emite un gemido sordo, entre el dolor y el placer de la hembra que finalmente cumple con su destino biológico, la penetra con un único impulso vigoroso, le abre aún más las piernas, inicia un movimiento de hondo vaivén y, finalmente, derrama en sus entrañas el tibio líquido vital, sin el que él no es nada, ella no es nada». Esta era, y es hasta hoy, mi fantasía, siempre ha sido uno de mis temas favoritos de masturbación y, no sé si en cierto modo por eso, pasé gran parte de mi vida prefiriendo a los hombres mayores, sólo más tarde empezaron a gustarme los hombres más jóvenes, después de que descubriera que los mayores eran viejas putas como yo, que no valen nada. Y, después, a rey muerto, rey puesto, sin duda una verdad innegable. Hoy en día, me entusiasma seducir y entrenar a un joven guapo; es estimulante,

revitalizador, y sienta bien al ego.

Claro que yo, aun gustándome irracionalmente la escena, o sea de la manera más intensa posible, no tenía ni idea de que iba a ocurrirme exactamente así, o casi exactamente. Todavía ni soñaba con conocer a José Luís. José Luís fue mi profesor de prácticas de penal, nadie le hacía caso, pero penal es estupendo, porque da lugar a charlas sobre supuestos estupro, supuestas seducciones, atentados contra el pudor, raptos, etc., todo excelente para encaminar una conversación hacia un cachondeo aparentemente inocente y técnico, pero aun así las chicas le hacían poco caso, no tenían intuición o experiencia para valorar adecuadamente su potencial. Las pocas que se interesaban por él ni se lo planteaban, porque estaba casadísimo y era pulcrísimo, ordenadísimo, reprobadorísimo, de modo que nadie pensaba que merecía el esfuerzo, incluso ante la tenebrosa escasez de hombres aprovechables, aquel deprimente elenco de rascadores de bajos y primitivos neandertalescos. Paréntesis. Hablando de neandertalescos, de pronto se me ha abierto este paréntesis, tal vez haya sido un poco injusta para con el hombre de Neandertal. Resulta difícil creer en este paréntesis, pero es la pura verdad, no me resisto a contarlo. Es la pura verdad, me quedé pasmada entonces y sigo abismada. Una conocida mía era la novia formal, con anillo y todo, de un chico muy conocido, a quien todo el mundo le tenía simpatía, un regordete colorado, amable, educado, abierto, realmente simpático. Eran una pareja de pichoncitos, todo el mundo se refería a ellos como los pichoncitos, unos arrullos y un cariño que llamaban la atención, sólo aparecían juntos, besándose y acariciándose. Un noviazgo como Dios manda en Bahía. Ahora bien, un buen día rompieron. Hubo un sobresalto general, decenas de hipótesis y especulaciones sin que nadie supiera la versión correcta. Muchas y muchas vueltas del mundo después, nos habíamos liado las dos en una especie de asunto pasajero, y ella me contó, en la cama, lo que en realidad había ocurrido. Inimaginable, pero creo que hasta hoy sigue ocurriendo. Me contó que entonces ella era aún virgen, pero, por lo demás, los dos hacían un montón de cosas, de hecho, ahora lo sabía, un montón de simples arrumacos. Él fue el primero en su vida, la única experiencia que había tenido. Allí estaban los dos arrullándose en

un rincón desierto de la playa de la Barra, al anochecer, él sentado en el borde, ella de pie en la arena, apoyada entre las piernas de él, cuando sintió su picha dura rozarle la mejilla. Entonces restregó la cara de un lado para otro, por encima de la tela del pantalón. En aquel entonces, según me contó, ella no tenía motivos para disimular y parecía incluso necesitar aquel desahogo, de modo que se dejó llevar con naturalidad, sin pensar siquiera en lo que hacía. Le abrió la bragueta y dejó que la picha saltara fuera. Era la primera vez que le veía así, y se quedó casi hipnotizada, sintiéndose como nunca antes se había sentido, le faltaba el aliento, una ansiedad, unas ganas de agarrarlo todo de una vez, un escalofrío recorriéndole de arriba abajo. Eso y meterse la picha en la boca fue todo uno, y en ese mismo instante rompieron. De repente él le empujó la cabeza hacia atrás y le dio un puñetazo. No una bofetada, dijo ella, sino un puñetazo que le dejó morado el mentón. ¿Qué se había creído? ¿En qué casa de putas había ella aprendido aquello? ¿Acaso creía ella que su esposa podía hacer algo tan asqueroso, más propio de las más bajas prostitutas? Si él hubiera querido aquello, habría ido a buscar a una cualquiera por la calle, no a su propia esposa. Y qué descaro el suyo, ¿dónde había aprendido aquello, con quién lo había hecho ya? Nunca más la besaría en la boca, porque no quería chupársela a ningún hombre por mediación de ella. Se casaría con ella, sí, porque ya se habían comprometido, pero nunca más la besaría en la boca. Ella, que tenía carácter, decidió romper en ese mismo instante. En aquel momento no consiguió echarle un rapapolvo, como pretendía, pero nunca más quiso saber nada de él, incluso cuando otra novieta le puso los cuernos y él volvió a irle detrás arrastrándose, comido por los remordimientos.

De modo que ya ve usted. No sólo los hombres tenían miedo de desflorar a las chicas, incluso cuando ellas les imploraban, sino que todavía se cometía este tipo de salvajadas. Era crucial ser una navegante hábil en aquel mar de majaderías, lleno de trampas inesperadas. Pero yo siempre tuve una intuición superior, tal vez una capacidad de percepción más agudizada que el común de las mujeres. Talento, ¿por qué no? Por ejemplo, descubrí de pronto el potencial de Zé Luís, fue como un estallido. Estaba en el vestíbulo de la facultad cuando vi la luz, ver la luz es la expresión adecuada.

Pero... ¡si estaba más claro que el agua! Zé Luís, lo tenía allí, a mano, y nadie a la altura para aprovecharlo. Él iba subiendo por la escalera sin mirarme, pero yo sabía que me veía y entonces me dije a mí misma que Dios es grande y que todo estaba maravillosamente organizado, la vida es sencilla y la gente no se da cuenta. Ciego es realmente el que no quiere ver, y ahora contaré *La grande séduction*.

La gran seducción. No era guapo, pero tampoco feo. Por cierto, las categorías «feo» y «guapo» no le pegaban, como ocurre con muchos hombres. Como tampoco con las mujeres, pero las mujeres tienen trucos superficiales, ya consagrados por el uso y por el tiempo, y los hombres, no. Era guapo, incluso muy guapo, según se mirara. Podía ser considerado un feo atractivo por otras personas, o incluso feo y punto. Bueno, sin pretender ser Spinoza e ir por ahí preguntándome en qué radica la belleza, voy más o menos en el mismo sentido. Para mí era guapo porque cumplía con todos los requisitos para ser mi desflorador, es algo complejo, muy personal, es una conjunción de todo lo que crees que conforma a las personas, que te conforma a ti. Él cumplía con todos los requisitos objetivos y emocionales, eso es, apelaba a mi neurosis. Gafas de carey, que todavía no se habían puesto de moda, como ocurrió después, delgadito en la justa medida, un culito fornido, una voz bien modulada, lo sabía todo sobre penal y otros derechos, era educadísimo, era de izquierdas —un auténtico *must* en aquella época—, una bonita sonrisa, pensándolo bien, un encanto. Un aspecto entre tímido y sardónico, con facilidad de palabra sin ser afectado, una cara expresiva y franca y, por supuesto, un bigote. No uno de esos bigotitos ridículos, sino un bigote bien relleno, un bigote de hombre macho. No era un galán como los americanos en telenovela, sino un galán guapo, incluso lo sería hoy. Debe de haber muerto ya, y, de no ser por mí, habría muerto sin duda totalmente desperdiciado. Su mujer enseñaba física en otra facultad y era un horror, de esas mujeres sin mentón que asisten a todas las reuniones reivindicativas y peroran —siempre ha habido gente que perora—, y, por si fuera poco, tenía la manía de cantar, tocaba fatal la guitarra, cantaba en todas las fiestas un repertorio de cuatro acordes e imitaba a Stéphanie Eggi y a Inezita Barroso y a unas cuantas cantantes folclóricas más del interior de São Paulo. Y él la

adoraba, le llevaba la guitarra, hacía chist cuando ella se ponía a aullar y le daba besitos coquetones después de que cantara trenecito shuá-shuá, o cualquier mierda por el estilo, que todo el mundo escuchaba creyéndose muy en contacto con el pueblo. Ella contribuía a que yo no sintiera ningún remordimiento, creo incluso que le hice un favor, Zé Luís debe de haber mejorado bastante en casa después de la serie de revolcones que le di en la cama. Y hablando de ese remordimiento, la verdad es que nunca fui muy dada a este tipo de remordimientos. El único problema era en realidad idear una estrategia eficaz y me enfrenté a la situación con una categoría digna de Norma Lúcia. O mejor, ¿por qué rebajarme? Una categoría muy mía, sólo quien haya vivido aquella época puede comprender los desafíos en todo su alcance. Y de hecho esta vez no me asesoré con Norma Lúcia, decidí que iba a hacer frente a todo solita, en vuelo solitario.

El paso inicial consistió en ser la primera en aparecer en clase y sentarme con una cara de atención y admiración que cualquiera hubiera jurado que había frecuentado el Actor's Studio teniendo por compañero de curso a Marlon Brando. Los que iban a su clase eran los empollones y los que no habían aprobado por faltas, pero yo no, yo ya estaba en el pasillo cuando él llegaba y, cuando llegaba, me ruborizaba —siempre supe ruborizarme a mi antojo—, le daba la espalda y, sabiendo perfectamente que él me estaba mirando, me retocaba los labios y el colorete, me ajustaba la falda, me atusaba el pelo e iba a sentarme en primera fila. ¡Cuántas veces me habré sentado allí, toda púdica, antes de que llegara ningún otro alumno! Él se ponía incomodísimo, muy tieso, y yo, como quien no quiere la cosa, sólo le preguntaba cómo estaba y le decía que había estado esperando aquella clase, que me entusiasmaba penal y que sus clases me abrían un mundo. Mi actitud también era muy recatada, aunque con ciertas excepciones repentinas y fugaces, sólo para ponerle la mosca en la oreja y dejarlo sin saber muy bien qué pensar. En aquella época íbamos con enagua y sostén, la minifalda era de los años veinte, de cuando las *flappers* que veíamos en el cine. E incluso si hubiera habido minifaldas, no las hubiera llevado, ya estaba metida en la práctica de el-primerio-has-sido-tú, nunca perdí el tiempo en obstinarme contra la adversidad.

Eso duró meses, ¿puede alguien creerlo? Meses para que él comprendiera que yo quería tirármelo y más meses aún para que él aceptara desvirgarme. Fueron meses renacentistas, florentinos, pero a mí me daba igual, incluso me gustó. Seguí llevando mi vida de siempre, con novio y todo. Me sentía más o menos como Selma, la boa de Norma Lúcia, y él era el ratoncito en el que me enroscaría y al que me tragaría. No me limitaba a la maniobra de sentarme en primera fila. Iba apretando el nudo cada día un poco más, un apretón sutil, un paso adelante casi imperceptible, pero siempre añadiendo un ladrillo más a mi construcción. Empecé a quedarme en la sala después de clase, siempre tenía una pregunta, varias preguntas, mirándole fijo a los ojos, que evitaban mi mirada, pero yo, firme. Pedía bibliografía, fingía no entender ciertas cosas, citaba pasajes de libros, me volví una auténtica Beccaria^[15], había que verlo. Después ya intimamos más y le enseñé mis cuadernos, mis anotaciones y mis escritos, algunos poemas. Una vez —nadie en este mundo vale nada, y mucho menos yo—, él estaba leyendo unos poemas míos y fingí ponerme muy nerviosa, tomé el cuaderno en el momento en que él empezaba un poema y le dije que aquel no, aquel no podía leerlo él. Y —lo hice, lo hice, lo hice, no puedo negarlo, hice algo que siempre consideré vulgar, pero lo hice— empleé el viejo truco de mira qué nerviosa estoy, acercando su mano a mi pecho. Y, en cuanto a lo visual, había llegado ya a la falda con botones delante. Enagua fina por debajo y encima una falda con botones. No se veía nada, sólo algo muy de pasada y si te he visto no me acuerdo, pero a él eso le turbaba, andaba ya visiblemente turbado conmigo, a veces, el pobre, hacía una larga caída de ojos, como si pidiera misericordia. Pero yo, firme. Pasó a ser un hábito quedarme después de clase, charlando y empleando todos los trucos que nací sabiendo, tomándole por el brazo y retirando la mano rápida y maliciosamente, elogiándole, acercándome a él para mirar libros por encima de su hombro, los ojos en sus ojos siempre que podía, una campaña napoleónica, Norma Lúcia dijo que yo era letal.

Finalmente llegó el gran día. Era un miércoles y llovía —¿no empiezan así los relatos?—. No sé si era miércoles, pero sí llovía en el gran día, es un pormenor importante. Y fue inesperado porque él

no daba clase aquel día, pero Mascarenhas, el catedrático, tenía un miedo obsesivo a enfermar otra vez de tuberculosis y maldecía los ventiladores, de modo que le ordenó que se ocupara él del examen. Casi todo el mundo terminó más o menos temprano, pero yo, que había estudiado como una desesperada, escribí resmas y resmas de papel y lo alargué hasta casi el final del tiempo que nos habían dado. Cuando llegó la hora, sólo quedaban en la sala él y Jorginho, que estaba chiflado y tenía dificultades para escribir, pero ya estaba acabando. Esperé un ratito, vi que Jorginho todavía tenía para largo y tomé una decisión que ya estaba dispuesta a tomar hacía mucho. Fingí que mis libros y mis cuadernos me estorbaban, me puse la pluma en la boca y me acerqué a él. Estaba encorvado, con las manos encima de la mesa, y entonces, aparentando turbación, dejé caer en la mesa unos cuadernos, cogí los papeles del examen para entregárselos y, justo en ese momento, como quien anda distraída, pero dejando transparentar una determinación innegable aunque imperceptible, apoyé mi cuerpo sobre su mano, que estaba agarrada al borde de la mesa. Él se llevó un susto y retiró la mano, pero yo hice presión y mi falda se subió un poco, arrugada a la altura de mi pubis debido a su movimiento. Pero no alivié la presión, sólo le miré otra vez a los ojos, después bajé la vista, después me ruboricé, di unos pasos como para salir atropelladamente, volví para recoger un cuaderno que había olvidado a propósito y entonces le pregunté si, ahora que había entregado el examen, podía quedarme un ratito para que me aclarara unas dudas. ¿Sabe?, tuve dos profesores que marcaron mi vida, dos o tres, cuando mucho. Y él fue uno de ellos, ¿sabe?, él había despertado algo adormecido dentro de mí, algo de cuya existencia jamás había sospechado y que ahora, gracias a él, descubría arrebatada, casi sin aliento. Una pasión, le dije a él. Y le dije «pasión» de un modo tan ambiguo que yo misma sentí cómo se calentaba el ambiente y como si un vapor escarlata se elevara repentinamente del suelo. Y me dio pena, el pobre.

Sí, me dio pena, yo era la serpiente Selma y él, el ratoncito. La verdad es que, en según qué aspecto, las mujeres no tienen motivo de queja. En primer lugar, ese cuento de que se vivió gran parte de la historia de la humanidad bajo el dominio masculino es bastante cuestionable. Hoy día nadie lee, pero el viejo Robert Graves —

Robert Graves fue uno de los grandes; sospecho que también era un mentiroso fantástico, un *colhudeiro*, una palabra admirable que hay en Bahía para designar a un mentiroso de primera, un *colhudeiro* sublime— tenía sus ideas sobre este asunto, de vez en cuando me da por leerlo, era inteligentísimo, de muy buen gusto, eruditísimo. Hoy la erudición se ha acabado, la memoria la tienen los sistemas de almacenamiento electrónico. En el futuro no habrá que desplazarse, ¿para qué?, pagaremos a un tipo para que encuentre lo que queramos en los bancos de datos, ya no tendrá ni que ir a buscarlos uno mismo; además, ¿para qué íbamos a necesitarlos? La erudición ya se habrá acabado del todo. Pero, gracias a Dios, no se ha acabado la inteligencia. Robert Graves, volveré a leerlo, *The Greek Myths*, tengo una edición pequeñita, en *paperback*, ya toda sobada de tanto manosearla. El caso es que Bob Graves y yo tenemos serias dudas sobre este asunto de que la mujer ha sido siempre dominada. En realidad, al parecer ocurrió todo lo contrario. Pero esto no viene a cuento, no se puede querer ver la afirmación de la mujer como una revancha, ahora nos toca a nosotras y cosas así, eso es una barbarie insoportable. De modo que, porque supuestamente los hombres nos oprimieron a lo largo de la historia, ahora nos toca a nosotras oprimir a los hombres para que vean lo que es bueno. No concibo mayor estupidez, sustituir una mierda por otra, preservando así la bajeza humana. En segundo lugar, puede usted incluso alegar que eso fue lo que obligó a las mujeres a desarrollar aptitudes poco loables, como la simulación, el chantaje emocional y la seducción mediante golpes bajos, pero la verdad es que las mujeres siempre tuvieron un poder desmesurado sobre los hombres, muchos de buen grado preferirían el infierno con todos sus diablos a pasar otra vez por lo que les ha hecho alguna mujer. El propio machismo se ha vuelto contra los que van de machos por la vida, convirtió al hombre en prisionero de sí mismo, obligado a no llorar, a no dar gatillazos, a no aflojar, a no pedir ayuda. Aquello que, a primera vista, oprimía sólo a las mujeres oprimía aún más a los hombres, que hasta hoy viven rodeados de un cortejo de mujeres fantasmagóricas, reales e imaginarias, siempre dispuestas a descuartizarlos si los pillan desprevenidos. No sirve el psicoanálisis, ni ir por ahí con ideas sobre la liberación. Ellos tienen miedo, eme-

i-e-de-o, están cagados de miedo. Miedo, tu nombre es macho, no lo dijo el Bardo, pero lo digo yo. ¿Cuántas mujeres no se habrán tirado al hombre que querían sólo porque él no podía rechazar a una mujer? Una mujer se encierra con un hombre en un cuarto y le dice que ha de follársela. Pues él se la folla, a no ser que ella sea el jorobado de Notre Dame. Incluso rechazar a una mujer está sujeto a ciertas normas, porque ella está en su derecho de ofenderse si el rechazo cae fuera de las normas. Por ejemplo, él va y le dice «eres fea y no pienso follar contigo», pues eso no puede decirse a una mujer. Para no convertirla en enemiga mortal, el que rechaza debe hacerlo con mucho arte. En cambio, la mujer puede perfectamente rechazar y hasta en los peores términos —«contigo nunca, ¿vale?»—, las mujeres saben a qué me refiero, soy una feminista esclarecida-progresista, soy un gran hombre hembra.

Sí, él me dio pena. Pena, lo que se dice pena, no, necesito una palabra más adecuada. Me quedé como en una actitud medio filosófica, medio melancólica... No es exactamente melancólica, más bien la de una sonrisa chapliniana. Hay una palabra inglesa que me ronda por la cabeza como una mariposa alrededor de una lámpara. Odio emplear palabras extranjeras porque me falten las de mi idioma, me siento retrasada mental, eso sólo puede perdonarse en alemán, que tiene palabras para designar cosas que sólo sienten los alemanes. Bueno, como no tengo insecticidas a mano, vale por *wistful*. Me quedé medio *wistful*, mirándole como a distancia, ajena a la escena. Tenía todas las armas, él sólo obligaciones, sólo podía reaccionar como manda el código, y yo le lancé la caballería. Bombardeo de saturación, artillería e infantería blindada. Ya lo he dicho, pero puedo repetirlo para enfatizar, y porque es verdad. Yo era guapa de poner los pelos de punta, aún hoy soy guapa, pero, claro, no tengo la lozanía de la juventud y sé que no tengo la misma mirada; después de los cuarenta, nadie tiene la misma mirada. Pero aquel día lo tenía todo, Dios me hizo así, recuerdo que fingía espontaneidad y naturalidad, pero me pasaba horas delante del espejo, a veces desnuda, admirándome y ensayándolo todo, desde la risa hasta el andar. Lo ensayé todo tanto que muchas cosas, tal vez todo, pasó a formar parte de mí, ya no sé lo que es natural o lo que me condicioné a hacer. Creo que recuerdo la risa, sí, es cierto, la risa. Me reía ji, ji, ji, y me sentía como un ruiseñor. De modo que me entrené para reírme ja, ja, ja, hasta tal punto que hoy sólo me río ja, ja, ja, y todavía echo la cabeza hacia atrás, nada de todo esto es realmente espontáneo en mí. De modo que lo avasallé con todo eso, con cada detalle del vestido, cada detalle del escote abotonado con descuido, de las cejas, de los hombros, del cuello, de las

rodillas, de los pies, de las caderas, de las piernas, lo sabía, lo sabía todo. Todavía no sabía lo que le interesaba a él más particularmente, pero ya tenía una vaga idea. Los pies. Las manos, mis manos de dedos alargados pero suaves y rellenos, y unas uñas largas, con el esmalte rojo. Los labios, los ojos, los dientes. Mis dientes son aun hoy perlas, todos naturales, nunca he perdido ninguno. Mis dientes mordiendo lentamente el aire entre mis labios carnosos, mi lengua pasando casi imperceptiblemente por ellos, yo era mortífera. Mi olor, mis curvas, mis armonías, la manera de moverme, siempre he vuelto locos a los hombres que he querido volver locos, los calo a todos, sé a cuáles les gusta adivinar entre miradas indefinidas, cuáles sucumben a un porte erguido, los conozco, conozco todos los arquetipos a los que pueden responder, tengo talento y estudié, afiné ese talento. Por todo esto he dicho que me daba pena, pero en realidad no era cierto, no me dio ni me da pena, sigo sintiéndome *wistful*.

Pobre. Cuando nos quedamos a solas en la sala, se electrificó, empezó a temblar, pero creo que ya había conectado conmigo, claro que sí, aunque aquel día no ocurriera nada más. Hablamos casi media hora y, cuando nos despedimos, le apreté la mano con fuerza y demoradamente, volví a ruborizarme adrede y dije «hasta luego, profesor», como si no quisiera irme, y nos miramos mientras él se alejaba. A partir de ese momento, puede decirse que ya habíamos ligado. Una cosita tras otra, un pasito adelante cada día, pero me puse impaciente y decidí acabar cuanto antes con aquel tira y afloja y me saqué del bolsillo otro ataque de nerviosismo, seguido de otro movimiento vulgar, ¡qué se joda! Elogié a su mujer, diciendo que sólo podía ser una mujer excepcional para atraer a un hombre como él. Entonces añadí que no debía decir esas cosas, que estaba muy nerviosa, y le puse otra vez la mano sobre mi corazón, o sea sobre mi teta, y, claro, esta vez, dos de sus dedos se metieron por debajo de la blusa y rozaron el borde de mi sostén —mire cómo palpita mi corazón, le dije, creo que me voy a morir—. Y entonces —¡santa impaciencia!, ya no podía aguantar aquella lentitud— le di un beso, sólo un besito, pero él no se contuvo y, para mi gran sorpresa, me devolvió el beso. Por suerte eran cerca de las doce del mediodía, como la otra vez, y nadie andaba espiando por allí y, después de ese

día, pasé a tomarme todo tipo de licencias siempre que se daba la ocasión, pasé el dedo por el contorno de su cara, acerqué mi rodilla a la suya, me puse a mover las caderas todo lo que se podía en la época, sobre todo si a la vez quería mantener la imagen de inocente inflamada. Me dio por echar pestes de mi novio, y fue todo un festival, el pobre, a pesar de todo no se lo merecía, pero tenía que decirle a Zé Luís que ya estaba harta de los jovencitos, que no soportaba su inmadurez, su falta de experiencia y todo lo que se me ocurrió para que, con la comparación, salieran mal parados, hasta hoy siento cierta vergüenza, pero en la guerra vale todo, y también en el amor.

El desvirgamiento. Fue realmente un gran día, la culminación de mucha dedicación y de un arduo esfuerzo. Ante todo, ya tenía el lugar del encuentro. Él daba clases nocturnas en la Asociación de Funcionarios Públicos, de modo que podíamos encontrarnos en la oscuridad. Él pedía casi siempre el coche prestado a su padre y me recogía después de tomar grandes precauciones para que no nos pillaran. Entrar en un coche estaba muy, pero que muy mal visto; los carcas y horteras, todos unos mentirosos y mal follados y desgraciados, solían decir cosas como «a la que se mete en el coche, le meto la mano entre los muslos», o también «a la que arranco el coche removiendo las llaves y dando gas, la tía se me echa encima» —patéticas pavonadas, no hacían eso en absoluto, me he hartado de meterme en coches y, si el tío me iba, tenía yo que desvivirme para que hiciera algo—. En la época, lo del coche no era tan sencillo, con todos aquellos artilugios y sobresaltos. Además, nunca se me habría ocurrido perder la virginidad en un coche, no estaba en mi *script*. La virginidad sólo se pierde una vez y, como ya me había buscado la ocasión de librarme de ella tal como lo había planeado, no iba a desperdiciar tan plena satisfacción. Mi *script* era taxativo: requería cama, una cama en toda regla. Y hacerlo en un coche, francamente, es mejor dejarlo sólo para ciertos casos, para las escasas ocasiones en que tiene que ser así, aunque haya mucha gente que tiene cierta perversión automovilística y le encanta follar en un coche. El caso es que, aun sin tanto problema, Zé Luís no quería privarme de mi virginidad, fue una lucha. Hasta hoy me da risa, ¡pensar que hacía tanto tiempo que me moría por comérsela! Cuando por fin me lo

comió él a mí por primera vez —y mal, por cierto, con los dientes, y usando la lengua como un arado hipercinético—, le dije «ahora que lo has hecho conmigo lo haré yo contigo. ¿Te hago daño? No me derramarás en la boca esa cosa que sale de ahí, ¿verdad?». Qué canallada. Pero ¿acaso no es lo que querían? A veces no es mala idea bailar al son que te tocan. Y tuve que vencer la impaciencia, porque, claro, era la primera vez que se la comía a un hombre, y eso sólo con él, sólo con él, y tenía que fingir que no sabía chupar con el vigor y la categoría que siempre me han caracterizado, tenía que preguntarle una vez más si le hacía daño, tenía que fingir poca práctica, ¡qué cruz!, y yo loca por que gozara en mi boca y él creyendo en el frescor preliminar de aquel «esa cosa que sale de ahí» y quitándome la polla de la boca para gozar en mi mano, hasta que me harté y gruñí «¡córrete en la boca!» y volví a metérmela hasta donde pude en la boca y sólo me detuve cuando sentí que se corría casi en mi garganta; aun hoy no debe de haber entendido nada y para mí que se ha muerto sin entenderlo, algunas burradas son inexcusables y vale más que haya insondables misterios en nuestras biografías.

El problema del lugar del delito no fue sencillo de resolver. Yo tenía un amigo, mejor dicho, una auténtica amiga, a la que sólo le faltaba salir a la calle vestida de mujer, una maricona francesa llamada Claude, que tenía una galería de arte en Salvador, que vivía sola y me dejaba su casa cuando yo se la pedía. Fue toda una historia inventar la manera de decirle a Zé Luís que podíamos ir a casa de Claude sin levantar sospechas. Tuve que decirle que ayudaba al francés a redactar catálogos y a montar las exposiciones —de hecho, le ayudaba de verdad, pero no demasiado— y que por eso tenía la llave, que el francés viajaba mucho y no sé cuántas cosas más, imagínese qué lío. Había que encontrar el día en que Claude pudiera salir y dejarme la llave de la casa y, horror de los horrores, hacer que ese día coincidiera con los días de la tablita. A eso lo llamábamos tablita, ¡la célebre tablita! La tablita venía en algunos libros o en forma de folleto, siempre como algo clandestino, que las mujeres no tenían el valor de enseñar y menos aún de comprar. Era una auténtica masonería, las mujeres casadas la compraban para dársela en secreto a las amigas solteras, todo

ocurría entre cuchicheos e intercambios furtivos de paquetitos, referencias codificadas, una total subcultura, hoy tan olvidada como las revistitas de Carlos Zéfiro^[16]. Algunos de esos libritos eran aterradores, con detalles intimidatorios sobre la humedad vaginal, la temperatura y tantas cosas más que muchas mujeres deben de haber preferido la castidad a toda esa bronca por algo que tampoco les hacía tanta gracia. Ahora hay programas de computadoras para católicos, naturistas, enfermos y otros que no utilizan o tienen prohibido cualquier método para no tener hijos. Sólo he visto uno, de rebote, pero imagino que alguno habrá en que la mujer teclee sus datos personales y el ordenador conteste: *«You may fuck safely tomorrow, Thursday the 16th, from 08:32 am to 10:46 pm. Remember, if you don't know your partner well, it's always on the wise side to make sure he wears a condom»*. O bien *«Hi Peggy, here are your Fucking Hours for this week! Happy cavorting, teehee!»*. No sé si me gusta esto, pero, en todo caso, puede argumentarse que es un adelanto. Hoy en día, una chica a la que le siente mal la píldora o a la que pillen desprevenida puede teclear en tres lugares y recibir la señal de FTF, *Free To Fornicate*, algo hemos ganado. También ayuda a saber con garantía la paternidad cuando se folla con más de uno a la vez. Tengo una amiga que no sabe quién es el padre de dos de sus hijos, por la manera tan panorámica que tenía de follar. Hoy ya no quiere ni saberlo, pero fue un lío durante algún tiempo. En fin, todo se está volviendo más fácil, aunque no necesariamente mejor. La tablita debería ser objeto de estudio de algún historiador, era una hermandad secreta mucho mejor organizada que el PC. Pero en mi casa no, en mi casa el régimen era distinto, de modo que le pedí una a mi madre, quien enseguida me la consiguió y sólo hizo el comentario de que ya era hora de que tuviera mi tablita; si hubiera sabido que no la tenía, ya me la hubiera conseguido, mi madre era extraordinaria. Hoy me arrepiento de no haber intimado más con ella, pero todo fue por un trauma infantil, creo. Hay gente que dice que todo ha sido por un trauma infantil y debe de ser verdad. Estoy prácticamente segura de que mi madre le ponía cuernos a mi padre con un hermano suyo, de mi padre, y tal vez también con otros, sí, con otros también. Ahora bien, dígame usted, ¿qué tengo yo que ver con eso?, y ¿por qué durante tanto tiempo lo habré puesto en tela

de juicio? ¡Yo! Sí, precisamente yo. Debo reconocer, no sin cierta vergüenza, que estoy algo resentida conmigo misma. Mis emociones relacionadas con este asunto siempre fueron muy confusas, yo misma no lo entiendo muy bien. Sé que mi padre me parecía muy cachondo y que yo tenía celos de él y rabia de ella, tal vez por eso hice lo que hice con mi tío Afonso y así en cierto modo me haya vengado de tío Afonso, o de ella con mi tío, vaya lío, luego veré si descifro todo esto, luego hablaré de mi tío Afonso, antes quiero acabar esta historia de la tablita y del día D en el que por fin Zé Luís, nerviosísimo, llamó a la puerta de la casa donde yo ya le esperaba, subiéndome por las paredes de ansiedad y habiéndome masturbado ya dos veces con orgasmos intensísimos.

La tablita fallaba muchas veces, archivábamos casos y más casos en el folclore de nuestra pandilla, pero era lo menos malo, salvo, claro, el condón. ¡Jamás hubiera admitido ser desvirgada con eso, jamás! Imagínese dónde hubiera quedado el pasaje de mi *script* que rezaba «en cuanto ella emite un gemido sordo, entre el dolor y el placer de la hembra, él la penetra con un único impulso vigoroso, le abre aún más las piernas, inicia un movimiento de hondo vaivén y, finalmente, entre gemidos de gozo, derrama en sus entrañas el tibio líquido vital, sin el que él no es nada, ella no es nada». No, fuera condones, tenía que ser la tablita. Los demás métodos no existían, las mujeres han padecido mucho con eso a lo largo de los tiempos, era muy cercenador de libertad. ¿Puede alguien hoy creer que incluso se aconsejaba ponerse ahí dentro sal, pimienta y aceite de oliva, una auténtica ensalada? También había unas inyecciones para atrasar la regla, pero creo que en realidad eran abortivas y, como a mí la regla no se me atrasaba nunca, nunca las necesité. Norma Lúcia investigaba estas cosas en las bibliotecas y museos de todos los rincones del mundo adonde iba y descubrió unas recetas hediondas, como, por ejemplo, una del antiguo Egipto que prescribía caca de cocodrilo, y otra, no sé de dónde, cuya base era caca de elefante. Creo que ya le he contado que las putas griegas follaban por detrás, Norma Lúcia lo vio en un jarrón, en el Museo Británico, que yo también vi más tarde. El mundo había progresado muy poco antes de la píldora y otros artilugios, como el DIU. Cuánta gente no habrá muerto o la habrán matado por culpa de

esto, ¡Dios mío! Y yo, también lo he dicho ya, sin saber que era estéril; es que entonces la tablita era sagrada.

En un prodigio de coordinación, una auténtica operación militar parecida a una película inglesa de espionaje, finalmente llegó el día. Eran las cuatro de la tarde, y yo en aquel estado que ya he contado, hecha un maremoto de cachondería latente mientras él se atrasaba, todo muy angustioso. Tuve que contenerme para no echarme encima de él en cuanto cerré la puerta con llave y eché el cerrojo, pero conseguí contenerme, me quedé de pie junto a él, y él, después de una eternidad, me puso una mano en el hombro y me preguntó:

—¿Cómo estás?

—Bien, estoy bien. Algo nerviosa.

—¿Nerviosa?

—¿Y a ti qué te parece? Me tiemblan las piernas.

Y temblaban, y él aún tardó en hacer algo más que ponerme la mano en el hombro, hasta que finalmente salió de su embobamiento y, muy agarrados, nos fuimos al cuarto que daba al pasillo y donde Claude tenía su cama de matrimonio para recibir a sus chicos, un cuarto en penumbra rodeado de un bosque de cuadros, esculturas y estatuillas, con parte del techo y una de las paredes cubiertas de espejos. Nos sentamos en la cama mirándonos fijamente a los ojos, yo poniendo mi mejor cara de corza en celo alcanzada por el macho, sin mucho esfuerzo, es cierto, porque estaba realmente a cien, fuera de mí. Él me desabrochó la blusa, yo le ayudé a quitármela con una leve sonrisa, sin enseñar los dientes y bajando la mirada. Me besó bien, ya había aprendido conmigo. Y puso la mano en el cierre de mi sostén, toda una novedad tecnológica en la época, un sostén americano que me había regalado Norma Lúcia, de esos que se soltaban con sólo una ligera presión de los dedos. Mis dos pechos saltaron libres, palpitantes y hermosos como lunas llenas, las areolas rosadas apuntando hacia arriba, los pezones tensos y enrojecidos, las delicadas curvas desdoblándose sin cesar en otras mil, y él hundió la cabeza entre ellos. No sé cómo, pero de pronto estuvimos desnudos y tumbados el uno junto al otro, y decidí quedarme lo más quieta posible en la cama, sólo me movería en caso de emergencia, para evitar un desliz más grave, mientras él, besándome, iba bajando de mis pechos al ombligo y, por fin, llegó

allá abajo; entonces fue cuando ya perdí el control y le apreté la cabeza entre mis piernas y gocé tan profundamente que creí que iba a morirme. Cuando terminé de gozar, pensé que él iba a querer que yo también se la chupara un poco, y tenía ganas, pero, en cuanto deslicé mis labios por su picha, él se retiró, se quedó de rodillas ante mí y me dijo, encantadorísimamente, machísimamente en el mejor de los sentidos:

—Ábrete de piernas para mí.

Las abrí, me dobló las rodillas hacia arriba, separó mis muslos un poco más —¡qué momento tan hermoso!—, acercó el glande justo al lugar adecuado, me asió los hombros con sus brazos, abrió la boca para besarme enroscando su lengua en la mía y, con un único movimiento poderoso, se metió dentro de mí. Sentí un dolor agudo y casi estallo, llegué a querer resbalar de espaldas, colchón arriba, pero él sencillamente se metió dentro de mí hasta el final y se quedó allí, quieto, aguantándome fuerte, y sólo entonces terminó el beso, irguió el torso y empezó a follar, mirándome a la cara. Y entonces, con la más bella expresión de hombre que jamás he visto en mi vida y exhalando un olor para siempre irreproducible, gozó muy hondo dentro de mí y sentí, sentí de verdad, aquel chorro inundándome a borbotones, gloriosamente, aquel grueso y suave grifo palpitando erecto dentro de mí, ¡ay! Yo no gocé, gocé sólo técnicamente, porque en aquel momento gocé más de otra forma, no puedo describir mi felicidad, la profusión de sentimientos, gocé por sentirme mujer, por sentirme follada, orgullosa de que me hubiera asaeteado rodeada de mi propia sangre, sin remilgos, como deben ser inauguradas las verdaderas hembras por los verdaderos machos. He leído muchos libros eróticos y pornográficos, la mayoría detestables, ya lo he visto todo, pero nada puede describir aquel instante, nada, nada, nada, nada, hasta hoy me masturbo pensando en aquel momento, mi fantasía al fin perfectamente realizada.

Fuimos amantes durante un tiempo, y además porque terminé con mi novio. Zé Luís se reveló de primera categoría en la cama e, incluso después de que nos alejáramos, a veces aún pegábamos algunos polvos, una vez en la facultad misma, en la terraza. Después de él, empecé a encontrar que mi novio se ponía pesado,

con gustos de vieja chocha. Además, ¿cómo iba a decirle que ya no era virgen y que él no había sido el autor de la hazaña? Sabía que me encontraría sin duda con ese mismo problema en el futuro, pero me daba igual, prefería no pensar en eso. No soportaba ya estar habilitada para cualquier tipo de sexo y tener que fingir que no lo estaba. Empezó a darme un poco de asco. Es horroroso cuando ocurre, tan horroroso que mucha gente se niega a reconocer que ha pasado por eso, pero la verdad es que, antes de librarte de alguien, a veces sientes un poco de asco. Es horroroso, sobre todo porque puede que esa persona no tenga la culpa, pero de pronto se vuelve asquerosa, con olores inaceptables, el aliento y el pelo apestosos, todo irremediabilmente asqueroso. ¿Cómo podía yo convivir con aquella situación contra natura, y más aún a una edad en la que todos somos radicales e intolerantes? No podía. Lo mandé a la mierda, le di una patada en el trasero al final de una noche en que, sin que él lo supiera, le estaba dando calabazas. Aparentemente fue un homenaje de despedida, una consideración final, pero cualquier persona con sensibilidad se dará cuenta de que fue una salvajada completa. No tenía en realidad motivos para ser tan salvaje con él, pero quería serlo, es un instinto *pelve*so, como decía una negra de la isla que miraba cómo morían a fuego lento los cangrejos mientras, por lo bajo, los maldecía. El instinto *pelve*so se apoderó de mí, y entonces lo hice, eso es todo. A petición mía, salimos en coche y fuimos a un monte de Rio Vermelho. Cuando llegamos allí, abrí la capota, me puse de pie y me quité la ropa. Enseguida le ordené que se quitara él también la ropa, mientras iba meneándome, de pie en el asiento de atrás. Y allí, con una luna descomunal iluminando la bahía de Todos Os Santos, encarné a todas las diosas del amor, a todas las diabras desbocadas que habitan el universo, a la Lujuria con todas sus traicioneras sombras coleteantes y sus inmorales estandartes, una llamada a la disolución, la disipación y la entrega a todos los goces de todos los matices, hasta la muerte lasciva; yo era la Lujuria integral, que había descendido para reinar como un espíritu inmisericorde e invencible en aquel monte umbrío, de redondeces petrificadas. Lo hice todo con él, todo, hasta el punto de que pensé que él desfallecería. Pero no me preguntó nada cuando me senté encima de su polla y se dio cuenta de que ya no era

virgen. No preguntó, ni yo le dije nada. Después de hacer todo lo que hicimos, salí del coche, me vestí, me retoqué el pelo y me maquillé, me recompuse con calma, volví al coche y, al sentarme, le pedí con una sonrisa recatada, casi púdica, que me llevase a casa. Fuimos en silencio y mirando al frente, yo disfrutando del viento en la cara y pensando que el paisaje era mucho más hermoso que de costumbre. Cuando llegamos, él quiso besarme, pero negué con la cabeza y lo aparté suavemente con el antebrazo. Y, con la cara más impasible del mundo, me quité el anillo de compromiso, se lo puse en la mano, le dije que me olvidara, dije *bye-bye* y entré en casa, él allá fuera con el anillo en la mano extendida y el mentón colgándole sin duda hasta la cintura.

Una vez superado el asco, llegué a pensar que, en un futuro remoto, podría tirármelo otra vez, pero él se convirtió en uno de esos carcas untuosos de dentadura reluciente, piel bronceada y ridículas *eaux de toilette pour homme*, uno de esos que cuesta creer que algún día fueron críos, o incluso jóvenes. Se lo dije el día en que vino a preguntarme, en la fiesta de cumpleaños de Julinho, aquí en Río, acerca de aquella noche en Rio Vermelho, está obsesionado con eso. Es lógico. Pero ¿cómo explicárselo a él si ni yo misma sé explicármelo? Claro, sé quién me desvirgó, pero nunca se lo contaré, como él quería. No podía yo resolver su problema, estando él ahora, para empeorar las cosas, grotescamente casado con una mujer como cuarenta años más joven que él, hecho un perfecto candidato a llevar cuernos, si es que ya no los ostenta. ¿Qué por qué digo esto, a cuento de qué viene? Pues es cierto, tiene razón. No lo sé. Creo que tengo una vena sádica, no un sadismo físico, a no ser que sea muy *light*, como cuando quiero sofocar a alguien sentándome en su cara o apretándole la cara entre mis piernas, cosas así, muy *light*. Ya he azotado a algunos, hombres y mujeres, siempre a petición suya, pero nunca en serio. Nunca permití que me golpearan en la cara, pero quise probar palmadas, zapatillazos y azotes suaves con el cinturón, no me gustó y no repetí. Soy menos masoquista que sádica. Digamos que cultivo un sadismo superior, pero sin identificarme con él. Como las corridas de toros. A la vez con sadismo y masoquismo. *Historia de O* me dejó excitadísima, pero no querría ser O. Nunca. Aun así, lo cultivo, digamos que tengo sensibilidad para saber qué siente ella y saber que lo de ella es una gozada. Sí, tuve algunas experiencias en el terreno físico, más adelante hablaré de ellas si viene a cuento. Considero mi sadismo psicológico mucho más interesante, sobre

todo porque es selectivo, toda una exquisitez para los analistas. Ahí está el ejemplo de mi novio, y muchos ejemplos más, como el del tío Afonso, el peor de todos. Estoy segura de que contribuí a su infarto. De todas maneras, era un sinvergüenza, se tiraba a la mujer de su hermano, mi madre. ¡Y yo haciendo de Hamlet en esa historia, qué locura, hecha una electra, hamletiana total, metida en un sentimiento tan estúpido como ese! A mi favor, reconózcalo, hice, o quise hacer, cosas parecidas o equivalentes, pero nunca fui por ahí profesando valores que él iba eructando a los demás con cara de santa puta arrepentida, nunca fui un epítome de hipocresía. No, esta es una pobre excusa, poco convincente. Estoy abierta a la crítica, yo misma ya lo he pensado mucho, en cierto modo vivo pensando. No me parece nada extraordinario que un tipo se tire a la mujer de su hermano, pero no estoy de acuerdo en que el hermano de mi padre se tirara a la mujer de su hermano, mi padre. Son neurosis. Por más que me disguste, tengo que admitirlo. Traumas infantiles. Bueno, el caso es que no pensaba en eso cuando el tío Afonso me sentó en sus rodillas y yo no me negué. No sé qué me pasó, pero no me negué y me moví bastante encima de su polla y, desde ese día, siempre que él aparecía, yo me sentaba en sus rodillas, era un acuerdo tácito. Hasta que, más o menos un año después, en su finca, todo el mundo fue a dar un paseo a caballo, y yo mentí diciendo que no iba porque tenía la regla, y él mintió diciendo que tenía que supervisar la limpieza de los cocoteros, ya lo habíamos arreglado todo antes. Hacía calor, con las libélulas zumbando en vuelos bajos, los lagartos con la cabeza erguida en los troncos de los mangos, las hojas inmóviles, el sol crepitando en el estanque, un pájaro enervante con sus arrullos, un silencio desagradable que parecía impuesto por aquel aire cristalizado. Tardé a propósito, sabía que él estaba ansioso, pero, cuando llegué, no me hice de rogar. En cuanto cerré la puerta del saloncito de la segunda planta, fui hacia él sin decir una palabra, le agarré la polla y se la meneé a gusto. Se llevó un susto, pero se recuperó enseguida y me metió la mano por debajo del sostén. Parecía una película acelerada, una de aquellas comedias del cine mudo, estira ropa, quita ropa, aprieta polla, come polla, chupa pecho, lame chocho, algo impresionante. Sólo después de este frenesí, me acosté panza

arriba en el sofá, con el cuerpo colgando a medias, las piernas abiertas y extendidas, el pubis empinado y atrevido —siempre tuve un precioso monte de Venus y un pelambre tupido, en la justa medida—, esperando a que él se lanzara de cabeza, como de hecho se lanzó, y es que chupaba muy bien, una habilidad sorprendentemente rara en los hombres, incluso en los hombres mejor dotados. Cuando me tocó a mí, le dije que sabía que saldría de allí aquella cosa, que lo había leído en un libro y que no quería que aquello me chorreara en la boca, como de hecho no quería. Él dijo «sí, claro, como tú quieras», como si esta concesión atenuara en cierto modo la monstruosidad que estaba haciendo, y siguió con el cachondeo, estupendo realmente, hasta que gozó entre mis muslos, y yo con él.

Allí empezó su servidumbre. Aquel día en el baño, ya he mencionado ese día, él no había querido correrse de pie entre mis muslos, detrás de la puerta de un aseó que, por no tener, no tenía ni bidé, porque temía que su mujer, tía Regina, nos pillara. Pero yo, que disfrutaba pensando en el peligro de que tía Regina nos sorprendiera, le dije que, en tal caso, nunca más haría nada con él, que él se la jugaba o adiós. Entonces se la jugó y le di un mordisco en el cuello para que le quedara la marca, y él tuvo que inventarse un cuento, que se joda, yo no tenía nada que perder. Tía Regina no me soportaba, se murió odiándome, senil perdida, pero todavía lo suficientemente lúcida como para odiar. Lo cierto es que nunca estuvo en condiciones de probar lo que fuera, y yo libraba una guerra de nervios, sin piedad. Hasta pensé tirármela a ella también, pero no era mi tipo, sólo los perfumes que se ponía ya desanimaban al más lanzado, y, además, no creo que cayera, era del tipo yo-llevo-los-pantalones, una de esas falocéntricas, falófilas y falólatras que no se mueren porque les falta vergüenza. Aunque yo no tuviera nada contra ella, mi dominio en el terreno del cachondeo era integral, me bastaba decir que se lo contaría todo a tía Regininha — y él sabía que yo era lo bastante inconsecuente, chiflada y valiente como para contarlo— para que él se pusiera al borde de la muerte, casi apoplético. Le infligí incluso la tortura del embarazo, le anuncié el atraso de unas diez reglas, sólo para burlarme de él. Hubo una época en que le llamaba a su casa y decía «sólo quiero

que sepas que todavía no me ha llegado el periodo y que puede que tenga aquí dentro un hijito tuyo y me da por pensar: ¿será bueno, a quién se parecerá?». Se moría, se moría del todo; y, de hecho, acabó muriéndose. Por supuesto, él no me la metía, pero me dejaba toda pringada y cada vez me las arreglaba para recordarle que algo podía deslizarse dentro de mí, eso también lo había leído en un libro. Él andaba con un montón de pañuelos en los bolsillos, que después tenía que tirar para que nadie sospechara. Recordándolo así, creo que su vida debió de convertirse en un infierno, y yo en Satanás. Pasó a ser un harapo humano regordete al que yo tenía por el mango. Quiso siempre darme por el culo, pero nunca le dejé, incluso después de haber aprendido. Le dije, con pormenores, que lo había aprendido y que ahora ya me gustaba mucho, le conté largamente cómo follaba con los chicos, mentí un poco, lo bordé bastante.

—Entonces, ahora que puedes hacerlo, hazlo conmigo. Ahora ya no tienes motivos para no dejarme que te dé por ese culito tan lindo.

—Yo, contigo, no.

—Pero ¿por qué no? No señora, tú lo harás, lo harás conmigo, ¿bromeas o qué? ¿Qué quieres? ¿Más dinero? Sí, ya veo, quieres más, ¡qué tonto!, ¿cuánto necesitas? Te daré todo el dinero que quieras, pero déjame darte por ese culito tan rico en el que da tanto gusto restregarse.

—No.

—Va, déjame, ahora no tienes problemas, ya puedes, haré todo lo que quieras.

—No, no quiero. Puedes tocarlo, magreármelo, apretarlo, besarlo, lamerlo, morderlo, puedes mirarlo todo lo que quieras, pero eso no.

Eso, nunca. Dejé que me lo magreara, que me lo tocara, que me abriera, que me pusiera a gatas, mugiendo y llamándolo toro mío, dejé que lo besara, que enfilara un poco la lengua, exhibí mi culo todo lo que pude, pero nunca dejé que me la metiera. Me harté de desnudarme, con él corriendo detrás de mí por la habitación y yo haciendo poses de sílfide escurridiza hablándole más o menos parnasianamente, arcádicamente, románticamente. Fui

prometiéndole que tal vez alguna vez, en un incierto porvenir, en un incierto arrebató, en un incierto día, le dejaría, que eran habas contadas, lo machaqué todo lo que pude, pero nunca le dejé, yo sabía que nunca le dejaría, pero él, no. Es decir, él lo sabía, pero alimentaba esperanzas voluntaristas, era un capullo de mucho cuidado, no sé por qué mi madre se lo tiraba, sólo si mi padre no funcionaba en la cama, algo de lo que jamás podré dar testimonio, esta vida es realmente ingrata. Tampoco dejé que me la metiera por delante, creo que eso fue lo que acabó matándole, porque, cuando por fin decidí contarle que ya no era virgen, se volvió loco y me ofreció absolutamente todo lo que quisiera, por adelantado, pero no le dejé. Una vez él estaba de pie mientras yo se la mamaba sentada, sin tocarla con las manos, tal como le gustaba —a veces le concedía algo de las cosas que le gustaban, lo mínimo, no sólo porque no soy un Torquemada, sino porque me gustaba enseñarle que podía hacer de él lo que me pasara por las narices, convertirlo en león o en felpudo—, se la chupaba muy aplicadamente pero con el pensamiento en artistas de cine, y entonces decidí lo que voy a contar a continuación. Sin ton ni son, le dije que le dejaría mi culito; pero que antes se la chuparía yo a él un ratito más; y me puse a canturrear mentalmente *Eine Kleine Nachtmusik*, así: «¡Te, te-te, te-e la mamaré! ¡Te, te-te, te-e la mamaré!». *Allegro vivace*: «¡Te-te daré el cu-u-lo, perorororo no se te-e leva-a-a-ntará-ál!». Algo así, ahora no me sale, pero en aquel momento encajó todo muy bien, sobre todo la intención, porque, cuando le ofrecí mi culo y le dije que ya había cumplido mi parte como Dios mandaba y que ahora le tocaba a él, añadiendo un «venga, va» petulante, a él obviamente no se le levantó. Fue un espectáculo patético, él lloriqueando «dame una oportunidad más, otra más», y yo contestando «una oportunidad menos, otra menos», no soy realmente tan buena persona como a mí me gusta pensar que soy, aunque me cuente entre las enviadas de Dios, lo digo en serio. Pero no por eso presumo, al contrario, soy humilde. Puede parecer mentira, pero creo mucho en Dios, Él fue Quien lo hizo todo, alabado sea Dios. ¿Habría mayor sádico, en el mejor de los sentidos, que Dios? No hay que leer a Sartre, que estuvo tan de moda, para hacer filosofía de café. Dios, Dios, Dios, creo mucho en Dios, creo

en la Providencia Divina, creo de verdad. Me da pereza explicarles eso a quienes son víctima de paradigmas hebraicos o conciliares. Son simpatiquísimos mis budas dichosos, es imposible dejar de quererles.

Mi querido tío Afonso Pedro, de inolvidable magreo, fue quien me pagó la estancia y la manutención en Los Ángeles cuando me dieron la beca de estudios. Me preguntó si, a mi regreso, yo le dejaría y le dije: «Te daré mi culito lindo, agárrame aquí, por debajo de la falda, para que lo note, por debajo de la braguita, acaríciame la rajita», y él me agarró y me acarició, fuera de sí, pero, cuando regresé, quiso cobrarse el dinero de lo de Los Ángeles, y yo le dije que había cambiado de idea y que ya no hacía nada de todo aquello, entonces fue cuando debió de empezar a atragantarse y tuvo un infarto mientras miraba en la tele una película policiaca americana, sentía veneración por los americanos, el muy capullo. Vaya hijo de puta, no siento la menor gratitud por lo de la beca, creo incluso que ya sacó bastante tajada liándose con una niña de mi categoría, muchos lo desearon pero no tantos lo consiguieron, sólo los que quise yo. Fueron muchos, muchos, gracias a Dios, pero solamente los que quise yo. Siempre tuve los muslos poderosos: de frente, redondos y bien torneados, terminados en unas rodillas perfectas; de lado, con ese hoyuelo que todavía tengo, una escultura delicada que atonta a cualquier conocedor; por detrás, todo comentario es poco. En fin, siempre tuve un señor par de piernas y de muslos, por encima de cualquier descripción. Un señor par de piernas y de muslos, con esto basta; aunque creo que merecerían algo más elaborado, no es justo. Además, «poderoso» ya es una palabra desgastada, como le ocurrió a «genial» y, antes, a «estupendo». Es una lástima, porque no encuentro otra; muslos poderosos, sí, pero también mucho más, un poder no sólo físico, sino emocional y psicológico; sí, poderosos. Estupendos, en el sentido de antes, también serviría, aunque no tanto. Algo narcisilla, ¿no cree? *Oh well*. Bueno, la verdad es que siempre tuve grandes muslos. Y sé utilizarlos como un órgano sexual de primera, sobre todo de pie, ya he visto a muchos hombres correrse ante mí, a veces es muy bueno. De cuando en cuando me entran ganas de escribir un libro sobre eso, porque sé que es un arte que se está perdiendo y es

una lástima. Hacerlo con los muslos es insustituible, estoy segura de que, en nuestro inmenso Brasil, en este instante, hay centenares de miles de mujeres y muchos jóvenes que están haciéndolo con los muslos, casi siempre en lugares de alto riesgo, lo cual, naturalmente, forma parte del asunto. Espero que el progreso no venga una vez más a acabar con el desarrollo y la evolución deseables, asesinando este arte venerando. No nos fijamos en un montón de valores culturales importantes, nos hemos quedado con las canciones del Nordeste, con el Aleijadinho^[17], con las escuelas de samba y con las «macarronadas» típicas de São Paulo, pero ¿y el buen viejo *ante portas* de tanta y tan intrincada y colorista historia? ¿Habrá muerto mi tío con tan escasa gloria que sus fechorías conmigo no han dejado huella en las futuras generaciones?

Pues sí, si es así, por supuesto^[18]... No siento gratitud hacia él por nada, ni por la beca ni por nada, ni siquiera por los buenos orgasmos juveniles que me proporcionaba y que ayudaban a descargar mi energía sexual compulsiva, ni siquiera por haber tenido experiencias más o menos raras. No puedo señalar con el dedo ni una ventaja que quizá me aportó ese asunto, pero sí hay algo singular e interesante en recordar un tiempo en que gocé con un hombre llamándole «tío», o «tío mío». Sí, efectivamente no es una gran ventaja, pero me tiré a mi tío y algo tiene que significar eso. Me gustaba follar llamándole «tío», pero él no lo sabía. Y también tuve orgasmos mucho mejores, ante todo y sobre todo con parientes próximos, como Rodolfo. Pero ese tío mío sólo presentaba la gran ventaja de dejar que ejercitara mi sadismo especializado en plan boa, soy una sádica competente. Con todo, Algo me dice... Algo miente, qué coño. Paréntesis: ahora estuve a punto de tartamudear y de decir «qué caramba», como he oído por ahí. ¡Qué horror!, como la mayoría de los eufemismos; qué cosa más pequeño burguesa y atrasada. Todo el mundo sabe que a uno le sale decir «qué coño» y, en cambio, en vez de buscar otra figura del lenguaje, emplea ese barbarismo intolerable^[19]. Todo el que dice «qué caramba» para mí es un imbécil. Normalmente no se me ocurriría decir esa cosa innombrable, pero debe de haber sido porque lo que estoy diciendo quedará escrito, digitalizado e impreso, al menos eso espero. Eso quiere decir que yo todavía padezco, aunque me jacte

de no padecer, de la relación ritualista que el capullo del ser humano mantiene con la palabra escrita. Quién sabe si, precisamente por eso, la palabra escrita fue inicialmente privilegio de sacerdotes y luego de monjes. O si, por culpa de eso, existe esa reverencia estúpida. No lo sé, ya he hablado antes de esto, pero no me canso de decirlo. El colmo es que muchos descerebrados se enorgullecen de «hablar como se escribe», como si la grafía no fuera un intento muy defectuoso de petrificar las palabras en símbolos que pretenden ser fonéticos, como si se pudiera pedir a un chino que hable como se escribe, como si la escritura hubiera precedido a la palabra. ¡Ay! Realmente somos una especie muy atrasada, sólo nos falta darnos de cabezazos contra la pared por cosas a las que no prestaríamos la mínima importancia si sólo fueran habladas. Pero, al estar escritas, cobran sacralidad, tanto que, como también ya he dicho, ciertas palabras jamás adquirieron pasaporte para lo escrito y, cuando lo consiguen de la mano de algún mártir, son enseguida deportadas de vuelta, condenadas a la clandestinidad o confinadas en guetos, como se hace con la gente. Ridículo, patético, pero ineluctable, las palabras son de hecho un misterio, un día escribiré un libro enloquecido, sólo quiero escribir un libro enloquecido, en el que las palabras puedan detonar, explotar en todo tipo de significados, provocar todo tipo de reacciones. Me gustaría liberar a todas las palabras, sé que eso podría parecer una mariconería de poetastro juvenil, pero ¡qué le voy a hacer!, es lo que siento, me gustaría liberar a las palabras. Idiota de mí también. Acaba de una vez con ese delirio lingüístico, y cierra el paréntesis.

Algo me dice, iba diciendo... ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! Ay, Dios mío... Disculpe el ataque de risa, pero me sentí, no sé por qué, medio Lacan, cuando declamaba todas aquellas patochadas inconexas e ininteligibles, y los fieles intentaban descifrarlo como quien descifra a Nostradamus o a la pitonisa de Delfos, cuando es evidente que ni él mismo sabía de qué mierda hablaba, sospecho que se chutaba para despejarse la mente: se metía dos rayas gordas y ¡a predicar! Lo que se habla y se escribe en Francia es pura mierda engalanada, es increíble, yo misma nunca pude tragarme nada de ese rollo pretencioso que confunde ininteligibilidad y pesadez con profundidad, ni Lacan, ni Godard, ni Robbe-Grillet, ni

nada de esa mierda, puro chute, y, por si fuera poco, aburrido, y al que le gusta es porque le han comido el coco y, en el fondo, se siente burro. Sartre aún tenía algo, aunque *L'être et le néant*, ¡su madre!, pero tenía algo, a veces era arrebatador. No, no, no tengo nada que ver con Lacan, yo... Ja, ja, ja, perdone, es una ataque de risa de los que no se pueden controlar. Lacan... Imagínese la escena: un loco furioso, con el cerebro atiborrado de cocaína o anfetaminas, volcando aquel chorro amazónico de *non sequiturs* sobre una audiencia que nunca ha entendido nada, incluso hoy sigue cómicamente tratando de entender y de hablar de la misma manera, y que termina por hacer a alguien desgraciado. Lacan no escribía porque, probablemente, no conseguía sentarse para escribir. Hay gente así. Yo también, cuando andaba encocada, era así, no me estaba quieta, ni en la cama. Debería haber un nombre para esa enfermedad, o al menos para algunos de sus síntomas. No, para su enfermedad no, porque en realidad era una variante neurológica maligna de la glosolalia, nada extraordinario. Me refiero a la enfermedad de sus seguidores, la de los iniciados, la de sus sacerdotes y, naturalmente, la de los que emplean el «tiempo lógico» —como si el Maestro de Maestros jamás hubiera proferido algo lógico—, pero en plan experto, dejando hablar al paciente sólo dos minutos y mandándolo después a freír espárragos para disponer de más tiempo para atender a otro novicio. Sí, lógico para el bolsillo; no está mal.

No, no tengo nada que ver con Lacan; pero sí, *there is method in my madness*. Algo miente mucho, ya lo he dicho y repetido, pero, como de costumbre, olvidaré esto para darle crédito una vez más. Algo me dice, pues, que no soy una sádica, digamos que, en general, soy una sádica selectiva. Con el propio Rodolfo, ay con Rodolfo, ¡qué diferente! El peor día de mi vida fue cuando volví a casa casi al amanecer y me encontré con el recado de que Rodolfo había muerto en un accidente de coche. Llegó todavía vivo al hospital y preguntó por mí. Y yo, en casa de Chiquinho, esnifando con Fernando, Marcito, Miltinho, Eliana, Rita y Laís, cosas de la coca, que en esa época me parecía una verdadera redención para la conciencia y la perfecta convivencia entre la razón y la práctica, y hoy me parece una mierda envilecedora. Recuerdo que Eliana, que

también andaba muy enganchada, se las había arreglado para que nos corriéramos una juerga. Llegué allá tarumba y muerta de rabia contra la pobre Eliana, quien hasta hoy por suerte es amiga mía. El cura y los médicos nos miraron fatal, él acababa de morir. No olvido aquel instante espantoso, nosotras totalmente idas, con los ojos desencajados, poniendo cara de palo y sudando como cafeteras, aguantando a duras penas las ganas de mandar a la mierda al cura, y con mi hermano allí, muerto. Le di un beso en la boca y fui al entierro con gafas oscuras y me metí una raya en el cementerio, pasé el resto del día encerrada en la habitación y el resto del mes odiando al mundo y durante bastantes añitos desatinada y desamparada en la vida. Estaba loca por mi hermano, turulata, fanática, cualquiera que hablara mal de él era mi enemigo. Era guapo, se parecía a mí, sólo que aún más guapo, alto como yo, tenía los mismos labios, los mismos ojos verdes, un bigote indecible, de esos que bajan por la comisura casi como el de los mongoles del cine, sólo que más tupido y menos largo, era la persona más cariñosa que pueda concebirse, tenía unas patitas de gallo como nunca se las había visto a nadie, la voz sólo un poquitín ronca, pero fuerte, los pies enérgicos, suaves, dulces, violentos, tenía las manos más *sexy* que nadie, tenía un culo esplendoroso, no hay palabras para describir aquella mezcla inefable de masculinidad y femineidad, aquella manera de acostarse boca abajo con las piernas dobladas, aquella mirada entre pilla y tímida y en el fondo resuelta, unos dientes como jamás han existido, se corría más lejos y en más cantidad que ningún otro hombre, tenía una picha preciosa, a un tiempo delicada y afirmativa y más dura que la conciencia de Alemania, tenía una inteligencia espatarrante, unas ingles con un olor embriagador, el pelo más suave del planeta, unos gruñiditos imposibles de imitar, unas caras tan bonitas a la hora de follar —y mire que he visto cambios de cara espectaculares a la hora de follar, qué bonitos son los cambios de cara a la hora de follar, es el conocimiento absoluto—, tenía orgasmos al estimularle los pechos, como yo, orgasmos completos, tenía una manera de ahogarse inimitable a la hora de gozar, emitía la mejor banda sonora que jamás he escuchado, tenía un ombligo irreprochable, entre pelos más suaves que los del vientre de una oveja, tenía la mejor nariz

que jamás haya penetrado entre mis piernas, un cogote irresistible, tenía unos huevos que daban enseguida ganas de besar y lamer y que me hacían gozar cuando yo restregaba mi cara en ellos, tenía una manera de meneársela para descargar en mi boca sólo en el último momento que hasta hoy me enloquece, tenía una manera de penetrar por detrás que nunca podré olvidar, ofreciendo preciosa su picha erecta para que se la chupase y mojase y después metiéndomela enterita dentro, yo a gatas y él magreándose las tetas y poniéndome a cien, empeñado en sacar la picha para meterla otra vez despacio hasta el fondo mordiéndome el cuello, empujándome las caderas y yo abriéndome el culo con las manos para que él la metiera aún más, lo tenía todo, todo, todo, me folló de todas las maneras que quiso, y yo también, adoro a mi hermano, la vida ya no volvió a ser lo mismo, él estaba siempre, era siempre él, yo nunca iba a quedarme sola porque existía él, era mi referencia y mi semejante básico, mi macho y mi hembra, me mojaba cada vez que él me tocaba, anunciaba que iba a correrse dentro de mí como un César triunfal, me elogiaba antes, durante y después, su picha latía en mi boca antes de que él gozara, todas mis entradas palpitaban antes de que me la metiera, veía el cielo cuando me levantaba el trasero y me transfiguraba en una potranca ensartada por el purasangre de mi hermano, el único que supo serlo todo, macho, puto, hembra, descarado, sádico, masoquista, mentiroso, verdadero, guapo, feo, dispuesto, perezoso, guapo, guapo, guapo, guapo, guapo, Rodolfo, hermano mío.

Tuvo tres mujeres, Cláudia, Verena y Cida, hoy la viuda oficial. Me entiendo muy bien con ella. En realidad, me entiendo bien con las tres. Tres mujeres superiores, cultas y finas, las tres sabían que yo estaba chiflada por Rodolfo e incluso sabían apreciarlo estéticamente, siempre nos hemos entendido realmente muy bien, y con Verena incluso llegamos a follar juntos alguna vez. Ella se lo tomaba con mucho espíritu deportivo, pero creo que prefería leer y jugar a practicar el sexo, era algo que, cuando ella lo hacía, le divertía razonablemente, pero, cuando no lo hacía, parecía no hacerle falta. Es un caso más frecuente de lo que se cree, es una de las rarezas que aún quedan por estudiar. La moderación siempre me ha intrigado, no consigo entenderla del todo y me dan cierto miedo

esas personas deliberadas y pausadas, que siempre van pensando lentamente en lo que dicen y que hacen lo que deben hacer, sin rebasar los límites que se han marcado. Yo sólo consigo ser desbocada y, efectivamente, sólo me entiendo con los desbocados, ya sea como personas, ya sea como artistas o como pensadores. Cida era distinta, pero nunca hubo nada serio entre nosotras. Ella esnifaba y yo también, y tuvimos algún devaneo. Nunca nada en concreto, sólo algún beso en la boca y algún magreo, pero creo que, si Rodolfo no hubiera muerto, habría ocurrido algo. Cida besaba muy bien y siempre me tocaba mucho, siempre nos tocábamos las tetas cuando nos despedíamos. Una vez, mientras esnifábamos, Rodolfo me pidió que le dejara chuparme un pecho, y ella se quedó allí observando, tocándome el otro pecho, besándome en la boca y restregándose contra nosotros. Ahora que lo pienso, a ella lo que se le daba bien era hablar. Esas cosas ocurren cuando vas encocada, y si no que lo diga Fernando, Dios lo tenga en su gloria, que también murió de un infarto dejándome alguna cosilla.

La historia de mi vida, ay, mi historia, tan rica y tan corta. Vittorio Gassman tenía razón, lo vi en una entrevista en la tele: la vida debería ser dos; una para entrenarse, la otra para vivirla en serio. En cuanto has aprendido algo, ya es hora de irse. Apenas mis pechos empezaron a crecer, empezamos a jugar a mamás y bebés, aunque Rodolfo fuera mayor que yo. Me sentaba, él ponía la cabeza en mi regazo, yo sacaba un pecho, él ponía las manos cerca de los pezones y mamaba con los ojos cerrados gimiendo por lo bajinis, y así nos quedábamos un rato largo. Después yo cambiaba de pecho y él seguía mamando. Después hubo cierta evolución, yo le toqueteaba la picha mientras él mamaba. Después avanzamos un poco más. Nunca me desnudaba, sólo sacaba los pechos, él en cambio se desnudaba. Después, el asunto fue a más, a más, poco a poco empezamos a liarnos, y me quedé para siempre prendada de su culo. Él se ponía una almohada debajo, y yo cabalgaba sobre él con un placer que nunca había sentido, como con ningún hombre, ni con ninguna mujer, ni con ningún maricón, por cierto, no me gusta mucho liarme con un maricón, sólo por amistad, tengo muchos amigos maricones, me entiendo bien con ellos. Con Rodolfo, el culo era una gozada monumental, no sólo porque él era especial, sino porque se hacía la mujercita sin dejar de ser macho, es indescriptible, sólo se entiende si se presencia, sólo si se vive. Yo lo poseía por entero, esta tenía que ser la condición, enroscada en él, restregándome con fuerza sobre él, abriéndole para restregarme más a fondo, y él se dejaba follar de lo lindo, un dios con el cabello de oro debajo de mí, y yo le mordía la nuca, le pellizcaba las tetillas, le apretaba la picha, y él se giraba para darme la lengua cuando yo se lo pedía. Y después me follaba él. Generalmente él me lo chupaba mientras yo le acariciaba el culo, pero también me gustó

mucho cuando él pasó a follarme por detrás, yo levantaba el culo en el momento en que iba a metérmela y me encantaba cuando él me la pasaba por las nalgas como dando pinceladas y hacía como si fuera a entrar y no entraba, hasta que, con su polla bien gruesa, la enfilaba entera dentro de mí... Que nadie me venga con historias, por más recurrentes e incluso consagradas que estén por investigaciones pseudocientíficas: una polla pequeña no es lo mismo, claro que no es igual, una polla de buenas dimensiones llena adecuadamente a la mujer y es estimulante y excitante a la vista, que no me hablen de pollas pequeñas. Esta es una más de las bobadas que nos hacen tragar. Las únicas mujeres que aprecian una polla pequeña son las que, de una forma u otra, la temen, ya sea porque les hace daño, ya sea porque están mal de la cabeza. Lo mismo ocurre con una polla blanda. Claro, son los hombres los que hacen correr historias terribles sobre lo que otros, nunca ellos, oyeron contar a las mujeres con quienes han follado. En realidad, las mujeres no acostumbran a despotricar contra los hombres que follan con ellas, son invariablemente comprensivas e incluso solidarias en la medida en que son capaces, y algunas hasta se culpan del fracaso. Pero a las mujeres plenamente saludables les gustan las pollas duras y que las penetren. Lo demás es puro cuento para consolarse; a algunas incluso les interesa, porque así ocultan lo que les interesa ocultar. Escriba: a) a ninguna mujer le gusta una polla blanda; b) con excepción de las dimensiones aberrantes y otras variantes equivalentes, cuanto mayor y virtuosa sea la polla, mejor. Es evidente que lo importante, lo más importante, es el propietario de la polla. En estos casos, si la polla es pequeña, las mujeres tampoco le hacen ascos, pero entonces las prefieren alargaditas; es más satisfactorio, por una o varias razones. Esta es la pura verdad, el resto, repito, es cosa del pensamiento voluntarista. No es que no se den muchos casos de hombres de polla corta que ofrezcan compensaciones inestimables, pero mil veces antes una polla digna de su nombre, ¡Rodolfo, Rodolfo! Y a ninguna mujer saludable le da asco el esperma, esta es otra cosa que debe quedar bien clara. Leí no sé dónde que algunos musulmanes consideran una ofensa suprema el que una mujer escupa el esperma que su hombre le ha derramado en la boca. Estoy de acuerdo, es una salvajada, una

señal de baja extracción, una falta de formación, de clase, de cultura, de sofisticación. Escupir el esperma sólo se admite cuando se quiere insultar a un hombre o cuando se le quiere poner en su lugar: vales para distraerme y comerte la polla, pero no vales lo bastante como para tragarme la savia, me niego a deglutirla, no le concedo a tus células semejante intimidad con las mías. Estoy como un cencerro. Bueno, pues iba diciendo que Rodolfo y yo avanzamos una vez más, qué bueno es contar esto. Le daba el pecho y, enseguida, me quitaba las bragas, separaba los labios mayores del clítoris, que le ofrecía con todo cariño, y le miraba mamármelo, gratificándole después con una pajita. Éramos estupendos en eso, lo hicimos así hasta que se murió, aunque también nos lo montábamos de todas las demás maneras. Cuando él mamaba entre mis piernas, casi siempre con la cabeza descansando en la parte interna de mi muslo, me sentía la más completa de las mujeres, me sentía Mamá Grande, me sentía no sé cómo, sólo alguien que ya lo ha hecho puede saberlo, sólo las mujeres. Los hombres, cuando son sensibles, también saben algo de eso, porque tienen una teta que es la polla y que expele una leche que es el esperma, pero seguramente en la mujer este sentimiento es mucho más amplio y visceral, es intransmisible ofrecer el clítoris como quien ofrece la punta de un pecho y ver cómo mama aquel hombre, y mucho más cuando se trata de tu hermano. Él encajaba tan bien aquel mentón suyo tan bonito en mis bajos más secretos que quería que entrara en mí de cuerpo entero, quería mezclarme, sólo sexo no era suficiente, quería fundirme con él. Rodolfo. Rodolfo. Amor mío.

No me pondré a dar una conferencia, prometo que no daré una conferencia, sé que es una costumbre intolerable, pero no puedo dejar de hacer un *adendum* con respecto al incesto. Soy como Bernard Shaw, no basta con demostrar, hay que explicar, si no las personas no entienden. Claro que las mujeres de Rodolfo estaban hartas de saber que entre nosotros había mucho más que unos cuantos besitos, nunca oculté que estaba loca por él, aunque sin precisar hasta qué punto y esas cosas, pero siempre me indignó tener que ocultar lo que para mí es la cosa más natural del mundo. Estoy absolutamente segura de que la cantidad de hermanos que se lían con sus hermanas, de tíos y tías con sobrinos y sobrinas, de

padres con hijas y madres con hijos, *ad infinitum*, es muchísimo mayor de lo que admite nuestra hipocresía, y no hay motivos para que deba ser de otra forma. ¿Y los primos criados juntos? Es algo universal —*cousinage, dangereux voisinage*—. Antes de que se pudiese evitar con seguridad tener hijos, bueno, había una razón genética. Pero hoy día no, incluso antes de la píldora, cuando se podía abortar en las mejores clínicas, bastándole al médico emplear el nombre artístico de *curetage*. El incesto era normal en el antiguo Egipto, Juno era hermana y esposa de Júpiter, todo el mundo se tiraba a todo el mundo, es natural, lo artificial es la noción de incesto como un mal en sí, no hay nada intrínsecamente malo en el incesto, muy al contrario, ¡es una fuerza de la Naturaleza, es natural! No es obligatorio, pero es natural. Quien se escandalice de que me haya tirado a mi hermano y a mi tío, por no hablar de primos, cuñados y allegados, me parece un burro o un mentiroso. Me arrepiento de no haberme tirado a mi padre, hoy me arrepiento, estoy segura de que, tramando un buen plan, lo habría conseguido, él también era normal, y yo lo adoraba y con mucho gusto le hubiera puesto contracuernos a mi madre, con mucho gusto los hubiera liado a todos, incluso al tío Afonso, ¿quién sabe? Ahora sí noto en mí la cara fea del prejuicio, me ponen a parir estas contradicciones, pero las neurosis son las neurosis. Tengo que admitir que soy una neurópata, tal vez a la manera feliz de Euclides da Cunha. Porque también encuentro este asunto de los cuernos el mayor atraso de la vida, nadie es monógamo, ni hombres ni mujeres, sólo los degenerados, los masocas, los deslidadados, los gravemente enfermos de la cabeza. Casarse y quedarse con la misma persona toda la vida, estupendo; también siento admiración sincera por este tipo de santidad e incluso puede alegarse que me pasé la vida casada con Rodolfo y que en la actualidad soy su viuda. Ahora bien, no haber querido jamás echar alguna canita al aire, no haber fantaseado jamás con un garbeo fuera de casa, es mentira. Una mentira que muy pocas veces puede ser sincera, pero, incluso en estos casos, no deja de ser mentira. Todo el mundo es cornudo, aunque no lo sea, por una mera cuestión de coyuntura técnica. Sé de mucha gente a la que le incomoda tremendamente reconocerlo, gente a la que eso le trastoca los esquemas, le provoca crisis de

melancolía, irritabilidad y ataques de sudor frío en bibliotecas, librerías y cines. Algunos hombres, pobres, incluso los liberales, no soportan la idea de que sus mujeres miren fotos pornográficas, no quieren que ellas hagan eso. Piensan que, si no dejan que sus mujeres miren ciertos actos u observen la picha de otros hombres, ellas no se decidirán a hacerlo por su cuenta y riesgo, o se pasarán la vida creyendo que sólo su marido tiene picha, la mayor del mundo, y que nadie se lo monta por su lado. Y también pobres las mujeres que montan una escena porque sus hombres miran fotos de mujeres en cueros. ¡Vaya lucha más estúpida!, mejor sería que todo el mundo follara de una puta vez y dejara de meter caña a los demás. Pero parece que se acabará la humanidad sin que esto ocurra. No existe nadie razonablemente normal que no piense, o haya pensado, en prevaricar. En este aspecto, como en otras muchas cosas, fui pionera, y eso en una generación oscuramente pionera. Cuando fui a vivir con Fernando, en el 62 o el 63, nunca me acuerdo muy bien, ya vieja para los parámetros de la época, él lo sabía todo de mí e incluso que le había prometido el culo al tío Afonso a mi regreso de Los Ángeles, sólo que, todo sea dicho, Fernando estaba seguro de que me cachondearía de mi tío, pero que no le daría nada. Por lo demás, lo sabía todo. Único pacto: cuando se folla fuera de casa, tienes que contárselo al otro. Corolario: el follador o la folladora con el que te lo montas tiene que saber que nos lo contamos todo el uno al otro. Pero no se cuenta realmente todo, este tipo de pactos nunca funciona al cien por cien. Y mire que follábamos mucho con las mismas personas, lo cual facilitaba las cosas. Pero tampoco es plan, porque acaban apareciendo los celos, es increíble. Aun así, eso es mejor que nada, al menos la gente no miente ni finge ni disimula tanto, mejor que lo que ocurre en muchos conventos.

Esto puede parecer una tontería, pero no lo es. Evita más tarde muchos líos posteriores y es fruto de mi experiencia. Como decía un profesor chiflado de proceso civil con respecto a los cuernos, duele al principio, pero ayuda a vivir. Mucha gente se negó a follar conmigo cuando yo decía que se lo contaría a Fernando y mucha gente se negó a follar con él cuando él decía que me lo contaría a mí. Por ejemplo, una chica, aquí en Río, a la que me tiré pero sin

avisarla primero; no creí que le importara. Pero, cuando otra vez estaba en la cama con ella y le dije casualmente que se lo había contado a Fernando, se puso nerviosísima, ya no dio pie con bola y se fue mosqueada, desapareció y hasta hoy finge que no me ve por la calle. Vive aquí, en la misma calle, y sólo le falta ponerse a correr cuando se cruza conmigo. Ocurrió muchas veces. En Los Ángeles hubo el caso de Mark y Kate, que estaban recién casados, fumaban porros y eran del tipo hippieprogre. Ella no salía así a la calle, además porque corría el riesgo de que se la llevaran presa, en aquella época en que *Playboy* no enseñaba coños y estaba prohibida en muchas comunidades y vista por los liberales como símbolo de la libertad y la democracia —para que vea cómo son las cosas, incluso aquí en Brasil, me acuerdo de todo—, ella no salía así, pero llevaba un vestido de malla encima de la piel e iba por los pasillos de nuestro edificio, en el mismo rellano. Iba estupenda, con los labios carnosos, el pelo abundante cayéndole por los hombros, los ojos azules enormes, un culo tipo Rosanna Schiaffino, un pedazo de mujer, en fin, todo un tipo. Y los dos estaban prácticamente a punto de caramelo. Magreé muchas veces a Mark y siempre que me encontraba a solas con él en el ascensor le daba rápido un beso de rosca, y le dije que quería irme a la cama con él, sólo que no salió la cosa porque no tenía que salir, y también achuché a Kate y le di un buen beso en la boca en la terraza, y Fernando le agarró la picha a Mark y los pechos a Kate, todo bien, todo a punto, *in the bag*, sólo faltaba el aliño final. Y llegó el día en que compramos una botella de champán francés, de ese que en los bares te cobran un montón por una *flûte*, cogimos el champán, fuimos a su apartamento tal como habíamos convenido, nos fumamos dos porros, servimos el champán y, naturalmente, abrimos fuego. Ah, ¿y qué pasó? Analizándolo bien, luego les entró a ellos vergüenza, estoy segura de que acabaron separándose y arrepintiéndose, pero en aquel momento la vergüenza la sentimos nosotros, fue muy pesado. Primero se llevaron un susto, pero luego adoptaron un aire afectadamente simpático y de mal disimulada condescendencia —oh hipocresía, oh plaga de la humanidad, ¿hasta cuándo?— y dijeron que seguirían siendo siempre amigos nuestros, pero que su cultura era distinta, que comprendían nuestro equívoco, pero que

aquello no les iba, que no querían ofendernos, que comprendían nuestros parámetros de conducta y que nada tenían contra ellos, pero no podían adoptarlos. Tanto Fernando como yo estuvimos elegantes, ni lo mencionamos, aunque sí podíamos haberlo mencionado, pues los dos, por separado, habíamos llegado al mismo punto, ahora los que no queríamos éramos nosotros, de modo que dejaron de interesarnos. Un horror, un horror, un horror. Fue tan pesado que Fernando propuso enseguida que nos cambiáramos de casa para no verles nunca más, y acepté.

Y fue estupendo haber cambiado de casa, porque el nuevo barrio —la nueva ciudad, por cierto, Los Ángeles es miles de ciudades, atraviesas una calle y ya pagas distintos impuestos— era medio hipposo, a pesar de que los hippies estaban apenas empezando en aquella época, y nos integramos en él como si hubiéramos nacido allí. Enseguida conocimos a Mike y Alice y nos liamos a esnifar. La coca era todavía algo raro, pero ellos tenían abastecedores estupendos. Hasta entonces sólo conocíamos los porros, la hierba y, así y todo, mal, el éter y las anfet, muy poca cosa. Mire usted, la coca es una desgracia, está bien a veces, para enterarte de qué va. Eso sí, la coca ha de ser buena. La aspiras un par de veces, haces y dices sandeces delirantes y confesionales, iguales para todo el que esnifa, y comprendes que es una mierda y la dejas de lado. Tomada así, es estupendo, porque el ser humano necesita comprender a fin de seleccionar para su uso los múltiples instrumentos que facilitan un viaje y alteran la realidad percibida. Digo percibida para calificar la realidad porque, en realidad, naturalmente, no existe de por sí, Lenin era un plomo y el obispo Berkeley era un fino, y la física cuántica aún más fina. Pregúntele a un científico nuclear qué es la realidad y, si es honesto, empezará a balbucear. Pero existe una realidad percibida, y el ser humano no puede tolerarla, de modo que altera la percepción. Desde que el hombre es hombre, lo ha intentado por miles de vías, las más conocidas son el alcohol y las drogas en general, sean naturales o no. La música es eso, la música no es sino eso, al ser el oído el único intermediario, va directo y afecta a quien la oye, nunca deja de afectar de una manera u otra. Por eso creo que hay que probar, es una tontería no probar. El que no toma nada, ni en secreto, es un loco peligroso que un día

bien podría matar a alguien. El problema es que mucha gente tiene dificultades para ver que esa droga se cobra un tributo que luego no se puede pagar y ya no puede salirse, yo, gracias a Dios, me salí sin demasiado esfuerzo. Mucha gente se queda enganchada a esa droga, yo pensé que me quedaría, debo confesar que tuve un deslumbramiento cocainál. Cuando me la presentaron, y aún muchos años después, la nieve me pareció la llave del universo y de la felicidad, la droga de la sabiduría, de la verdad y la iluminación, ¡el resplandor! Tonterías, es exactamente todo lo contrario.

Mike y Alice esnifaban todo el día y, si continuaron y todavía están vivos, deben de haberse convertido en unos trastos irreconocibles e impresentables. Tenían pasta, les colocaban nieve a los millonarios amigos suyos, se forraban con eso. Algo del todo insano. En ciertas ocasiones nos pasábamos días seguidos esnifando y bebiendo en cantidades industriales, cachondeándonos y metiéndonos en follones de órdago, como aquella madrugada en que los cuatro decidimos salir en coche por la Harbor Freeway desnudos de cintura para abajo, es un milagro que nunca hayamos ido a parar al trullo. Hacíamos de todo. Se estaba poniendo de moda el *wife swapping*, y nosotros nos metimos en varios grupos, algunos de nosotros sin coca, otros con. Tenía que haber algunos sin, porque la nieve es de gatillazo seguro, los tipos se ponen cachondos, pero casi nunca se les pone tiesa, sólo sirven para magrear, chupar y cosas así, y normalmente lo que se da es una palabrería realmente alucinada. Tenía un amigo que esnifaba mucho y, cuando iba a salir con una mujer, preguntaba «¿con nieve o con polla?». Ella tenía que elegir, porque, si era con polla, no podía haber nieve y viceversa. Él me contó que una vez consiguió que se le pusiera a media asta y utilizó uno de esos calzadores chiquititos que te dan en los aviones, pero, a pesar de haber logrado alguna penetración, la experiencia no le gustó. Había grupos pesadísimos entre los *swappers*, religiosos, vegetarianos, esperantistas, de todo lo que pueda imaginarse. Los americanos consiguen ser pesados y cuadriculados incluso en plena juerga, son mucho peores que los alemanes, que, cuando se les pone algo entre ceja y ceja, se desmadran y no respetan ninguna regla. En Estados Unidos hay un manual y un cursillo para todo, y la verdad es que

allá follan según los manuales. Pero no les pasa a todos y consigues distraerte a gusto. Nosotros frecuentamos durante un tiempo esos grupos y, en conjunto, fue una experiencia divertida y valiosa.

Mike también tenía en su casa un estudio fotográfico, un equipo de primera, incluso con ciclorama y varios paisajes, lo mejor del *high-tech*, y nos sacábamos fotos desnudos, no sólo los cuatro, sino con mucha otra gente, es asombroso cómo la gente sueña con sacarse fotos desnuda, aunque la mayoría se reprima, es una lástima, un desperdicio. Pusimos a un montón de gente en cueros en aquel estudio y en otros lugares donde nos dejábamos caer, era un festín. Sacamos fotos incluso de una monja, prima de Mike, con una cara de santurrona ejemplar, pero después se reveló una de esas monjas medievales que salen en los folletines femeninos franceses de antes; le encantaban las juergas, o liarse conmigo, nos liábamos prácticamente todas las veces que nos veíamos. Y trajo a la pandilla a dos curas, uno maricón y otro un hombre bien armado, ¡magnífico el tal *father* Pat Mulligan!, al que cualquier cosa le iba bien y convertía a Fernando en una boa, no sé qué era más bonito, si Fernando dándole por el culo, o él a Fernando, a veces a gatas, a veces de frente, que era la posición que yo prefería para ellos, la polla entra con más dramatismo, los dos se ponen frente a frente, es realmente muy bonito, una de las cosas más sensuales y excitantes que conozco. También era muy bonito cuando se la mamaban mutuamente con los ojos cerrados, metiéndose con voluptuosidad el uno al otro la polla en la boca. Me ponía a cien y casi nunca conseguía quedarme quieta contemplándolos, como era mi intención, y de alguna forma participaba.

Claro que en aquella sodoma-y-gomorra del *wife swapping*, los curas —los curas, no, porque a Bill no le interesaban las mujeres—, Pat y la monja tenían algún problema porque no tenían pareja, pero nosotros les presentábamos a alguien que les hacía de pareja a cada uno, y, si era necesario, Mike falsificaba licencias de matrimonio... Es de locos, dos personas casadas que van a follar con otras y les exigen la documentación, o eso es de locos rematados o es un refinamiento que a mí se me escapa, aunque puedo imaginarme la escena, una película de Buñuel por ejemplo. Debe de haber películas, relatos y ensayos sobre el *wife swapping*, pero nada puede

describir aquello, ninguna película, ninguna serie cinematográfica, ningún libro. Me encantaba poder ir como la mujer del padre Pat, porque era un excelente marido y compañero y le encantaba pervertir a aquellas marujas olorosas con el pelo encrespado y los zapatos relucientes del mismo color que el vestido, la bufanda, los pendientes y todo lo demás. Él les enseñaba las cosas más escabrosas, poniendo caras increíbles, y yo allí, luchando por el Oscar del papel secundario, yo también aprendí mucho con él. Era un privilegiado. Los irlandeses, que yo sepa, no tienen fama de bien dotados, pero la suya era una polla grande y gruesa y se ponía dura como una viga de madera, apuntando hacia arriba y corriéndose con fuerza y abundancia, de tal modo que, dondequiera que la metiera en quienquiera, ese quienquiera notaba la inundación, me encantaba eso. A veces me sentaba con la cabeza pegada a su polla, contemplando transportada cómo se la meneaba para, en el momento de gozar, dirigir el chorro hacia mi boca abierta. Lo hicimos así muchas veces cuando la prisa era amiga de la perfección y pasamos buenos ratos, estuvimos a punto de que nos pillaran varias veces, pero eso también tenía su morbo. Hizo milagros, seguro que el ser cura tenía algo que ver con eso, a no ser que el diablo le brindara una colaboración extra. Por ejemplo, lo de Andy. Andy era una mujer a la que nos tirábamos en esos clubes, descubierta por él. Es decir, descubrirla, lo que se dice descubrir, todo el mundo la había descubierto, porque era exhibidísima. Lo que él descubrió fue su talento, por detrás de aquella pinta emperifollada y al lado de un marido medio impotente y barrigón, sin ninguna gracia, el pobre, pero creo que él prefería frecuentar aquella pandilla, donde por lo menos estaba nominalmente en igualdad de condiciones, a que le pusieran cuernos en solitario, lo cual fatalmente hubiera acabado ocurriendo. Al principio pensé que el padre Pat estaba chiflado, queriendo que nos tiráramos a aquella Jayne Mansfield de octava categoría —la verdadera Jayne Mansfield era fantástica, estuve a punto de tirármela, en serio, pero esa es otra historia, fue en un cóctel en Beverly Hills, recuérdemelo luego—, pero él tenía razón, Andy era genial, un diamante en bruto. En dos meses ella ya sabía que le gustaba todo, dejó de pensar que comer pollas consistía en poner caras y bocas y pasar

frenéticamente la lengua por el glande como una serpiente con problemas neurológicos, aprendió a currarse el asunto, se tiró a todos los hombres, a las mujeres y demás surtidos disponibles, se convirtió en campeona en todas las modalidades, pasó a ser una persona completamente distinta. Y su matrimonio acabó, claro. Tracy, su marido, realmente no tenía solución. Nuestra monja, *sister* Grace, alias Mistress Saunders, alias Maureen, alias Dee, alias tantas cosas, creo que en aquel club era Mistress Rivera, mujer de Fernando, hizo lo imposible para inducir a Tracy a convivir con la humanidad, pero ni ella pudo conseguir semejante hazaña, ni yo. Ni Norma Lúcia. Y se cumplió el karma de cada cual, nosotros liados con Andy, y Tracy dándoselas de feliz con que se la comiera con ahínco y dientes Rita Mae, una delgadita de Iowa a la que nadie quería tirarse. Yo hubiera querido ser pintora, prima de un Brueghel o un Bosco, para poder pintar aquellas noches. Con sus días. *Saudades*, por qué no decirlo, *saudades*^[20].

¡Qué maravillosos eran *sister* Grace, *father* Bill y *father* Pat Mulligan! Fernando siempre dijo que su mayor fantasía se realizó el día en que *sister* Grace se la comió, ella desnuda del todo, pero con la toca de monja en la cabeza. Grace era guapa, tenía pecas de irlandesa, pero bien puestas, los pechos suavemente curvados, los pezones rosados y redondeados, un chochito magnífico, con los pelillos pelirrojos y muy a su aire, un culo clásico, la frontera hacia los muslos traseros bien trazados, guapa, guapa, guapa y muy salida, era como Pat y yo y pocos y pocas más que nos hemos encontrado en la vida: siempre estaba dispuesta, siempre deseosa, en cualquier lugar, a cualquier hora, echo en falta gente como ella, creo que, con un poco de ayuda, todo el mundo sería así. Armaba un escándalo cuando gozaba, había que poner muy alto la música para que los vecinos no pensarán que estábamos degollando a alguien, y era más deslenguada que Long John Silver. *Father* Bill era más calmado, muy delicado, educadísimo, hablaba no sé cuántos idiomas y también era muy guapo, alto, moreno, con un hoyuelo en el mentón y nadie hubiera dicho que era marica, me llevé una sorpresa cuando lo supe. No es que fuera un maricón radical, tan sólo se negaba a follar con tías o a chupar coños; y a tocarlos; ni siquiera quería verlos. Le daban asco, decía que le recordaban las ostras del pueblo de pescadores donde había nacido, en Massachusetts, o en Maine, qué sé yo. Le horrorizaban las ostras, hasta le daban pesadillas. Pero, exceptuando las ostras, le iba todo lo demás, sobre todo mamar pollas y pechos con la avidez de un cerdito. Pero lo que realmente prefería era que Fernando le diera por el culo en presencia de otros, de cualquiera. Cuanta más gente, de preferencia mujeres, mejor para él. Parecía un actor de película porno clase A, era una vocación innata. Dirigía el espectáculo y

ensayaba con Fernando, hoy esto, mañana aquello. Fernando también tenía sentido del espectáculo, los dos eran un auténtico *show*, no exagero, *understated* pero vigoroso, muy bonito, en serio, inspiró a mucha gente. A veces le daba yo por el culo, pero entonces él me ponía un nombre masculino y casi siempre me pedía que me pusiera unos artilugios especiales, unas pollas de goma así de grandes que encajaban muy bien en el pubis de las mujeres y con las que ellas gozaban como locas de tanto menearlas. Ahora, cualquier revista porno trae anuncios de braguitas, casi siempre negras y de un gusto atroz, que llevan adosadas esas pollas de distintos tamaños, siempre me han parecido detestables. Me las habré puesto unas dos veces, pero fue terrible, sobre todo por tener que follar con bragas, no tiene ninguna gracia, y los hombres a los que les gusta eso me dan un poco de asco, no sé muy bien por qué. Y, pensándolo bien, las mujeres también, las pasivas y, en particular, las activas, no creo que una tortillera que se respete lleve habitualmente un trasto de esos, es indigno.

Father Pat, como ya he dicho, era perfectísimo, completo, nada que reprocharle, muy al contrario. Inmejorable, alguien del que puede decirse literalmente que es de armas tomar, me gustaría volver a estar con Grace y con él, pero él siempre promete que vendrá a Brasil y luego nunca aparece. Nos confirmó un montón de cosas que nosotros ya sospechábamos hacía mucho y con las que perdíamos tiempo y ánimos. Por ejemplo, el sesenta y nueve es una estupidez, impide concentrarse y sólo es válido en casos muy especiales. ¿Y la llamada doble penetración, que hoy está tan de moda y que veo en las revistas porno? Paso por el quiosco y pregunto si han recibido nuevas revistas de esas, lo pregunto en un tono natural, me da igual quién haya alrededor. Lo interesante es ver que la mayoría de la gente finge no oírlo, es curioso, al principio esperaba lo contrario. Los quiosqueros ya me reservan esas revistas, los quiosqueros son gente muy lista y con la mente muy abierta, alguien debería escribir una tesis sobre este interesante aspecto de la prensa. En casi todas las revistas vienen fotos de doble penetración, dos tipos y una infeliz toda maquillada: ella más o menos como un taco de carne ensartado y ellos como las dos mitades de un perrito caliente, eso no existe. O mejor dicho, sí

que existe, porque nosotros mismos lo probamos, pero es un cero a la izquierda, sólo sirve para engrosar el currículum. Sin contar las contorsiones, que me destrozan el alma sólo de recordarlas, sobre todo cuando se organiza un desmadre. Tres, tres es el número ideal para un grupo, cualesquiera que sean los sexos de los participantes, incluso mezclados. Me gustan las tres formas posibles: una mujer y dos mujeres; una mujer, un hombre y otra mujer; una mujer y dos hombres. Según mi experiencia, y señalo que hablo sólo por mí, lo menos satisfactorio es una mujer con dos mujeres, y lo más satisfactorio —¡oh sorpresa!— es dos mujeres con un hombre. Lo ideal es cuando todo el mundo en ese grupo folla el uno con el otro, pero no es indispensable. Lo indispensable es que las dos mujeres se avengan bien, que, en materia de rivalidad, tengan de veras espíritu deportivo, que les guste y se pongan a cien con los hombres y que, un buen día, decidan convertirlo a él en sultán y convertirse ellas en odaliscas. Y, de preferencia, que todos sean amigos, eso de que no se puede mezclar amistad con sexo es cosa de locos, es precisamente todo lo contrario, Dios mío. Si las personas vinculan el sexo a tanta mierda —mezquindades, celos, despechos, inseguridad, correveidiles, sospechas, afirmaciones de ego, tanta y tanta mierda — es porque creen que tener sexo con los amigos acaba a veces perjudicando la amistad. A los amigos no se les va con la mierda por delante, los amigos son demasiado importantes. De modo que hay que librarse de esa mierda para poder ofrecer ambrosía, que está ahí para quien quiera dejarse de gilipolleces y la vea. Si se va con cuidado y se adopta la actitud correcta, lo justo es follar con los amigos, es absolutamente obvio, llega a ser ridículo tener que decirlo y presentarlo como una tesis que debe ser debatida, no hay discusión posible, es elemental, lógico, va a misa. No con todos los amigos, claro, no hay que tergiversar mi idea, aunque considero legítimo que alguien se tome como una misión en la vida follar con todos los amigos y las amigas que pueda. Yo misma, en cierto modo, soy así y conozco a gente así, más gente de la que sería de esperar a primera vista. Follar con alguien debería ser una muestra de amistad, que la complementa y profundiza, y no que la estropea. Lo que estropea es la basura que uno lleva en la cabeza, que no es inherente al sexo, lo que lo estropea son los mortíferos perifollos

que le endilgan. Intente hablar de eso con los amigos y folle con ellos, si es que se revelan sensibles a esa manera de ver las cosas. Lo indecente sería follar con personas que no fueran amigas nuestras. Esto puede admitirse sólo en muy pocos casos, como, por ejemplo, para satisfacer cierta pequeña perversión. A mí me gusta, de vez en cuando y con las personas adecuadas, follar en plan odalisca, cualquier mujer sabe a qué me refiero, es una gozada. Lo hice a menudo, es bueno ser una de las dos mujeres que se tiran a un hombre de arriba abajo y de todas las maneras, sabiendo que lo tratan a cuerpo de rey, que ellas le bastan para que se sienta un rey, más que un rey. Hay quien piensa que no hay hombre que pueda resistirlo, pero los hay, siempre encuentras a alguno, variar de pareja sienta bien a los machos, están programados para eso. ¡Si supiera cuánto lo he practicado! Una amiga y yo, por ejemplo, lo practicamos intensísimamente una noche que pasamos con mi hermano Rodolfo y durante la cual, entre otras cosas, nos pusimos las dos con el culo al aire para que él nos penetrara alternadamente. Rodolfo era Rodolfo, nos folló toda la noche por todos los agujeros y se esforzó por no mostrarse grosero y también se corrió en las dos. Con cuatro personas ya es más complicado. Es posible, pero no es fácil, a no ser que se vaya cambiando una vez aquí, otra allá, y otras variaciones. Todo el mundo en maraña no es bueno. O, si no, hay que simular, ya lo he visto en alguna ocasión. Gracias a mí, dos o tres hombres, a quienes animé y elogí en el momento adecuado, practicaron varios actos a los que antes se negaban. Muchos, al principio, se resistían a Fernando, pero acababan cediendo, sobre todo porque tanto él como yo éramos muy hábiles en este aspecto. Si el tipo permitía que Fernando se la comiera pero no él a Fernando, todo bien, decepcionaba un poco a las mujeres, pero aun así Fernando insistía en comérsela al otro, reciprocidad o no, porque no se andaba con chiquitas. Y la gente aplaudía y sentía admiración y atracción redoblada por Fernando, y él, aunque nunca forzara la situación ni reprochase nada al refractario, era como de buena pasta. Las mujeres siempre se revelaron estupendas en eso, la mayoría me ayudaba mucho a convencer a maridos y novios a liarse con otros hombres en presencia o con participación nuestra. Usted podrá pensar que no es así, pero las mujeres lo practican mucho, tal

vez mucho más de lo que sospecha la mayoría, no recuerdo a ninguna que lo hubiera probado y no le hubiera gustado. De modo que, en las juergas de cuatro, hay quienes disimulan; cuando yo los descubría, los desenmascaraba enseguida y les animaba a que se liberaran de todo, a que fueran hombres a secas, folladores como siempre quisimos que fueran. Un follador con limitaciones no puede ser un follador. Que uno no practique ciertas cosas, vale; a un colega puede que le guste tirarse a otro y no querer que se lo tiren a uno, de la misma manera que ese otro puede que sólo quiera dar y no recibir, y decenas de viceversas por el estilo. También puede que no te haga tilín una persona, o un tipo de personas, e incluso que sólo te haga tilín un único tipo de personas, pero eso ya roza la chifladura. Pero que alguien sea absolutamente reacio a todo o a casi todo con el mismo sexo, eso no, eso ya es una limitación grave, en tal caso no hay hombres ni mujeres completos. Cualquier hombre que diga que nunca, en toda su vida, ha sentido ninguna atracción por absolutamente ningún hombre, incluso por un hermoso transexual o un efebo, por ninguno de verdad, o miente o se engaña. Lo mismo ocurre con las mujeres, que lo reconocen con mucha mayor facilidad, tal vez porque no están obligadas a ser machos como los hombres y no andan tan asustadas todo el tiempo. Por eso, y porque las mujeres son especialmente útiles con los hombres vacilantes e inseguros —puesto que sólo los inseguros tienen ese problema—, nunca dejé pasar una simulación en el sexo en grupo. Las simulaciones empiezan ya con el sexo en trío. No importa lo que se diga, si dos hombres están follando al mismo tiempo con la misma mujer, hay en eso algo de mariconería, se miran el uno al otro las pelotas, observan las cosas que hace el otro y de pronto se tumban, se enganchan y, sin decir palabra, acaban bailando la samba el uno con el otro, siempre se dan cosas por el estilo. Lo mismo ocurre con dos mujeres y un hombre, salvo, tal como está establecido en estas cuestiones y siempre he observado, en casos de graves dolencias mentales. Salvo en los casos de dolencias mentales, a todas las mujeres también les gustan las mujeres, en grados distintos o incluso especializados, de la misma manera que a todos los hombres les gustan los hombres, forma parte de nuestra constitución, la de todos nosotros, nadie ha nacido

con un papel sexual rígido, todo el mundo lo es todo en mayor o menor grado, lo demás es temor al ridículo y a absurdos fantasmas, que nunca se sostuvieron en las noches turbias. Ya he asistido a varios episodios y he oído muchas confidencias de hombres que habían odiado recibir, pero alimentaban fantasías endemoniadas en torno a dar por el culo a jovencitos, y muchas veces lo habían hecho ocultándose a sí mismos. Los travestis se tiran habitualmente a hombres serios, los travestis cuentan historias estupendas, en general me caen bien los travestis. Se tiran básicamente a hombres serios. Los hombres los recogen en sus coches y se ponen de bruces para ellos, esta es su gran especialidad, y no, como suele pensarse, la de recibir ellos de los hombres serios. Y todos esos hombres serios no se distinguen de los que no hacen lo que ellos hacen, están en todas partes, son conocidos nuestros, padres, maridos, jefes, comandantes, etc., que se abrasan a escondidas, y luego se jubilan y se mueren de cáncer. ¿Era necesario todo esto, era realmente necesario? No, si admitieran de una vez por todas ciertas verdades obvias. Es un atraso, vivimos según reglas y parámetros para los que no han sido hechos los seres humanos y, claro, algunos se vuelven locos. No sé si ya he dicho que siento piedad por las mujeres que dicen sincera y excluyentemente «yo, sólo con los hombres, hija» y, con frecuencia, son irrecuperables para una visión del mundo y una vida saludables, sobre todo porque se escudan detrás de una muralla de neurosis y creencias. Me dan pena. Para ser sincera, no sólo me dan pena esas mujeres, también los hombres en condiciones análogas, me dan pena todos esos excluyentes de pacotilla. Preferencias, sí; exclusividades, jamás. A las mujeres, en efecto, les gustan las mujeres, y a las que no les gustan tanto al menos les encanta ser vistas en acción por las que las acompañan, de preferencia demostrando que son más apetecibles. Ya he participado en este tipo de cosas, y muchos hombres, como el propio Fernando, me contaron que, a solas con él, muchas mujeres se quedaban allí, más arrugadas que una almohada sin plumas, pero que, cuando yo o cualquier otra andaba por allí, pasaban a ser demonios en la cama, gritaban, gemían, aullaban berreando su nombre, y cosas por el estilo. Así es el célebre ser humano. Pero estas cosas no hacen daño a nadie, es tal vez uno de los grandes

atractivos del sexo en trío, es legítimo, una competencia constructiva. También es cierto que la gran mayoría de las fantasías, como el sexo en grupo, cuando se realizan son una lata, salvo escasas y episódicas excepciones. Cuando las imaginamos o las vemos en fotos, nos producen otra impresión. Ser penetrada mientras se la estás mamando a alguien dotado, entre amigos y amantes, vale. De hecho, lo mejor para esas cosas, vuelvo a lo mismo, son los amigos y los parientes. O, si no, el otro extremo, desconocidos a los que no volverás a ver nunca más. Cuando estás entre amigos, las combinaciones acaban haciéndose más probables, generalmente espontáneas, y salen bien. Incluso los orgasmos sincronizados en trío salen bien muchas veces, pero es difícil encontrar a gente de calidad, y también cuesta dar con la situación propicia. ¡Atraso, mucho atraso, eso es lo hay! Yo tuve suerte, sí, todavía tuve mucha suerte.

Mi beca de estudios fue, durante todo ese tiempo, la mejor beca, con mucho, que podía esperar. Salí formadísima, posgraduadísima. Evidentemente, no en materias que sirven para el currículum, porque sólo iba al *campus* cuando era necesario, pero me saqué el mejor de todos los másters. Básicamente, allá es igual que aquí, aunque allá es todo bastante más elaborado y con una hipocresía intrincadamente coreografiada que, de tan horripilante y bien estructurada, consigue ser hermosa. Allá se compran los *papers*, los trabajos hechos en casa que hay que presentar, hay empresas que lo hacen, es de lo más cómodo, basta con tener algo de dinero para comprarlos, como casi todo lo demás. Lo de follar con los profesores funcionaba de la misma manera que aquí, follé incluso con un mormón, que no fumaba, que por no beber no bebía ni café, no decía groserías, era un santo varón, pero, cuando le agarré la polla por encima del pantalón, lo tiró todo por la borda y me puso nota A durante todo el curso. Y así muchos más, bastaba con trincártelos para aprobar, que busquen en otra parte las diferencias entre la enseñanza en Brasil y en Estados Unidos. Parafraseando a Marilyn Monroe, según leí en alguna revista del corazón, tuve que mamármelo, pero conseguí muchos papeles. No fue tan difícil, y menos con la pinta demoledora que yo tenía, les inspiraba miedo y absoluta fascinación y, mejor aún, yo no tenía competencia digna

de ese nombre, era extranjera, estaba casada, libre de horarios, no pedía dinero a nadie, estupendísima, les hacía cosas con las que nunca habían soñado, era una joya, ninguno se resistió, ninguno en absoluto. Mientras follábamos yo les hablaba en portugués y ellos caían en trance. Con dos de ellos follé en serio, pero a los demás les decía cosas como «¡con el Flamengo^[21] hasta la muerte!», «el suflé ya está listo», «carajo, qué mal follas» y otras burradas que me cruzaban por la cabeza, siempre bajito, no fuera a ser que me entendieran, era en California, y muchos sabían algo de español, como cuando le llamé estúpido al doctor Scott porque me penetró por detrás como un rinoceronte, el muy desgraciado, estaba casado con una mujer terrible a la que nos tiramos Fernando y yo, y era como ponerle cuernos vitalicios, aunque me fuera bien para las notas, *straight A's again*.

Apenas tuve tres problemas, dos pequeños y uno grande, al volver a Bahía. El primer problemita fue mi tío Afonso, era de prever; lloró, me llamó ingrata, perversa, irresponsable y me dijo que tenía mala uva, todo porque no quise que me diera por el culo. Él se había crecido y, en cuanto nos quedamos solos, enseguida venga a magrearme. La verdad es que habíamos quedado citados. Mejor dicho, le había citado yo, sin decirle nada de lo que había decidido y dejando que él se devanara a gusto los sesos. Quedé en la misma sala de la finca donde habíamos trincado la primera vez. Que Dios me perdone, me porté como Hitler cuando obligó a los franceses a firmar la rendición en el mismo vagón de tren en que se había firmado el Tratado de Versalles. Nos encontramos allí, él llegó hecho un encanto, pero me quité de encima sus manos y le dije que ya estaba bien, que las cosas ya no eran como antes. Me preguntó si cumpliría mi promesa, no dije nada, me levanté la falda y, todavía sin decir palabra, le di a entender que sólo entre los muslos. Sé que cuesta creerlo, pero folló sólo entre los muslos, de pie, aprisa porque temía que viniera alguien, sin beso en la boca, sin extras. Por si fuera poco, me reí en sus narices en el momento en que le flaquearon las piernas y tuvo que agarrarse a mis hombros, y añadí —realmente no valgo un centavo, pero menos valía él— que me había bajado las bragas sólo porque no quería que me las pringara con aquello, exigí que me diera su pañuelo para limpiarme, y lo

cogí con la punta de los dedos y poniendo caritas de asco. Y bueno, aquella sería la última vez, que se diera él por muy satisfecho con aquella despedida, él me había tendido una trampa, me había hecho prometer lo que no podía cumplir aprovechándose de mi buena fe y de mi inexperiencia, era un hombre sin escrúpulos y amoral, el último y más perverso de los hombres, que había iniciado en aquellas marranadas a la inocente sobrina. Además, ahora, para todos los efectos, yo era una señora casada, ¿acaso quería que se lo contara todo a Fernando o a alguien de la familia? ¿A tía Regina, tal vez? Si tía Regina estaba de acuerdo con que yo cumpliera la promesa, puede que yo revisara mi actitud. Le devolví el pañuelo, siempre con la punta de los dedos, desviando la cara, y nunca más dejé ni que se acercara.

El segundo problemita fue que tenía que enseñar en la universidad a cambio de la beca y que tenía que cumplir con algunos requisitos de este tipo, aunque el tío Afonso la hubiera sufragado casi entera, Dios lo tenga en su gloria, y es que, pensándolo bien, le hice la vida imposible, no hay derecho. ¿Acaso apareció el Dalai Lama a dar clase? Pues yo tampoco. Hasta intentaron chantajearme para que aceptara aquel empleo esclavizante de mierda, pero yo como si nada, aún hoy debe de haber por ahí algún expediente o juicio contra mí, pero nunca le di la menor importancia. En fin, como ya he dicho, fue una gran beca, a pesar de que odiaba Los Ángeles y California en general, con excepción de San Francisco. Ni Fernando ni yo conseguíamos ya soportar vivir en Bahía después del 64^[22], todo el mundo se largaba, y nos quedamos prácticamente sin ningún amigo, sobre todo los que queríamos convertir a nuestra manera de vivir. A mí siempre me cayeron bien los comunistas e izquierdistas múltiples por una cuestión que consideraba cívica. Los comunistas son malísimos en la cama, peor de lo que lo que cree la gente, tal vez sean los que más gatillazos darían en una encuesta. Lenin nunca me hizo tilín, Fidel Castro, sí. Pero los izquierdosos habían desaparecido después de que se corriera la voz de que Fulano había colocado una bomba en la boca de Zutano, de que Mengano se había ido de guerrillero a Camboya y de que una chica había «cantado» nombrando a todo el mundo y ahora era la fulana de un

comandante torturador, cada día aparecía una historia distinta. Y la gente que se había quedado parecía haber perdido la gracia, era aburrida y atrasada —para quien le da a la coca, todo el que no le da es aburrido y atrasado—, y Fernando tenía que ir a buscarla a Río, y todo era realmente muy, pero que muy aburrido, de modo que decidimos irnos a Río de Janeiro. Aún estuvimos unos tres o cuatro meses en Bahía, pero ya le teníamos tanta manía que nos parecía que allí se concentraban todos los hijos de puta que se aprovechaban de la Redentora^[23] para forrarse de dinero, empezando por aquellos fondos de algo así como de la familia militar, qué sé yo, con los que se pusieron hasta las orejas de pasta y ahora se han esfumado con el dinero de todo el mundo y ya nadie habla de ellos. Una pandilla de crápulas, y no sólo los milicos, sobre todo los descerebrados que donaron hasta sus alianzas, y no dudo de que los más capullos donaran también sus dientes de oro para la campaña «oro por Brasil», oro macabro, que recordaba el que los nazis les quitaron a los judíos, que nunca nadie más ha vuelto a ver y que hasta hoy debe de estar untando a los promotores de la campaña, vaya hijos de la gran puta, por no hablar del festival de delaciones que hubo en la época y de muchas cosas más ante las que la gente actúa ahora como si nunca hubieran ocurrido. Pero yo no, aunque reconozco que, en el fondo, es una actitud un poco tonta.

Decidimos, pues, trasladarnos a Río con grandes expectativas. Yo, que nunca había evitado los hijos con la seriedad apropiada, pero temía caer sin querer, peor aún, sin tener tragaderas para tenerlos, y encima sin poder saber exactamente quién era el padre, fui a no sé cuántos ginecólogos, y todos inventaron un problema distinto en mi sistema reproductor. Era evidente que algún problema tenía, porque obligaron a Fernando a hacerse unas pruebas, y las pruebas siempre demostraron que él tenía suficiente fertilidad como para embarazar a toda China con la leche de una decena de pajas. Fue incluso interesante que le hicieran esas pruebas, porque decidí acompañarle y me encerraba con él en aquellas salitas sórdidas, forradas de calendarios de gasolineras, todas sórdidas, muy sórdidas; les decía, con cara de póquer, que iba a ayudar a recolectar el material. Era estupendo salir de aquellas

salitas y ver la cara del personal, algunos esforzándose por disimular y otros abiertamente escandalizados. Una vez llevamos a una putita, contratada al efecto, diciendo que era la secretaria de Fernando, y el médico, el doctor Clóvis, nunca le olvidaré, bajito y algo seboso, que fumaba un puro todo mordido y babeado, intentó comernos la moral, pero Fernando y yo reaccionamos y entramos los tres en la salita de las pajas, fue fantástico, apuesto a que el doctor Clóvis debió de quedarse traumatizado para el resto de su vida. Mi opinión es que yo era realmente estéril, poco importaba por qué razón, pero, como confío en los médicos lo mismo que en los economistas, decidí ligarme las trompas y librarme de esa preocupación para siempre.

Río de Janeiro, las trompas ligadas, sin problemas, libertad, libertad. Aunque al principio, una mierda, hasta pensamos en ir a vivir a otro lugar, nos dio incluso por viajar, pensamos en París, pensamos en la Provenza, pensamos en una isla del Mediterráneo, pero acabamos quedándonos en Río y todo fue arreglándose poco a poco. No concibo otro lugar para vivir, a pesar de todo lo que hacen para acabar con él, en particular los propios cariocas. Pero sólo es posible vivir, lo que se dice vivir, en Río. Mire usted, me encanta São Paulo, a muchos les extraña, pero es verdad, me encanta. Las paulistas son fogosas, los paulistas son buenos amigos y, cuando follan bien, follan muy bien, basta con educar el paladar. El interior de São Paulo también tiene muchas cosas estupendas, es sorprendente. Pero sólo quiero vivir en Río, ni en sueños me iría de aquí. Y mire que soy bahiana y que, como todos los bahianos, fui criada con prejuicios contra los cariocas. Los bahianos tienen prejuicios contra todo el mundo; diré más, el que quiera creer que entra de verdad en casa de un bahiano, allá él, porque no entra. Te reciben, es cierto, con muchas zalamerías, eres mi hermano, mi amor, te llaman idolatrado mío, rey mío, todo lo que es mío es tuyo, mi mujer es tuya, mi marido es tuyo, mi culo es tuyo, pero el que quiera creer que entra, allá él, porque no entra, sólo alguno que otro, y aun por milagro. Los bahianos creen que los no bahianos son seres incomprensibles, peligrosos y conspiradores. Mire: fuera de su territorio, puede que se odien, pero se pasarán la vida echándose flores. Pregunte a cualquier bahiano qué piensa de otro bahiano al que en realidad considera una mierda, y le dirá que es el no va más. Se quedan atrincherados, pero, si otro bahiano lo necesita, salen de sus madrigueras, son una especie muy peculiar, quien les tema tiene razón. Hasta yo, que tengo esta actitud crítica, soy víctima de eso.

Fui criada para odiar el Bahía y odio el Bahía, pero, cuando juega fuera de su campo, me convierto en un hinch, es ridículo. Pero es así de serio. Por eso, para muchos paulistas, la *Endlösung* consiste en acabar con todos los bahianos. Es una salvajada, pero lo entiendo. Ya pueden desgañitarse, pero no consiguen aceptar la existencia de la bahianidad, debe ser exterminada.

En cierta ocasión, unos bahianos se presentaron en Río. Y algunos de esos sólo vinieron en esa ocasión, no volvimos a verlos nunca más. Parecían misioneros, y hoy comprendo que se trataba de bahianos en acción, creo que es algo inconsciente, que ya les viene programado de nacimiento. Nos abrieron algunas puertas, y poco después ya nos habíamos integrado y pronto fuimos totalmente cariocas —Río adopta a todo el mundo, no hace preguntas, aunque tampoco es que te mime, pero eso es otra cuestión—. Pronto ya tuvimos en Río nieve en cantidad, ya teníamos las conexiones adecuadas, ya no había que subir a los *morros* y lidiar con tipos que nunca habrías podido recibir en tu casa. Miento. Unos cuatro o cinco llegaron a entrar, recuerdo a uno que se dejó caer varias veces por casa, adoraba a Fernando, le parecía un intelectual finísimo y yo también le parecía una intelectual finísima y una gran dama. Era todo un fenómeno, parecía una gigantesca aspiradora de polvo, de esas que ves limpiando las calles de París. Separaba el polvo con el borde de un peinecillo de plástico y se metía rayas del tamaño de un salchichón. Estaba obsesionado por una mujer de su pasado llamada Madalena y a veces escribía su nombre en la nieve, con letras enormes, encima de una funda de disco, y se metía a Madalena entera de una sola esnifada, había que verlo para creerlo. El problema era que, cuando aparecía, tanto Fernando como yo, después de dos esnifadas, nos poníamos tan cachondos que nos entraban ganas de follar y de llamar a gente, pero eso era imposible con él allí, con su bigotito pintado, sus piernas esqueléticas y su barriga mayor que un zepelín, era como un pincho de albóndiga con dos palillos. Cuando yo esnifaba, me ponía a cien incluso ante la foto de una tía estupenda chupándole la polla a un caballo —alguna vez hasta he pensado en follarme a un burro, lo digo en serio—, pero, con él, nunca conseguí ni pensar en tirármelo. Quiero decir, pensar lo

pensé, pero no podía ir más allá, aunque recurriera a mis consabidos argumentos pansexuales. Creo que ya he contado que, cuando niña, durante los veraneos en la isla, vi follar a muchos burros, y sólo alguien de sangre de horchata no se hubiera excitado al ver a un burro, con aquel inmenso vergazo en ristre, montar a una burra, morderle la nuca, él con los ojos cerrados y ella moviendo el morro, dándole cocecitas y babeando, es francamente bonito. Está claro que nunca esperé poder aguantar a un burro entero dentro de mí, pero un poco sí, hice incluso un dibujo de memoria de la silla de montar que había visto con Fernando en un espectáculo porno en un club nocturno de quinta categoría de San Francisco. El número principal, al menos desde mi punto de vista, consistía en una mujer atada debajo de un caballo, y el caballo se la metía. No del todo, es obvio, pero sí un cacho impresionante. Me quedé excitadísima, hasta con ganas de subir al escenario y ponerme en lugar de la mujer. Norma Lúcia me enseñó a hacérmelo con caballos, era buenísimo tumbarte en un descampado al lado de un caballo manso, poner la mente en blanco y acariciarle los cojones mientras le hacías una paja. Era, no: es. Es buenísimo, y te carga enseguida el cuerpo de hormonas de lo más salidas. Pero dejémonos de burros y caballos, de hecho nunca conseguí llevar a la práctica mis pocas fantasías de bestialismo, el bestialismo no es lo mío, nací mal dotada para eso y no me dediqué al asunto. Lo que nunca me atrajo son los perros, que es lo más corriente. Debe de ser alguna limitación mía. El otro día, en una de esas tertulias cachondas que hay en Internet y que yo frecuento, un joven buscaba un perro grande y manso que pudiera darle por el culo. Permitía que los dueños asistieran e incluso sacaran fotos. Y decía que nada mejor que un perro para darte por el culo. La polla de un perro parece fina, dijo el joven, pero aumenta mucho de volumen cuando penetra y tiene en medio un nudo magnífico. Además, los perros prolongan la penetración hasta media hora, eyaculando en abundancia a intervalos. El joven ya está pensando en poner a varios perros en fila. Cuando vi el anuncio, me entraron ganas de tener un perro para asistir a eso. Pero no lo hice, y puede incluso que el anuncio sea mentira, aunque a mí parece que va en serio; nosotros, el hombre, hacemos de todo. Pero, aun así, nunca

conseguí ni siquiera pensar seriamente en hacer algo sexual con el tipo que separaba la nieve con su peinecito, lamento de verdad decir que no se daba ni la más remota probabilidad. Por cierto, uno de los problemas de la coca es que la gente se lía y finge sentir amistad por un montón de otra gente que ni miraría si no fuera porque te ofrece droga o la comparte contigo. Así es como fuimos gradualmente desvinculándonos de este tipo de gente y nos quedamos sólo con nuestros abastecedores de primera clase, por decirlo así, y terminamos por entrar en un régimen de locura total, del que no me arrepiento lo más mínimo —sólo me gustaría darle algunos retoques—, sólo me arrepiento de lo que no hice, como suele decirse, y es cierto, uno sólo se arrepiente de lo que no ha hecho. De modo que nos tiramos de cabeza a la nieve y a la juerga.

De repente nos vimos metidos en una vorágine alucinante, que ni sé reconstruir muy bien, ni quiero, ni voy a intentarlo. Lo único que sé es lo siguiente: fue algo parecido al desvarío, un desvarío en serio, hubo muy poca cosa que yo no experimentara en el terreno que arbitrariamente definí como normal para mí. He renunciado a querer justificar mis elecciones, me dediqué a los aspectos en los que notaba una chispa inicial, a fin de cuentas la vida es corta. Necrofilia, coprofilia, y muchas otras filias más, no, definitivamente no. Vale para aquellos a quienes les gustan estas cosas, ¡fuera represiones!, salvo las que van contra la mutilación y la muerte. Pero yo, no. Quitando esto, tocamos fondo. Con todo, la coca tiene aquel defecto al que ya me he referido: enciende la cabeza, pero apaga los órganos genitales. El propio Fernando, que yo sepa, nunca pudo follar encocado. Las mujeres no hemos de enfrentarnos a ese problema de tener que ponernos físicamente tiesas, pero, aun así, perjudica, al menos en mi caso y en el de muchas de mis amigas. Pero eso no nos impedía, menos de un minuto después de la primera raya, obsesionarnos tanto por el sexo que sólo hablábamos de marranadas hasta el amanecer.

Y las practicábamos. Es hasta tedioso recordar ciertas cosas. Tampoco quiero insistir en lo que todo el mundo ya sabe. Pero, por otro lado, necesito insistir. Henry James —hubo un tiempo en que me gustó mucho Henry James, hoy ya no me gusta tanto, pero siento una imprecisa añoranza de esas largas tardes medio

nubladas, entre árboles tristes, no sé muy bien por qué, o tal vez sí lo sepa, pero me da pereza contarle, por culpa de *Washington Square*, me pongo siempre triste cuando paso por allí en invierno—, Henry James escribió no sé dónde que leer novelas es como mirar por el ojo de la cerradura. Claro, mi vida no ha sido corriente, pero básicamente soy igual a cualquiera, ni peor ni mejor. Siempre tuve mi dinerito y fui inteligente, lo cual facilita sin duda las cosas. Pero soy igual a cualquiera. La gente lee novelas, biografías, confesiones y memorias porque quiere saber si los demás son como ella. No sólo por eso, pero sí en gran parte. La gente quiere saber si aquello que le avergüenza también avergüenza a otros, en el fondo quiere mirar por el ojo de la cerradura y, cuanto más mira, más necesita mirar, nunca tendrá bastante. Sienta bien, es reconfortante. Porque estoy convencida de que la mayoría de las mujeres y de los hombres es como yo, pero cree que no, cada uno cree que es único en sus chifladuras. No lo es, no, somos todos iguales. Mucha gente sin duda leerá esto y no estará de acuerdo, pero una vez más me da pereza argumentarlo. Deje, pues, este texto, no pierda el tiempo. ¿Todavía no lo ha dejado? Por supuesto que no lo ha dejado, ya que ha llegado hasta aquí. No es como para dejarlo. Mi primera intención es la del ojo de la cerradura. La segunda es la de poner cachondo, quiero que quien me lea se ponga cachondo, o como mínimo que se masturbe. Si alguien leyera esto en un avión, y por eso se liara con el compañero de al lado, yo habría logrado algo, sería un *accomplishment*. Pienso sobre todo en las mujeres, me gustaría que las mujeres, al tiempo que se volvieran más osadas, se volvieran también más abiertas, más comprensivas, dejaran de ser tan mujeres, por decirlo de alguna manera. Me gustaría un mundo de juergas sin problemas, es muy difícil, pero no imposible en ciertos casos. Quiero que las mujeres se exciten, se identifiquen conmigo, que quieran follar conmigo y follarle a todo aquel al que nunca se permitieron saber que querían follarle, quiero crear un clima de lujuria y voracidad. De noche, a solas, ocurre. A veces, por culpa de una copa, un porro, una música, una foto, cualquier cosa que altere o provoque la conciencia. A veces, aparentemente por nada. Pero todas las mujeres —también todos los hombres, pero ahora estoy hablando de las mujeres— ya han experimentado y

experimentan un momento en que son puro sexo por todos los costados y se temen a sí mismas y se descontrolan y lo comprenden todo sobre el sexo y lo quieren todo, es una sensación avasalladora de absoluta sexualidad, un momento en que follar lo ocupa todo, y ella se siente hembra, devastadora, puta, lo haría todo, todo, quiere follar, quiere hacerlo todo. En esos momentos, todas las mujeres que no ofrecen su culo a nadie también sienten ganas de que les den por el culo, todas las mujeres que nunca dejaron que nadie se les corriera en la boca sienten ganas de mamar una polla y de que se les corran con fuerza en la boca, todas las mujeres limitadas en estas cosas se saltan los límites a la torera y fingen no tener problemas. Todas iguales. A esas quiero excitar, quiero provocarlas, a cuantas más mejor, para que follen, quiero que maridos, novios y padres asustados les prohíban leerlo, quiero que haya gente que se avergüence de leerlo en público, incluso en la librería, ah, qué bueno sería poder seguir de cerca todo esto. No hago nada del otro mundo, excepto contar la verdad. Bien mirado, en el fondo es increíble que contar la verdad sea escandaloso, casi subversivo, es un atraso, un gran atraso. Si todo el mundo contara cosas, este testimonio no sería sino uno más entre millones. Pero, como la gente no cuenta nada, lo cuento yo, aún me queda mucho por contar, nunca conseguiré contarlo todo. Y, por fin, la tercera intención es más bien un deseo. Es el deseo de estar con las mujeres que hayan leído este texto, el deseo de verles las caras y oír sus comentarios ante el mundo exterior y ante los maridos que se creen muy liberales, pero que se despeñarían Everest abajo si supieran tan sólo la décima parte de lo que ellas llevan en la cabeza. Me parece verlo: Sí, me gustó, pero, claro, no estoy muy de acuerdo con muchas cosas, ella es demasiado radical para mí, no llego a este punto, ni en teoría, cuando menos en la práctica. Vaya canallas. Claro que llegan, si es que no han llegado ya. Pero tienen que defenderse, es natural. Lo mismo ocurre en una comunidad llena de maricones en la que ningún hombre folla con maricones. ¿Alguien puede creérselo? Claro que no. Es lo mismo, *modus in rebus*. ¿Seré yo la única? Por el contrario, yo soy más bien la regla, la norma, aunque pocas hayan tenido las oportunidades que he tenido yo y, por eso, no llegaron tan lejos. ¿Y con quién he hecho yo todo lo que

he hecho? ¿Acaso con algún marciano? ¿Quién, pues, está haciéndolo todo ahora? Sí, quiero meterme también con esas mujeres, quiero meterme con todo el mundo.

Es muy difícil hacer un resumen de aquella época dorada de la coca, pero fue una gran lección de vida. Me enseñó muchas cosas, de las que ahora diré la primera, pero no por orden de importancia. Me enseñó que es muy difícil encontrar a alguien que no tenga alguna gran obsesión sexual, o muchas, generalmente reprimidas bajo formas de lo más inesperadas. ¿Qué más? Es muy difícil encontrar a alguien a quien no se pueda seducir. Si uno está dispuesto a pagar el precio, que puede ser incluso el de toda una existencia, es posible seducir a todas y cada una de las personas. ¿Qué más? Todos los hombres son maricones en mayor o menor grado y todas las mujeres son lesbianas en mayor o menor grado. Nadie es algo de manera absoluta, no hay que darle más vueltas. Son *case histories* una detrás de otra, debo de tener coleccionadas más que nadie en el mundo sólo contando con el periodo con Fernando y Antônia.

Primer caso que me viene a la mente: el de Marina, la oficial de a bordo. Prefiero decir «azafata» o «aeromoza», pero al parecer ahora ellas se ofenden cuando se las llama azafatas o aeromozas, debe de ser porque se vuelven cada día más aeroviejas. Hoy todo ofende y, como nos pasamos la vida imitando a los americanos, también nos volvemos políticamente correctos, y sé de algún capullo que anda por ahí pidiendo una ley que prohíba los chistes que puedan ofender a cualquier grupo de personas, cualquiera que sea. Me lo imagino creando un grupo antichistes —la Iglesia Universal de la Asamblea de Hombres Serios—, un grupo registrado legalmente que prohibiera que se contaran chistes que pudieran ofenderlo. Los chistes se volverían clandestinos, habría contrabandistas de chistes, vendedores de chistes, abastecedores de chistes sobre árabes y judíos, y presos sin fianza por el delito de contar chistes. ¡La puta que lo parió!, no se me ocurre otra cosa para tal atraso, un gran atraso. Conocimos a la azafata en un chiringuito de la playa, mientras ella estaba de vacaciones en una pensión de Porto Seguro, que no estaba de moda, como ahora. Se tomó unas *caipirinhas* y acabó confesando que le iba quedando poca

pasta, y entonces Fernando y yo, pensando ya en sacar tajada, porque era un deslumbramiento, con los ojos verdes, pechos y muslos ajustados, una voz grave enloquecedora, en fin, estupenda, estupenda, una auténtica estatua griega en bikini, la invitamos a casa, comida, ropa lavada y ayuda en lo que necesitara, en la pequeña finca que habíamos alquilado para la temporada. Al principio fingió negarse, pero después aceptó. También fingió que no le gustaba darle a la coca, pero después plantó la tienda, como decía ese amigo mío que esnifaba a su Madalena. La primera noche que esnifamos juntos, ella llevaba un short diminuto un poco holgado y una blusa por encima de aquellos inenarrables pechos, con los pezones que parecían dos telescopitos empujados hacia el cielo, me quedé tarumba y me puse a cien, me pasé todo el tiempo tocándola mientras hablábamos y, cuando finalmente decidimos irnos a dormir, entré en su cuarto, me acosté a su lado y me arrimé a su culo, y entonces me salió con lo de siempre, con que lo suyo eran los hombres. Pero lo dijo con una sonrisa medio sinvergüenza que ni de lejos me convenció. Por cierto, las mujeres que se pasan la vida repitiendo que lo suyo son los hombres, lo suyo son los hombres, están en el caso análogo al del que denunciaba mi abuela —el de las mujeres que no se refieren al marido por su nombre pero se pasan la vida hablando de «mi marido» esto, «mi marido» lo otro; en el primer caso, lo deduzco yo, quieren decir lo mío no son sólo los hombres y, en el segundo, lo dedujo mi abuela, el marido era un cornudo—. Le di todavía un poco de conversación y luego le toqueteé los pechos, ella me apartó las manos, pero de aquella manera, como quien no quiere realmente apartártelas. Le pregunté si, así las cosas, ella no estaba más bien interesada en Fernando, pero ella me dijo que no, esta vez con firmeza, firmeza que tal vez no habría querido manifestar, pero yo lo noté enseguida. Bueno, vale, vete a dormir, que duermas bien. Y, por una simple cuestión de estrategia —sutilezas para las que una tiene un talento natural y que la vida ha perfeccionado—, la dejé sola en la habitación y me fui a seguir hablando de marranadas con Fernando hasta que empezó a amanecer. No me gusta ver amanecer del todo, debe de ser alguna basura católica que todavía arrastro, me crea desazón, culpa. Me cansé de luchar contra eso hace ya mucho tiempo,

siempre me voy a la cama antes de que amanezca, es más cómodo que dedicarse toda la vida a intentar vencer una neurosis de mierda. Como de costumbre, no me dormí enseguida, a pesar de las pastillas, y me quedé pensando en ella. Estaba segura de que ella quería que insistiera, pero no insistí; puede que fuera una tontería, pero tampoco tanto. De hecho, no tengo un pelo de tonta. Y así fue esa noche y la siguiente, hasta que, a la tercera noche, después de que ella alegara sueño y cansancio y se fuera otra vez solita a la cama, pasé adrede por delante de la puerta de su habitación, que estaba casi del todo abierta y, dentro, la luz de la lámpara encendida. Ella ya no llevaba el short diminuto ni la blusa, no llevaba nada, estaba completamente desnuda, tumbada de bruces, con las piernas en ángulo, posición clásica, con aquel culo inefable, aquella piel cubierta de una pelusa dorada, y yo, claro, no dudé. No cabía la menor duda de que ella estaba esperándome para follar, por mucho que dijera lo contrario. No iba a dejar pasar semejante oportunidad llevada por una prudencia majadera, basta con las que me arrepiento de no haber cogido al vuelo, hoy veo qué memas eran las barreras, e incluso qué ficticias. Ni me paré a pensarlo. Yo también me desnudé en el vano de la puerta, dejando caer mi ropa en la entrada, y me insinué por su espalda; ella actuó como si acabara de despertarse en aquel mismo instante, una pésima actriz. Una vez encima de su espalda, encajada en una de sus nalgas, empecé a magrearla pidiéndole que volviese la cara para que la besara en la boca, y la volvió. ¡Dios mío, una química jamás vista bajó de pronto sobre Porto Seguro! Todo funcionó como si las dos hubiéramos nacido haciendo aquello, hasta sus gemiditos se adaptaron al ritmo de mis gemidazos, nada salió mal, no se frustró ningún movimiento, ay, qué bueno fue aquello, esta vida es muy injusta cuando nos trae esos recuerdos. Pienso en ella tal como era entonces, no como debe de ser hoy, me masturbo evocando aquellos días con ella. Sin momentos no habría ni anticipación ni recuerdo, pero ¡cuánto mejores son estos dos que el momento en sí! Después de haber gozado casi instantáneamente, yo en su culo y ella con mis dedos, vi lo que mi mano había adivinado ya: una mata de pelo que sólo puede decirse que era suntuosa, la visión más hospitalaria que jamás haya visto, me encantan las mujeres muy peluditas, no soy

partidaria de los recortes ni de la poda, tan comunes en el Nordeste. En Estados Unidos también, es curioso. Tampoco me gustan esos pelos que parecen una cresta, podados justo hasta el borde de los labios, como si fuera la cabeza de un indio semínola o el plumero del casco de un centurión romano de cine. Bueno, vale para llevar bikini, pero tanta precisión no es necesaria, podría ser algo menos definido, más *dégradé*, menos brutal. O, si no, que asomen los pelitos por los lados del bikini, e incluso por arriba, es mucho más sofisticado, aunque requiere cierta clase. Ella era perfecta en este sentido, con su monte de Venus amplio y generoso y aquellos pelos lanudos y suaves. Me refocilé con la cara en esa alfombra, que hasta ahora siento en mi rostro, y vivimos horas de abrazos, magreos y goce, uno tras otro, como sólo saben hacer las mujeres de verdad. Por otra parte, era tal nuestro delirio que Fernando, que miraba en solitario revistas porno cavilando si se tiraría a Fulana o a Mengano, harto ya, apareció por la habitación y también se desnudó y, a pesar de que la tenía blanda, no se avergonzó. Nos convertimos en un ovillo y, al fin, Fernando se fue calentando y se quedó de un tieso inaudito, nos folló a las dos y gozó en la boca de ella. Esto siguió así hasta el final de las vacaciones y, entonces, ella nos dijo misteriosamente que estaba casada y que, por más que la buscáramos, nunca más volvería a vernos, pero yo siempre la recordaré como a la mujer que más me hubiera gustado haber tenido siempre a mano para follar.

¡Cómo chupaba la tía! Las mujeres siempre comen mejor el chocho que los hombres, que generalmente creen que la lengua es una especie de pene desaforado y que pueden mamar un clítoris, ignorando que tienen dientes llenos de aristas, como quien sorbe rabiosamente un refresco con una caña. Ella, en cambio, me lo comía con clase y un toque, no sé cómo explicarlo, un toque de devoción. Respiraba hondo, se deslizaba entre mis muslos, me agarraba delicadamente por el culo, respiraba hondo otra vez, me cubría de besos los labios del coño, yo cerraba los ojos y subía al séptimo cielo, ¡al cielo! Nunca olvidaré el día en que empezó a chuparme en el sofá, y en aquel momento preferí la cama, y, no sé cómo, consiguió seguirme hasta la cama sin despegar la boca, con los ojos cerrados, y yo gocé torrencialmente enseguida allí mismo.

No sé si puedo decirlo, porque no veo motivos para rechazar mi etiqueta de libertina y gozadora, pero si alguna vez me he encoñado en serio con alguien, ha sido con ella. Una vez que Fernando había salido de casa para follar con una carioca muy pija que había aparecido con un marido altamente gilipollas, estábamos solas las dos, yo tumbada en una alfombra, y ella con el albornoz de Fernando y nada debajo; de pronto hizo un ademán como si fuera a pasar por encima de mi cabeza, pero se detuvo justo encima de mi cara, con las piernas ligeramente abiertas y, en la penumbra, ante mis ojos, allí estaba aquel estuche irresistible. Le puse las manos en las caderas, y ella, como si ya lo hubiéramos pactado antes, se sentó en mi cara, ¡qué insustituible e incomparable sensación! ¡Qué aterciopelada, qué acogedora era, con aquellos olores tan acertados! ¡Qué sumisa!, y de la manera más encantadora, dispuesta a hacer todo lo que yo quisiera, del modo en que yo quisiera, en el momento que yo quisiera, todo con una naturalidad que parecía que la vida había sido siempre así, desde que el mundo era mundo. No sé, de verdad no sé cómo describir lo que había entre ella y yo, incluso el gesto con que se liberó del albornoz en aquel instante inimitable. Me llamó amor mío, amor mío, soy tuya, eres mi ama, mi ídola, mi todo, mi vida, y ay cómo la lamí, cómo la mojé entera, hasta que ella, diciendo las cosas más sublimes que pueda oírse, gozó aullando como una loba divina, y volvió a gozar, lanzó un suspiro con unos ojazos que daban ganas de zambullirse en ellos y me rogó que siguiéramos entrelazadas, magreándonos hasta morir, y por supuesto morimos un poco. Y seguimos magreándonos y le pedí que me diera entera su lengua y me la metiera en la boca y que, mientras lo hacía, girara el culo para que pudiera acariciarlo, entonces se puso a chuparme otra vez, y yo, ya sin aliento y sin voluntad para ser cualquier cosa en este mundo, quise diluirme en medio del universo, fundidas las dos, intercambiándonos los cuerpos. Al contar esto, me excito un poco —un poco, no mucho— y me arrepiento de no haberla perseguido toda la vida. Es evidente que lo suyo no eran los hombres, era yo. Puede que no fuera sólo yo, pero yo formaba parte importante de lo suyo. Otros habrá habido y hay, pero no pueden haber sido mejores que yo con ella en la cama.

Fernando, naturalmente, terminó por integrarse. Ella tenía talento y por supuesto también le gustaban los hombres, como siempre ocurre con las personas con talento y llenas de vida. ¿Sabe usted qué es para mí la vida? Es interesante, acabo de hacer una especie de reducción epistemológica, no diré nada nuevo, pero puedo asegurar que llegué a esa reducción después de seguir un camino que conduce al convencimiento de que se trata de una verdad transparente, un camino que no puedo compartir pero que cualquiera, si quisiera, también podría seguir. La reducción es la siguiente: ¿sabe usted qué es la vida? Es follar. La vida es follar. Tome nota: partiendo de mí, se trata, como ya he sugerido, de una afirmación refinadísima, que no tiene nada que ver con otros enunciados idénticos pero simplemente groseros o instintivos. Mi enunciado es fruto de muchas vivencias y del procesamiento de esas vivencias. La vida es, en última instancia, follar. Es una lástima que la mayoría nunca llegue ni de lejos a la plenitud que brinda esta constatación, una verdadera gran lástima. Ella también lo había entendido y conmigo abrió el resto del horizonte que necesitaba alcanzar. Fernando se entrometió y nos amoldamos muy bien los tres. Nos gustaba salir a pasear por la noche y hacer marranadas en la calle, sabiendo que nos espiaban. Tomábamos copas al aire libre en una placita y después nos levantábamos e íbamos a liarnos los tres en algún rincón oscuro. Volvíamos con la cara más inocente del mundo, sabiendo que todo el mundo lo sabía y que algunos habían estado espiando e incluso que alguien se había hecho una paja viendo cómo nos besábamos, nos chupábamos y hacíamos otras cosas altamente recomendables al aire libre. Además, ella inventó una norma doméstica que a Fernando le encantó. Se ponía con una increíble carita de puta inocente y le decía que quería irse con él,

gimiendo entre sofocos casi lacrimosos y explicándole que ella sentía la necesidad de que él la cubriera, la protegiera, la penetrara hasta el fondo y se corriera a chorros en ella, por favor, por favor. Una diabla. Cuando Fernando acababa, se lo agradecía, había que verla. Y le hizo a Fernando aún más feliz, porque se folló a la pareja que cuidaba de la finca y le abrió el camino a Fernando, que andaba loco por los dos, una pareja de mulatos realmente muy guapa, la mezcla perfecta. Fernando enloqueció con la polla del joven, que de hecho era excepcional, más larga que gruesa, y muy tiesa, tan lustrosa que parecía barnizada. Y también con su culo, que a mí me parecía aún más bonito y con el que disfruté alguna vez. Fernando se ponía indomable, ya no sabía si se la chupaba él, si se lo follaba o si el mulato le daba a él por el culo, empezaba una cosa, enlazaba con otra, era un frenesí. Debería contarle con toda suerte de detalles sólo por el placer de excitar a la gente e inducirlo a que se lance de una vez, es un agradable ejercicio de poder y ha sido mi propósito desde que he empezado esto. Sí, no pasaba un día sin que hiciéramos muchas, muchas marranadas, todo tipo de cosas, tanto con el joven como con su mujer, él se la chupaba a Fernando para después darle por el culo con aquel palo alargado que entraba hasta la raíz, y Fernando llegó a sentársele encima, tantas y tantas cosas... Pero no lo contaré, debo reconocer que tengo prisa. He de darme prisa si quiero estar segura de que por lo menos lo que considero más interesante no quede fuera de este testimonio. Esta enfermedad... Hablaré de esta enfermedad, no es cáncer, como debe de estar pensando usted, no soy de las que tienen cáncer, mis células tienen pocos motivos para rebelarse, sobre todo en comparación con la mayoría de la gente. El cáncer es la enfermedad de los reprimidos, de la libido prisionera, de la extrema falsedad para con la propia naturaleza. Entonces es cuando las células traicionadas y frustradas se rebelan, mandan por todo el cuerpo emisarios subversivos que suelen vencer y destruir el organismo. A mí no me pasa eso y, en cierto modo, la mía es una condición mucho más interesante que el cáncer, al menos en un aspecto. Algo más acorde conmigo, más de bombo y platillo. Pero hablaré de eso más adelante y contaré en detalle algunas historias más, quizá la enfermedad no me deje mucho tiempo y hay cosas que considero

básicas y que todavía no he contado. Ya he dado una idea de cómo nuestros días en Porto Seguro no tienen comparación, siempre será poco lo que pueda imaginarse.

No. Miento. Miento. Por cierto, uno siempre miente, aun cuando no tenga la menor intención de mentir. Se miente, se miente todo el tiempo y, perdóneme que haga filosofía barata, pero la vida es una mentira impenitente, reincidente y resistente, y en realidad el único problema filosófico es el suicidio. Hoy me siento pedante, pero no miento sobre este asunto, al contrario que casi todo el mundo. *The world is but a stage*, ¿no viene así en el *Hamlet*? *The world is but a stage*, y yo, que no me considero mejor que otro —mentira, mentira, me considero mejor, claro que me considero mejor, seamos demócratas pero no vayamos a pensar que todo el mundo está igualmente dotado, porque no es cierto—, desempeño mi papel con el mínimo absoluto de mariconería psicoanalítica, y también porque Freud me parece, además de un hombre con mal carácter, el genio más desperdiciado de la Historia después de Platón, ese hijo de la gran puta, responsable del fascismo tecnócrata de *La República*, el muy cabrón, debería ser castigado haciendo que se reencarnara a perpetuidad en ministro de Administración de Brasil. Qué cabrón, no puedo leer *La República* sin tener ganas de ir y sacudir a Sócrates, ese maricón seboso —eso es lo que era, un maricón seboso y burro—, que no se tiró a Alcibíades, ¡vaya tío, mira que no tirarse a Alcibíades!, ¿quién se creía que era para no tirarse a Alcibíades, cuando cualquiera de nosotros lo habría hecho muy a gusto? Y qué pelmazo innombrable, hay que ver lo que en *El banquete* llegó a tocarle los cojones al pobre esclavo aquel, me pone nerviosa sólo de pensar en convivir con él, Bernard Shaw tenía razón: lo mataron porque nadie podía soportar su presencia encorvadita, inquisidora, petulante e impertinente, debía de tener mal aliento, hay que desagraviar a Alcibíades, y viva Jantipa, una gran mártir, Jantipa. En cuanto a Freud, dejó una desarraigada descendencia de nebulosos y nerviosos charlatanes que practican ritos oscuros y consagran su vida a la infeliz palabrería. En realidad nunca experimentaron nada y nunca produjeron nada de provecho, salvo tal vez dos películas de Woody Allen, serán para siempre jamás simples cartomantes, videntes y consejeros sentimentales. El oído de

alquiler siempre tuvo buena acogida, la Iglesia tiene inventos geniales, reconozcámoslo, la confesión auricular es uno de ellos. Freud no consiguió sustituir esto, nunca será suficiente y, además, no se puede perdonar al progenitor del mayor cúmulo de sandeces laberínticas jamás proyectado sobre la Humanidad y también de esa pandilla de parásitos franceses que no entienden lo que ellos mismos escriben y de alemanes que creen que, por el hecho de tener palabras que designan condiciones, acciones y situaciones que otros no tienen, entienden más de esas cosas; es un perfecto *non sequitur*, es confundir el culo con las témporas, los alemanes sólo entienden de alemanes, *Weltschmerz* es la puta que parió Goethe, por quien, por cierto, siento simpatía, era un gran follador y murió hecho un viejo verde, como deberían ser todos los viejos, en vez de apoquinar sin decir ni mu con el papel que les asignan los más jóvenes, no contentos con ser más jóvenes. No, una conferencia, no, qué manía, es incontrolable. Si fuera profesora, me lincharían mis alumnos. Es evidente que no retiro nada de lo que acabo de decir, pero es que mi objetivo, después de pensarlo mucho, era el de dar un testimonio pornográfico y provocar y chingar y dar valor y seguridad a los hombres y a las mujeres que están metidos en sus conchas de caracol. Por lo tanto, no tengo por qué seguir hablando de esto, quiero demostrar y argumentar, pero todo en un contexto pornográfico, quiero dictar por-no-gra-fí-a, me gusta mucho, cuando lo consigo.

Miento, decía yo. Miento con respecto a Marina, mi azafata, a la que presento como al mejor ligue de mi vida después de Rodolfo, pero no fue así en absoluto, un ligue así no existe. No existe una jodienda, existen sólo jodiendas. Miento, la gente miente, yo miento, tú mientes, él miente, nosotros mentimos, vosotros mentís, ellos mienten. Siempre tuve problemas con la mentira, y aun así soy mentirosa, sin escapatoria, *all the world*, etc. ¿Cuántas mentiras — aunque por suerte la mayoría de ellas no sean significativas— no habré contado ya aquí y seguiré contando? Iros a la mierda todos vosotros, los mentirosos, más que mentirosos, aplastante mayoría de hipócritas y santurrones. Viva nosotros, los mentirosos a la fuerza y a conciencia. Cristo no supo decir cuál era la verdad ante el Imperio romano porque Él mismo se vio obligado a mentir desde que

aprendió a hablar. Es impensable que no mintiera, a no ser que hubiera vivido aislado y sin hablar desde la cuna. De lo contrario, no habría llegado a la edad de la razón, y menos aún a los treinta y tres que dicen que vivió queriendo enseñarnos una manera de ser imposible de asumir. ¡Al que tiene se le dará; al que no tiene se le quitará! ¡Expulsad a palos a los mercaderes del templo, ofreced a la bofetada la otra mejilla! Creced y multiplicaos, dijo Yavé, pero sin follar. Todo el mundo conoce a gente que se castró y a muchos otros que se pasaron la vida como si sus órganos sexuales hubieran sido creados sólo para conducirlos a la tentación y al infierno. De modo que todo es una permanente contradicción, y todos se ven obligados a mentir, hasta el punto de que, en el diálogo general, todo el mundo sabe qué es una mentira, pero le cuesta definirla con precisión, es difícil, si no imposible.

Por lo tanto, es mentira que los tiempos de Porto Seguro no tuvieran rival. Y tampoco la vida es un campeonato de fútbol en el que la gente intenta seguir al mejor, cada instante es uno y comparar es imposible. En realidad, mi vida tiene apenas un denominador común, que es el de haberla dedicado básicamente a la saludable satisfacción de mi lujuria. Me siento orgullosa, muy orgullosa de eso, como creo haber insinuado ya. Cualquier cosa a escala grandiosa cobra grandiosidad. Creo firmemente que es mi caso, no consigo verlo de otra manera sino con orgullo. Le estoy muy agradecida a Dios por haberme dado la fuerza, la determinación, la inteligencia y el valor para llevar adelante el don que recibí al nacer, lo digo con devoción, los burros no se lo creen, pero los inteligentes lo ven enseguida. Nací con un don que Dios me dio y honré ese don, contrariamente a muchos otros, tal vez a casi todos. Él hizo su papel, y yo el mío, como ordena el Libro. De modo que tengo este denominador común, que es muy fuerte, muy singular, incluso porque, si la mayoría de las personas fuera realmente como yo, la inmensa mayoría de esta mayoría nunca habría hecho ni la milésima parte de lo que hice yo. No, no hay que comparar nada, cada tiempo tiene su individualidad. Como este en el que vivo. Tal vez, hace muchos años, si hubiera podido preverlo, habría pensado que sería el mejor de mi vida. Tal vez pueda ahora mismo decirlo, de hecho he encontrado una solución inmejorable

para los problemas que una persona sola, a mi edad, acostumbra a tener. De modo que, en la medida en que eso pueda decirse, soy feliz. Pero no olvido que el dinero ayuda mucho, en realidad es indispensable como soporte y herramienta, aunque lo más importante es la imaginación. Acomodémonos a los tiempos y empleemos sus palabras. Digamos creatividad, es una palabra horrenda —¿por qué no hemos podido conservar «invención», con sus hermosas connotaciones, e «ingenio»?; ¡cuántas palabras estupendas van enmoheciendo por estupidez y colonización!; pero ¿de qué sirve protestar?—. De modo que digamos: la creatividad y la pasta, en confortable cantidad, hacen la vida mucho más llevadera. En mi caso, la una sin la otra no hubiera funcionado, y me siento satisfecha.

Mi solución también dependió un poco de la suerte, aunque, si no se hubiera presentado, la hubiera encontrado por el camino. Véalo así: una mujer como yo, bien situada en la vida, viviendo bien, vistiendo bien, todo muy bien, hecha una vieja resultona, apetecible y cachonda, sin ganas ya de tener amantes fijos, que hinchán las pelotas —es muy difícil encontrar a uno que no acabe hinchándolas—, y viviendo en una gran ciudad como Río de Janeiro, ¿qué ha de hacer si tiene ganas de un polvete expeditivo? Pues leer el periódico, encontrar cualquier anuncio, llamar por teléfono, pedir un chico, una chica, un chico y una chica, la combinación que se quiera, todo bien especificado, y pagar incluso con tarjeta de crédito. Fácil, ¿no? Pues se equivoca. Todos los días vienen en el mismo periódico historias sobre algún viejo maricón solitario, asaltado por un tipo de esos que salen en los anuncios, o alguien equivalente. De eso ¡nada!, en realidad el viejo maricón y yo estamos en la misma situación básica. Se produce entonces una gran paranoia, como creo que ya he recordado. De modo que, buscando una solución a eso, de golpe di con ella. Como la manzana de Newton, *serendipity*. Me había invitado para salir una pareja amiga mía, también bahiana, y que vivía aquí creo que incluso antes que yo, pero a mí no me apetecía ir, son un poco pesaditos. De esas personas a las que quieres genuinamente, pero cuya convivencia resulta soporífera, todo el mundo conoce a gente así, el típico pesado que está siempre pendiente de ti, todo el

mundo tiene al menos a un pesado que está pendiente de él, al que no puedes evitar porque es buena persona y está pendiente de ti, lo hace todo por ti. Pero es un pesado y a veces cuesta soportarlo. Como iba diciendo, decidí no ir, pero ese mismo día me sobrevino un ataque de ganas de follar, y yo, sola en casa, repentinamente desprevénida y pensando en marranadas con tanta intensidad que iba a acabar haciendo alguna tontería, como salir a buscar a alguien en el súper, o algo así, me conozco, ya lo he hecho alguna vez, el caso es que en realidad tengo mucha suerte, mi ángel de la guarda es estupendo, como suele decirse. Así que, casi a última hora, les llamé y fui con ellos al Canecão^[24] y allí encontré a otra pareja, esta sí, joven. Un sobrino de ellos y su chica, una niña muy simpática y muy mona, con unas piernas y un culo provocadores y unos pechitos apañaditos, que ella dejaba entrever de vez en cuando, con mucho encanto. Yo estaba como si me hubiera metido una raya de puro ligón, y la muy sinvergüenza arrimó su rodilla a la mía por debajo de la mesa en cuanto se apagaron las luces y nos pusimos a trajinar todo el rato. Yo ya no podía controlarme, de lo que tenía ganas era de sacarla de allí y llevármela a casa y follármela entera minuciosamente, pero tuve que contenerme y, por las dudas, estuve sondeando al chico, a lo mejor había que liarlo a él también. Cuando me fijé en él, me di cuenta de que no era feo, tenía una buena cara y tal vez se inhibiera ante una mujer infinitamente más preparada que él y que seguro debía de ponerle rutinariamente cuernos. No, no era feo, era incluso guapo, y Algo me dijo de repente que allí había oro. *Thars gold in them thar hills!* Es curiosísimo, pero es como el momento en que te duermes, del que no puedes acordarte. Estás en la cama y te entra el sueño, no te das cuenta del paso por la frontera, eso es lo me pasó con aquel chico. De pronto me sobrecogió la chispa de los genios, de modo que cambié de marcha como un piloto de Fórmula-1 y le puse la mano en la polla. Sí, se la puse, así, sin pensar, que fuera lo que Dios quisiera. Y, hombre, la reacción fue instantánea, como si hubiera despertado a un oso que estuviera hibernando. Una carnecilla antes mustia e informe eclosionó como el maíz en palomitas, y yo, mientras en el escenario el ídolo sincronizaba sus torpes contoneos con acordes musicales igualmente desagradables,

apreté entre los dedos la hermosa polla que ya imaginaba en mi boca.

Abreviemos, *ars longa vita brevis*, viva el gran Quintus Horatius Flavius, viva Roma. Yo... ¡No! No voy a hablar de Horacio, no voy a soltar otra conferencia, ¡cállate! Tú, que así usurpas esta hora de la noche... *Speak, by heaven, I charge thee, speak!* Los fantasmas sí deben hablar, la que no debe hablar ahora soy yo. Fantasmas, hablad, pues. Habla el fantasma: en el sigilo de aquella noche de enero, en la que al salir tronaba y llovía, y los relámpagos arrojaban centellas infernales sobre las almas inquietas que aleteaban sobre el cementerio de São João Batista... Habla, fantasma, te escuchamos: no dudes, fantasma, ¿qué puede temer un fantasma? Habla, fantasma, con tu voz reverberante. Ooooh, sí, aquella misma noche me follé a los dos, me los follé durante mucho rato, follé con ellos muchas veces más, él me gustó y acabé por comprobar que ella no era sino un adornado equívoco, y fue un alivio cuando la familia se trasladó con ella a Holanda, tierra de su padre, y nunca más volví a verla. En cuanto a él, Paulo Henrique, puede considerarme su Pigmaliona. Yo le esculpí y yo pedí a Afrodita que él fuera exactamente como yo quería, y Afrodita acudió en mi ayuda, me brindó mi Galateo. Creo que puedo considerarme una sacerdotisa de Afrodita, me tiene en gran consideración, un día, si la enfermedad no explota en mi cabeza, como dicen que explotará, escribiré su biografía, soy íntima suya.

Paulo Henrique. Era ignorantísimo, pero inteligentísimo, incluso para darse cuenta de que era encantadoramente ignorante y para llevar esa condición como un adorno. Tenía la risa fácil, jovialidad, vivacidad, alegría y, sobre todo, talento, sensibilidad y dedicación. Cuando le recogí, recogí una pequeña fuerza de la Naturaleza, un espíritu silvestre, un duendecillo inocente y voraz, dentro de un hombre alto, musculoso, aunque suave y todo él de buena factura, todo él como si hubiera sido diseñado por un *designer* milanés como una obra abierta, que variara según lo leyera quien se lo encontrara. E igual que un programa de ordenador, de esos que puedes configurar para siempre, porque lo almacena todo en archivos arcanos, que nunca abre nadie y que son la obra oscura de algún programador que llega con bermudas a su cueva en la Microsoft y

allí se pasa la vida, tan contento, porque ha sido el autor de un subprograma responsable de la eclosión de un diminuto icono en un rincón del *status line*, esa es su obra, no puede ver aquel diminuto icono sin decirle *Parla!* Así, Paulo Henrique era mi arcilla, mi materia prima, tan amoldable. De modo que lo configuré, un pequeño programa cada día. Y, de pronto, al abrir un día mis archivos ejecutables, allí estaba Paulo Henrique, alabado sea Dios. Él también lleva en serio su don, me adora porque le ayudé a comprender cómo funciona este tipo de cosas. Lo asumí, se convirtió en un ejecutivo sexual, de una forma antes insospechable. Lo que ocurrió fue realmente fantástico, hasta parece inventado, pero no lo es, es verdad, la vida es la que parece un invento y lo inventado es lo que tiene que parecer verdadero.

Creo que, entre otros beneficios que la publicación de este testimonio aportará sin duda —y yo quiero que sirva de ayuda, eso me hace feliz, me encanta ayudar a mis semejantes—, está también el de un servicio público que ahora estoy prestando. Voy a contarle el plan que he trazado y que considero muy bien pensado. Es un poco elitista, o mejor dicho, bastante elitista, pero también puede ser adoptado en circunstancias mucho más modestas. Lo primero que hice fue fundar una empresa, una sociedad civil. Puse de socios a la misma pareja pesada gracias a la cual conocí a Paulo Henrique, sólo para que constara —no preguntaron nada y firmaron enseguida, son un plumazo pero están pendientes de mí—, y así fundé la empresa. Al acto saqué a Paulo Henrique de un empleo de gerente en una gasolinera de la Barra, donde ganaba una miseria, y la empresa alquiló un apartamento muy mono en Leblon^[25], donde lo coloqué, porque no soporto la Barra, la única posibilidad de que vaya allá es que me lleven en ambulancia o en una jaula de la poli, me horroriza sólo pensarlo, para mí los separatistas tienen razón, deberían realmente bloquear aquella mierda y dejarles pastar en paz en sus *shopping-centers*, qué horror. Lo contraté como empleado de la empresa y le pago un buen sueldo. Nada del otro mundo, para que no se malacostumbre, pero lo suficiente como para que pueda comprarse sus trajecitos, sus CDs y otras chucherías que a él le gustan, además de facilitarle el poder fardar con sus chavalas sin preocuparse demasiado por el dinero, quiero que tenga una vida

normal, ¡Dios nos libre de hincharnos las pelotas mutuamente, sería inadmisibile! Y, por fin, lo esencial, ya he vivido lo bastante como para saber que más vale prevenir que curar y que es de sabios confiar desconfiando. Me hice un señor seguro de vida, en dólares, y le entregué la póliza. Y, por supuesto, sólo percibirá el seguro si muero de muerte natural. De haber la mínima duda fundada en cuanto a mi *causa mortis*, no recibirá un centavo, ya sea por accidente de coche o de avión, por no hablar de lo más obvio, el asesinato. Se lo expliqué todo muy bien, lo entendió y ahora se preocupa muchísimo por mi seguridad. Si quiero encontrarme con alguien a quien no conozco muy bien, muchas veces utilizo su apartamento. Y por lo general él está siempre en casa cuando recibo a alguien, siempre discreto, pero visible. Me gusta pensar que sería igualmente tan atento si no le hubiera hecho el seguro, pero eso sería pedir demasiado, pura investigación académica. La verdad es que todo funciona maravillosamente bien, está estupendo en la cama y nunca se niega a servicio alguno, busca chicas para que follemos juntos, busca hombres, es un plan muy bien trazado, estoy muy bien servida, tan sin problemas que parece un sueño. Ahora está queriendo casarse. No es que yo esté en contra, pero tampoco a favor, no veo por qué necesita casarse. Y no tengo motivos para oponerme, porque la chica es estupenda, sin problemas, la mente fresca, por decirlo así. Si hay afinidad, la gente se entiende, y ella, a pesar de estar muy enamorada de él, dice que también lo está de mí, todo la mar de bien. Pero no sé... Bueno, no voy a pensar en eso, es inútil. Y no quiero dar a entender que estoy celosa. Que alguien pensara eso, a estas alturas de una vida como la mía, sería una ofensa grave, pero las personas sacan conclusiones, por lo general sobre la base de su propia manera de ser, y esto me irrita, echaría a patadas a quien dijera que tengo celos. Y eso que yo también estoy enamorada de Paulo Henrique, pero mi enamoramiento no es enfermizo, como suele ser. Yo ya nací así y me perfeccioné a conciencia. Nunca me dejé engatusar por esas majaderías que nos imponen diciendo que forman parte de la naturaleza humana. No se puede estar enamorado de dos personas a la vez, dicen, ¡Dios mío!, cuánta gente muere cada día por culpa de tan estúpido dogma, que, de tan arraigado, las personas, los

hombres y sobre todo las mujeres que se enamoran de dos o tres a la vez, entran en conflictos cavernosísimos, les remuerde la conciencia, se consideran degenerados, no confiesan lo que sienten ni a las paredes, se imponen falsísimos dilemas, se torturan, es una situación infernal y cancerígena, todo el mundo luchando estúpidamente por ser quijotes y dulcineas. ¡Qué atraso, qué atraso! Teóricamente somos capaces de enamorarnos de tantas personas como seamos capaces de recordar, el límite es este, no uno o dos, o tres, o cuatro, o cinco, o diecisiete, todos esos números son arbitrarios, tiránicos y opresores. Ahí está mi fichero con fines enamorativos, con el perfil de lo que me parece atractivo, que es bastante extenso. Una vez aprobado el perfil, a cada nuevo contacto nada me impide enamorarme. Hoy estoy altamente informatizada. La perniciosa superstición generalizada es la de que hay que borrar lo anterior para aceptar lo nuevo. ¡Qué pobreza, qué pobreza, qué atraso! Si la memoria lo acepta, si el perfil encaja, si se ha dado la señal, ¡qué coño!, funcionan a la vez dos, tres, veinte programas. Si minimizas uno, este sigue funcionando por debajo del otro, si exportas un archivo allá, traes otro para acá, la informática es muy educativa, que no me vengán pontificando esos descerebrados, que no me apabullen con sus monsergas, que comprendan que los procesos mentales que ellos consideran sublimes y prueba de la existencia de Dios no son más que meras rutinarias líneas de comando en el DOS del cerebro, el agujero está abismalísimamente más abajo. Claro que un nuevo enamoramiento, en un primer momento, moviliza mucho al enamorado, que tiende a no mirar ya los demás archivos, ahí es cuando, en la mayoría de los casos, empieza a formarse el lío ese del burro que no ve a un palmo de sus narices, del tipo al que no le han preparado para creer que eso no es así y oculta el archivo en uso, no sé por qué. La analogía informática sigue su camino certero, es como un programa nuevo, un nuevo juego. Después abres el archivo más antiguo, y es estupendo, reaviva, estimula, Dios mío, por qué será que erigimos barreras absurdas y destructivas ante la belleza de la Creación, los archivos pueden convivir en la mayor armonía; haces clic, él se abre, ¡y todo está listo para mayor deleite de todos y el minucioso cumplimiento, oh cuán alegre, del destino! ¡El límite es la memoria!

¿Y cuántas gigas de *bytes* no llevamos en la memoria? Nunca utilizaremos ni una enésima parte, por más que vivamos y por abiertos que seamos. Por consiguiente, mis enamoramientos no son enfermizos, conviven perfectamente bien y por eso no mueren como los demás, sólo mueren cuando dejo de regarlos, porque me ha dado la gana dejar de regarlos. Pero la gente se siente obligada a dejar de regar, es una mierda, lo estropea todo, cancerígeno, es cancerígeno. Estoy enamorada de mi hermano Rodolfo, y siempre lo estaré, enamorada incluso de la azafata, enamorada de Fernando, enamorada de Paulo Henrique y de Tânia, la chica con la que él quiere casarse, de toda la gente de quien me interesa estar enamorada, porque el manejo del enamoramiento me da una gran libertad, puedo condimentar el enamoramiento en cualquier situación, sin culpa, sin aprehensiones ridículas. Y todo el que sufre, y por eso tendrá cáncer, puede hacer lo que hago yo, ¡qué desperdicio, Dios mío, qué genocidio! Que si patatín, que si patatán. No se puede amar a dos personas a la vez, dicen, blablablá, blablablá. Corolarios múltiples: eres un hijo de puta si piensas lo contrario, aunque sepas que lo contrario es precisamente lo que vive en el pecho y la cabeza. El enamoramiento no es más que el encoñamiento formateado, ¿es que nunca lo comprenderá nadie, es que siempre permaneceremos paralizados con la llave en la mano? Dios mío, dad fuerza a vuestros mártires, al penosísimo testimonio de nuestra fe y a la perseverancia en el ejercicio de nuestra inteligencia.

Su formación fue impresionante. A maestra genial, magnífico alumno. Como ya he contado, recogí materia bruta. Él no sabía follar, ni siquiera había comprendido ciertos aspectos relativamente elementales, como que no es necesario actuar como si la polla fuera un pistón con arritmia y sólo se dedicara a la estocada, cuando todo hombre que se precia sabe que, en el toma y daca satisfactorio, basta con ensartarla e ir y venir con movimientos suaves, casi imperceptibles, casi como el amortiguador de un Rolls-Royce; la estocada tiene su importancia, pero como efecto especial, como componente de un determinado escenario, como un solo de jazz improvisado, no una práctica habitual. Además tenía eyaculación precoz, que enseguida atajé gracias a Masters y Johnson, y funcionó. Otro servicio público: redivulgación de una técnica inexplicablemente olvidada. El candidato suele deshacerse en eyaculaciones en cuanto penetra. Al principio, vale, pero después aburre hasta morir. ¿Qué hacer si el candidato merece el esfuerzo? Consultar el Masters y Johnson para más detalles, pero lo esencial puedo transmitirlo yo: créese un clima de gran cachondeo; una vez creado el clima, quédense en cueros; una vez en cueros, hágasele una paja y pídale que le avise en el momento en que esté a punto de correrse, o sea, cuatro segundos antes; cuando le avise, deje inmediatamente de meneársela y apriétele la polla por la base. Funciona, es difícil de creer, pero funciona, no requiere ni siquiera un *know-how*. Paulo Henrique reaccionó brillantemente al tratamiento y hoy goza cuando él quiere. Le digo «¡córrete!», y él se corre, es perfecto, ahora se siente mucho más seguro, con mucho más poder, qué bonito es una buena corrida, en eso envidio un poquitín a los hombres, cuánta insoportable riqueza simbólica hay en una corrida, qué bien puede explotarlo un hombre para su mayor

deleite, cuánto les gusta a las mujeres, qué bueno es saber que una está siendo mágicamente irrigada, qué cosa más bellamente atávica, qué bueno es ser animal. Para mí, sin descarga de esperma, no hay sexo con hombre, el condón es una hondísima castración, es una cruel privación para las mujeres.

Pero es evidente que el modelaje no quedó en eso, fue completo. Él era un hombre cabal, pero él no lo sabía, y seguramente nunca lo hubiera sabido si no me hubiera conocido. Hoy día hace todo lo que hago yo, aprendió con rapidez y entusiasmo. Sólo había tenido, por ejemplo, unas experiencias homosexuales infantiles, cuyo recuerdo había aprendido a reprimir y, en la adolescencia, había follado unas tres veces con un médico que le había dado dinero a cambio, hecho que sólo me contó después de mucha conversación persuasiva. Empleé la misma conocida técnica que yo y muchas más mujeres, muchísimas mujeres —¡ah, si tuviera a mano estadísticas, cuántos sustos nos llevaríamos!—, empleamos, y que ya he descrito. Basta con liberarlo, con paciencia y comprensión, de la inseguridad para permitir que despierten en él sentimientos ya tan reprimiditos que parecen muertos. Hay que hacerle creer que te desanimas, con moderación, con discreción mal disimulada, hay que ponerle mala cara o insultarle eventualmente, porque a él le parece estupendo que te líes con otra mujer, pero no admite para él ninguna forma de relación con otro hombre, ya sea joven o viejo, ya sea dando o recibiendo, ya sea apenas haciendo pajas. En esos casos, él te considera inferior, pero en realidad dejás bien claro que el inferior es él. En fin, hay que ir dando los adecuados apoyos y sanciones, tipo Skinner, hasta que un día la cosa funciona. Si no funciona, es porque no merece el esfuerzo, a no ser que se quiera seguir siendo fiel a un capullo impenitente, en absoluta inferioridad con respecto a nosotras en cuanto a versatilidad y sensibilidad. En fin, un insípido limitado, desprovisto de todo verdadero atractivo. Pero, comparativamente, no ocurre con frecuencia, he sabido de muy pocos fracasos en este terreno. Cuando él siente que la mujer es sincera, se embarca. Y la adhesión de una buena amiga, con quien desea follar o cuya opinión le merece respeto, es fácil de obtener y a veces hasta es la espoleta. Yo misma, hace siglos, decía cosas como «las dos teníamos muchas ganas de follar contigo, pero ahora que

ya estás hecho todo un hombrecito, se nos han ido las ganas», me gané a muchos así, o más o menos así. «¿Cómo quieres que te encontremos atractivo si, en el fondo, te consideras superior a Fernando porque le diste por el culo sin que él te exigiera nada a cambio, cuando lo que ocurre es rabiosamente lo contrario?». Lo decía realmente con toda franqueza, no me pone cachonda ningún hombre que no hace lo que hago yo, basta de mascaradas, la vida es demasiado corta. Basta con que cumpla. Si le dices a un hombre algo así y él sigue el juego, y enseguida no lo cubres de recompensas y generosas ayudas, es una putada, al principio hay que alentarles, hay que ayudar a esa pobre gente en sus primeros pasos, después arrancan solos. Para muchos resulta difícil, hay que brindarles ayuda. Pero, una vez que están seguros de que las mujeres que tienen a su alrededor están ahí para follar y no para juzgarles, que si eso o que si aquello porque también se entienden con hombres, más bien ocurre todo lo contrario, entonces se lanzan y son mucho más felices, y las mujeres con ellos. En estas ocasiones, las mujeres suelen transmitir sinceridad porque, de hecho, están siendo sinceras y a veces hasta se ponen ansiosas, descubren que necesitan algo de lo que antes no tenían plena conciencia, descubren que les habían comido el coco, que se lo comieron los interesados, para quienes, por algún motivo explicable, la combinación de dos mujeres es «más bonito». Puede que lo sea para muchos, pero para otros muchos, no. Para los normales, da lo mismo, aunque sean cosas distintas, las dos son estética y sexualmente practicables. ¿Por qué ha de ser bonito una mujer con otra mujer y nunca un hombre con otro hombre? *All in the eye of the beholder*, todo según el ojo con que se mira, está clarísimo, y a esas les habían malformado el ojo, y un buen día va y descubren que les encantaría ver a su hombre penetrando a otro hombre, de preferencia a un hombre al que ella también pudiera poseer, o no, o viceversa, o vice del vice de la versa del verso de la vice, cada cual lo suyo, viva la diversidad biológica y cultural. Sean sinceras, piensen en eso sin filtros ni puñetas, miren fotos de hombres machos dándose por el culo y chupándose, sí, cómo no, es un pasatiempo al que tienen todo derecho, sobre todo las fotos donde salen tipos con pinta de clásicos maricones, pero también

sencillamente las que vienen con hombres que follan de frente, el uno con las piernas al aire y el otro metiéndosela hasta el fondo, obligado a rozar su barriga con la polla del que está recibiendo, mirándose a los ojos o con los ojos cerrados, es bonito, es mentira que no sea bonito, puro sentido estético distorsionado y atrofiado, tanto como el de los maricones tipo *father* Bill, que se inmunizaron en contra de la belleza de un coño. ¿Por qué habrá tanto mercado para ese tipo de fotos, mucho más que para el consabido mercado *gay*? ¿Por qué habrá tantos chaperos, y cada vez más? Porque la gente puede ahora tener un acceso más fácil, y, muy pronto, si se sigue progresando, la gente dejará a los intermediarios y actuará directamente, evitando ser asaltada por la calle; uno se llevará al amigo a casa y follarán con toda tranquilidad, la mujer participando o no, pero probablemente sí, nadie es de piedra, y así debe ser, porque eso dificulta la tarea de los comecocos neolíticos. Si uno se fija bien, verá que los maricones superiores siguen siendo en su mayoría maricones, pero tienen hijos o hacen hijos, no le tienen miedo al coño, sólo que prefieren otra cosa, son libres de elegir. Perfecto, esta es la actitud saludable de los maricones y las tortilleras superiores. Esta es la norma entre hombres y mujeres superiores. Muchos maricones y tortilleras que conozco no tuvieron hijos más por abandono que por desagrado. Lo fueron aplazando, aplazando, y de pronto ya fue demasiado tarde y tampoco era para ellos algo imperioso, como tampoco lo es para muchos de los llamados héteros puros, especie muy rara, pensándolo bien, aunque creo que no existe, o que son unicornios. Ahora expondré mi tesis explícitamente. Es evidente que no digo nada nuevo, lo que se dice realmente nuevo, sobre todo esto, mucha gente lo ha dicho ya, soy apenas una vulgarizadora vehemente. La heterosexualidad exclusiva es una limitación. La homosexualidad exclusiva es una limitación. La bisexualidad es normal, hasta el punto de que en la infancia despunta en todos y todas, sin excepción. La pansexualidad es el futuro, eso sí, en tanto que especie, no nos extinguimos por defectos de origen, y, por cierto, no hacemos sino empeorar, y desperdiciamos la oportunidad de universalizar la fuerza aglutinadora del amor. No dudo de que un físico cuántico, de esos que se vuelven locos porque no saben explicar con sus propios

términos lo que no se puede explicar con sus términos, o ni siquiera explicar a secas, venga a añadir, si es que ya no lo ha añadido, el concepto de amor romántico a la física de las partículas, ¿acaso ya no añadieron el sabor, el color y qué sé yo? Lo excluyente —los excluyentes inteligentes y sensibles lo saben bien, y los que no salen de esta situación deprimente es porque no encontraron ayuda— es como mínimo mediocre y expoliador. La técnica misma de despertar la conciencia debe aplicarse en los casos, mucho menos fáciles de encontrar, en los que las mujeres se resisten seriamente a la idea de acostarse con otra mujer; en este aspecto, las mujeres se beneficiaron del machismo que mitificó los ligues entre mujeres y les confirió un status estético falseado, muy superior al de la homosexualidad masculina. Eso era tan poco natural que durante mucho tiempo ocurrió lo contrario, en Grecia o en Roma por ejemplo, de antinatural nada, esto es pura comida de coco conciliar, impotencia calvinista, rancia mariconería anglicana, eso y todo lo que ya sabemos. Las mujeres, incluso las más cuadraditas, se liberaron hace tiempo de la culpa por haberse liado de niñas con sus amiguitas, ya ni se acuerdan, la sociedad faliforme no da la menor importancia a esas cosas, ya no son ni transgresiones interesantes.

Basta ya, francamente; ¡otra conferencia más!, pero es que te pillas desprevenida. Sólo quería demostrar cómo había trazado ese plan envidiable con Paulo Henrique y cómo hice de él un hombre cabal. Había contribuido ya a muchos casos como esos, sigo contribuyendo, ahora hasta con su ayuda, es que lo de él ha sido completo, ha sido realmente una escultura. No tuve hijos, pero tuve algo aún más mío, dudo que alguien pudiera haber hecho de un hijo lo que hice yo con él, nunca. Una obra como para culminar mi vida. Pero, por suerte, mi vida no se circunscribió a eso, la consagré a una verdadera misión, llevé esa misión hasta todas las consecuencias posibles e imposibles, con una entrega que jamás flaqueó. Hice el bien a mucha gente, mucha, y he llegado al punto de decirlo sin orgullo, apenas con satisfacción. Ya he hablado aquí mucho de Dios, cuesta entender que alguien crea tanto en Dios hablando tanto de sexo. Al que no me entienda, mi respuesta es: «Perdone, pero con usted no se puede hablar». Seré, pues, sin duda

para muchos la voz de Satanás. Pero, no, lamento decirles —lo lamento de verdad, porque sé que eso hará que muchos padezcan más que en el infierno—, pero soy la voz de Dios. No sólo porque la voz de la luz y de la inteligencia es la voz de Dios, sino porque realmente soy la voz de Dios. No soy un profeta, y mucho menos un Mesías, pero soy Su voz, como en la teofanía del libro de Job. ¿Dónde estabais cuando Él creó las hembras y los machos y les entregó la centella del cegador deseo del uno por el otro y les brindó la posibilidad de mezclarse libremente los unos con los otros? ¿Dónde estabais cuando Él creo todos los misterios que conducen al Deseo y al Sexo y que hacen sublimes los abrazos? ¿Dónde estabais cuando Él creó las ansias inmortales que ahora forcejeáis por sofocar y aniquilar sacrílegamente? ¿Dónde estabais después de que Él les brindara el poder del placer inocente, vosotros que ahora escupís sobre ese poder y pretendéis que vuestras palabras valgan más que las Suyas?

Yo no soy la voz de Satanás, Satanás odia la lujuria, no es un invento suyo, como lo es en cambio la Bondad. Satanás utiliza bellacamente tanto la una como la otra con fines malévolos. Yo soy la voz de Dios, soy una de las voces de Dios, y no estoy chiflada. O también puede que lo esté como cualquiera puede estarlo, lo que hace que la palabra pierda sentido. Cabría preguntarse cuál es esa extraña religión que profeso. Yo misma no lo sé. Profesar, lo que se dice profesar, creo que no profeso ninguna, odio las religiones organizadas, cualquiera que sea. Ahora están organizando incluso el candomblé^[26], la religión más estupendamente desorganizada del mundo, y ahora quieren cubrirla de normas, es una plaga. Leí el *Libro de los espíritus*, creí que iba a encontrarlo una bestialidad, pero no, por el contrario me gustó mucho, pero la verdad es que tampoco soy espiritista y creo que dejaría a un espiritista bastante desconcertado si le dijera que el principal motivo por el que quiero reencarnarme es porque en la otra reencarnación tengo la intención de follar con quienes por alguna tontería dejé de follar en esta. También pienso en eso cuando contemplo a mis budas. No deja de ser verdad, aunque tal vez no sea el principal motivo. No hay tal principal motivo, en realidad no quiero reencarnarme, encuentro que esa obligación es una lata. No, no querría reencarnarme, creo

que, no logro entender cómo, sigo siendo católica, tal como me criaron. Y, mire usted, siempre he honrado Su Santo Nombre, aunque jamás haya aceptado el magisterio de la Iglesia. Nunca he blasfemado, jamás salió de mi boca una blasfemia, una sola queja contra Él, tan sólo alabanzas. Incluso teniendo esta enfermedad, ah, sí, mi enfermedad, hablaré de ella antes de que acabe conmigo y nadie sepa quién he sido. Es un aneurisma en medio del cerebro, inoperable. Siempre estuvo ahí, no lo supe hasta hace poco tiempo. Al principio me asusté, pero no me duró ni dos días, pensé que sería una buena muerte, probablemente rápida. He dejado ya instrucciones para que donen lo que pueda donarse, incineren todo lo demás y arrojen mis cenizas donde quieran.

Pero ¿acaso no sería un buen motivo para maldecir y blasfemar el recibir de pronto la noticia de que, cualquier día, a cualquier hora, dormida o despierta, mi cabeza puede explotar en sangre? Pues no, claro que no, de algo hay que morir, y considero que mi manera de morir es buena. No sería tan buena si siguiera las prescripciones, pero no hago el mínimo caso a casi ninguna, actúo como he actuado toda mi vida. No blasfemo, incluso lo agradezco. Hago todo lo que me pasa por la cabeza, no quiero saber de limitaciones. No he pecado de lujuria. Pecador es aquel que no hace aquello para lo que fue creado. Yo sí he hecho aquello para lo que Él me creó. No quiero entender, quiero creer, pero tampoco puedo estar segura, no se puede estar segura de nada, que Dios me tenga en Su Gloria, y sé que ahora mismo Él se estará riendo.

Notas

[1] Este libro, publicado en Brasil en 1999, forma parte de la colección Plenos Pecados, creada por la editorial Ojetiva de Río de Janeiro. (*N. de la T.*). < <

[2] En la medida de lo posible, también en esta traducción, he intentado no sólo «preservar la oralidad de los originales», sino la rareza de ciertas expresiones y palabras peculiares, propias del discurso oral de esta mujer poco común. (*N. de la T.*). < <

[3] Las palabras y expresiones en inglés, latín u otras lenguas están en el original portugués. (*N. de la T.*). < <

[4] De *onça*, en Brasil especie de jaguar. (*N. de la T.*). < <

[5] Tipo de madera muy dura que lleva el nombre del árbol del que proviene. (*N. de la T.*). < <

[6] Del coco de *dendê* se extrae el aceite de palma. (*N. de la T.*). < <

[7] Otro tipo de coco, este comestible. (*N. de la T.*). < <

[8] En portugués, de *quiromania*, práctica del onanismo, palabra culta para decir lo que nosotros llamaríamos vulgarmente un «pajero». (N. de la T.). < <

[9] Algo así como «no te cortes» o «no te inhibas», en vez de «sigue, sigue» o «así, así». (*N. de la T.*). < <

[10] Toreros de una modalidad portuguesa de corridas de toros. (*N. de la T.*). < <

[11] Capital del Estado de Bahía. (*N. de la T.*). < <

[12] Pequeño roedor común en el nordeste de Brasil. (*N. de la T.*).

< <

[13] Prácticas santeras. (*N. de la T.*). < <

[14] Conocido dramaturgo y periodista brasileño. (*N. de la T.*). < <

[15] Cesare Beccaria (1733-1781), célèbre jurista italiano. (*N. de la T.*). < <

[16] Seudónimo de un conocido pornógrafo brasileño de los años cuarenta. (*N. de la T.*). < <

[17] Antonio Francisco Lisboa (1730-1814), más conocido como o *Aleijadinho* (el Lisiadito), gran escultor brasileño del periodo barroco. (N. de la T.). < <

[18] En español en el original. (*N. de la T.*). < <

[19] En portugués se dice «*pra caramba*», tomado del español. (*N. de la T.*). < <

[20] *Saudade*, habitualmente empleado en plural, es una palabra portuguesa que no tiene traducción a ningún otro idioma. Significa a la vez nostalgia y añoranza. (*N. de la T.*). < <

[21] Emblemático club de fútbol de Río de Janeiro. (*N. de la T.*).

< <

[22] Año en que se implantó la dictadura militar en Brasil. (*N. de la T.*). < <

[23] Manera irónica con la que la gente llamaba a la «revolución» militar de 1964. (*N. de la T.*). < <

[24] Célebre local de espectáculos musicales en Río de Janeiro. (*N. de la T.*). < <

[25] Barra da Tijuca es un barrio muy exclusivo, y Leblon, un barrio residencial a continuación de Ipanema, los dos en la zona sur de Río de Janeiro. (*N. de la T.*). < <

[26] Ritual religioso afrobrasileño muy practicado en Bahía. (*N. de la T.*). < <